
Bianca™
especial
Trish Wylie
Susurros en la alcoba
HARLEQUIN™

Trish Wylie

# Susurros en la alcoba

## Bianca Especial (Flanaghan 1) [11]

**Susurros en la alcoba (2009)**
*Pertenece a la Temática Noches de pasión*
**Título Original:** Breathless! / Her bedroom surrender (2007)
**Serie:** 1º Flanaghan
**Editorial:** Harlequin Ibérica
**Sello / Colección:** Bianca Especial 11
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Rory Flanaghan y Cara Sheehan

## ***Argumento:***

*Era un hombre duro… y demasiado encantador como para resistirse a él.*

*El magnate de negocios Rory Flanaghan era alto, atractivo y muy, muy sexy. Cuando Cara Sheehan empezó las sesiones con Rory como entrenador personal, el ejercicio cobró para ella un significado totalmente distinto. Pero, aunque era bastante inexperta en cuestiones de sexo, lo que sí sabía era que el corazón de Rory tenía echado el cerrojo.*

*Él quería demostrarle lo que se estaba perdiendo. Con una caricia, con un beso, con una noche de pasión, la tendría rendida. Y una sola noche no sería suficiente…*

# Capítulo 1

—¿En qué puedo ayudarla?

Cara se fijó en los ojos más oscuros que había visto en su vida, mientras su subconsciente producía una nutrida lista de respuestas clasificadas X a su pregunta.

Él tenía unos ojos de diablo, negros como el carbón y brillantes como dos diamantes. ¡Y qué voz! Poseía una profunda voz de barítono que reverberó dentro de ella y despertó sus deseos. No era justo que existieran hombres así.

Él no había estado allí antes. Cara sabía que se habría acordado. ¡Si solo de verlo empezaba a balbucear!

—Esto… hola…

Frunció el ceño brevemente, compensando la ridícula falta de elocuencia ante la presencia de aquel potente animal sexual con una verborrea imparable.

—Me llamo Cara Sheehan y necesito que me ayuden a perder un poco de peso.

Estupendo. Seguramente habría terminado de impresionarlo. Menos mal que no había ido allí en busca de algo que no fuera ayuda profesional. Dominó el pánico del que se pone de pie y confiesa un secreto en una de esas reuniones para gente con sobrepeso, y se fijó en el hombre que tenía delante.

Si hubiera estado detrás del mostrador cualquiera de la media docena de veces que en las últimas dos semanas había pasado delante del gimnasio, a lo mejor habría ido antes; o a lo mejor ni se habría acercado. No dudaba que se habría fijado en él mucho antes que en las pesas y las bicicletas estáticas.

Como tampoco dudaba de que ese hombre tuviera dificultad alguna para conseguir que las mujeres perdieran la cabeza por él.

Cara se sintió un poquito mejor al decirse que no era la única que sucumbía a sus encantos.

Se pasó la lengua por los labios resecos.

—Y lo más rápidamente posible, por cierto —añadió por si acaso.

—Aquí no hacemos dietas milagrosas.

Cara trató de ahogar el sofoco que le calentó las mejillas y se fijó en sus ojos oscuros. Aquel hombre haría una fortuna jugando al póquer, porque la miró sin pestañear, esperando en silencio.

Él no tenía manera de saber cómo se ganaba ella la vida. Un hombre así no tendría ninguna necesidad de saber quién era la autora con más éxito de lo que algunos llamarían libros de dietas milagrosas en Irlanda. Ni tampoco que la tenía delante en ese momento.

Aunque no podía decirse que ella predicara con el ejemplo. Aun así, Cara levantó la cabeza con gesto rebelde.

—Si quisiera algo así de rápido, me habría hecho una liposucción. No me importa que cueste tiempo.

—También supondrá esfuerzo.

—Sí, lo sé, y esfuerzo.

Cara se cruzó de brazos con ánimo defensivo, haciéndolo bajo sus pechos grandes y turgentes, e inmediatamente percibió el interés en él, a quien se le fueron los ojos en esa dirección. Descruzó los brazos porque no había ido allí a distraerlo. Además, detestaba que los hombres acabaran conversando con sus pechos.

Aunque, bien mirado, hacía tiempo que nadie se los miraba de ese modo que, sin saber por qué, le hizo sentir algo especial. Rezó para que no se le pusieran duros los pezones; porque además allí no hacía nada de frío. Para distraerse pensó en una liposucción, algo en lo que había pensado en algún momento de desesperación.

Él la miró de arriba abajo con su mirada intensa, y a Cara se le encogió un poco el estómago: nunca se había sentido tan expuesta, tan consciente de sí misma, de su físico, tan consciente de que no poseía lo necesario para sentirse más segura de sí misma, más confiada.

Debería estar acostumbrada a eso; pero cuando un hombre como él la miraba así…

Se aclaró la voz, no sin cierto fastidio, y esbozó una sonrisita

sarcástica justo cuando él volvió a mirarla a los ojos.

—Tal vez debería quedarme en paños menores para que pudiera usted estudiarme mejor.

Algo brilló en la mirada de aquel hombre.

—Eso depende de usted. Pero por favor por mí no lo deje.

A Cara nunca le había convencido una actitud arrogante. AI menos hasta ese momento.

—Me gustaría hablar con alguien que piense con la cabeza, si fuera posible. Con su jefe, tal vez.

Él se encogió de hombros. La camiseta negra que llevaba puesta le ceñía el torso y los brazos musculosos. Desde luego no parecía tener problema alguno con el peso.

A Cara le irritaba que aquel hombre tan viril y atractivo le provocara sensaciones eróticas. ¡Malditas hormonas!

—Yo soy el jefe.

Cómo no. Estupendo. Le había costado casi dos semanas armarse de valor para cruzar aquella puerta, y de pronto tenía que hablar con un hombre como aquél. En algún lugar había alguien que la detestaba.

—Bueno, si ésta es su manera de captar clientes, será mejor que ponga el cartel de «se vende».

Se dio la vuelta con la cabeza bien alta.

Había otros gimnasios en la ciudad; no había necesidad de quedarse en aquél. Era el que más cerca estaba de su casa, pero tampoco eso resultaba muy prometedor a la hora de ampliar sus horizontes, como ella deseaba hacer. Un gimnasio más lejos de casa le habría dado pie a hacer más esfuerzo…

¡Menudo comienzo a su maravilloso plan!

—Espere un momento —se oyó una voz profunda detrás de ella.

Aunque la sensatez le instaba a salir por la puerta con aire indignado, Cara se detuvo, suspiró cansinamente y se volvió hacia él.

Se había levantado y había salido del mostrador, dándole la oportunidad de mirarlo bien.

Y vaya si se dejaba mirar.

Mediría fácilmente más de un metro ochenta. De su cabello negro azabache, ondulado y lustroso se escapaban algunos mechones finos que le caían sobre la frente, fruncida en ese

momento por algún sentimiento de contrariedad.

Unas cejas oscuras enmarcaban aquellos fascinantes ojos. La nariz, que parecía como si se la hubiera roto en alguna ocasión, le daba un toque más humano. Algunas arrugas de gesto en las comisuras de los labios sugerían que se reía de vez en cuando; aunque de momento Cara no había visto nada de eso.

Era un hombre guapo, pero tenía un aire de mal genio; y precisamente por eso a Cara le costaba mucho más aceptar que su presencia pudiera afectarle tanto.

Fue al dar un paso hacia ella cuando se dio cuenta de la causa de su mala cara. El hombre cojeaba; y por el gesto parecía como si además tuviera dolor.

Cara bajó la mirada por la pierna, esperando ver un pie escayolado. Pero solo vio unos pies grandes calzados con unas botas igualmente enormes.

Debería haber sentido lástima; sin embargo, como de costumbre, ella iba por otro lado.

—La última clienta que entró aquí le dio un par de patadas en la espinilla, ¿no?

Él dejó de caminar y la miró con expresión interrogante.

—¿Cómo?

—Me refería a la última clienta con la que fue usted grosero. ¿Le dio una patada? ¿Lo atropelló con el coche cuando trataba de escapar?

El hombre pestañeó repetidamente, antes de esbozar una sonrisa tan sexy que Cara no daba crédito.

—No tanto.

Cara fue a cruzarse de brazos otra vez, pero optó por no hacerlo; el tipo ya la había mirado bastante.

—No creerá que su cojera hará que los demás sientan lástima por usted.

—No busco la compasión de los demás.

—Menos mal que yo tampoco quiero ofrecérsela.

Él se aceró un poco más, sin dejar de sonreír con aquel aire de seguridad en sí mismo que lo caracterizaba. Entonces le tendió la mano y entrecerró los ojos imperceptiblemente.

—¿Lo intentamos otra vez? —sugirió el hombre.

—¿Quiere disculparse entonces por ser tan pésimo en la

atención al cliente?

—A lo mejor hemos empezado con mal pie, lo reconozco.

—¿Ah, quiere decir eso que es usted menos imbécil cuando se apoya sobre la pierna que no cojea?

El hombre dejó de sonreír, frunció el ceño y de inmediato dejó caer la mano a un lado.

—¿Quiere que la ayude o no? Aunque no creo que lo necesite.

Cara soltó una risotada.

—Sí, claro. ¿Dónde se ha dejado al perro guía? ¿Detrás del mostrador?

—No. Veo perfectamente. ¿Qué tienen de malo unas cuantas curvas? Hoy en día muchas mujeres tienen la obsesión de estar como el palo de una escoba, y no es eso lo que hacemos aquí.

Ella lo miraba con los ojos como platos, sin dar crédito a lo que oía.

—Caramba, debe de hacer una fortuna en este sitio si anima así a todo el mundo a apuntarse. Ahora me dirá que la mitad de la población del planeta no cree que las mujeres delgadas son más sexys.

De inmediato le pesó haber dicho la palabra «sexy». Sobre todo porque al hacerlo había bajado la voz, aleteado las pestañas y alzado la barbilla con salero. ¿Por qué era tan bocazas?

Los ojos de aquel hombre, de por sí oscuros, parecieron oscurecerse aún más. Una mirada de curiosidad acompañó a su voz grave.

—A algunas personas las curvas nos parecen… —la miró de arriba abajo— mucho más sexys.

Cara se quedó asombrada mientras sentía los fuertes latidos del pulso. Aquel hombre no podía ser de carne y hueso. Porque por muchas tonterías que estuviera diciendo, su virilidad parecía envolverla y afectar a su estado de ánimo como no le había ocurrido jamás.

¿Y acaso era justo?

Un tipo como él no perdería el tiempo en fijarse en ella salvo como una clienta que necesitaba perder peso.

Ningún hombre que poseyera su físico y su sensualidad la había mirado jamás de esa manera. Y si aquél lo había hecho, tampoco serviría de nada; porque no se atrevía a disfrutar de un par de

noches de pasión y lujuria, por muchas ganas que tuviera.

Cara se dijo que, si tuviera la oportunidad, no le importaría en absoluto despojarle un poco de esa cargante seguridad en sí mismo. A ella le haría mucho bien para sentirse más confiada.

Pero eso era una fantasía; y como Cara era una persona realista, se limitó a lo único que podía hacer: a saborearlo con la mirada como habría hecho con un helado.

Ella nunca había tenido fama de tener buen ojo para los hombres, ni de oportuna, ni de ser capaz de detectar en los demás un comportamiento anómalo.

—Usted es de esa clase de dementes que disfrutan viendo carne fresca cruzar las puertas de su negocio cada día, ¿verdad?

—Lo cierto es que no estoy aquí a diario.

—Eso explica por qué su negocio sigue abierto —ladeó la cabeza y le sonrió con sarcasmo.

—¿Siempre es tan arrolladoramente simpática cuando una persona intenta ser agradable con usted?

—¿Es eso lo que está haciendo usted?

Cuando él juntó las manos a la espalda y se encogió de hombros, la tela de la camiseta le ciñó el torso.

De ese modo Cara se fijó en el 69 impreso en la camiseta. ¿Sería un mensaje subliminal?

Tragó saliva y trató de calmarse, mientras hacía un esfuerzo por mirarlo a los ojos de nuevo.

—Esa era la idea, sí. Reconozco que a lo mejor he sido un poco seco. Llevo fuera del país una temporada y no estoy acostumbrado a charlar tanto. Tendrá que disculparme por ello.

—Evitando al marido de alguien, supongo.

Cara se recriminó a sí misma de inmediato. Tenía la mala costumbre de hablar más de la cuenta, y siempre la había tenido. Sin embargo, a sus veintisiete años, bien podría empezar a controlarla un poco.

Él cambió de postura y se cruzó de brazos otra vez. Y Cara, que tanto lo había criticado con el pensamiento por mirarle los pechos cuando ella se había cruzado de brazos, hizo exactamente lo mismo y se fijó en los músculos de sus brazos y de su torso. Inmediatamente sintió un calor que la recorrió de arriba abajo. Sin duda tenía que empezar a salir más de casa, a divertirse.

Una risa masculina la sacó de su ensimismamiento. El inesperado sonido le pareció demasiado alegre para provenir del hombre que tenía delante. Así que se volvió algo aturdida para ver de dónde provenía, y de nuevo se encontró con aquellos ojos negros y brillantes.

—¿Siempre se muestra tan a la defensiva, señorita Sheehan?

Era cierto. Su naturaleza excesivamente sarcástica siempre acababa metiéndola en líos.

Después de lo que había sufrido los últimos cinco años, había tenido que aprender a defenderse, a afilar las armas que mejor conocía: las del lenguaje. Era el instinto de supervivencia.

Pero no pensaba explicarle todo eso a un extraño, por muy tentadora que le resultara su persona.

Así que Cara levantó la cabeza, como si lo desafiara a reírse de ella otra vez.

Al momento él bajó un poco la cabeza, se aclaró la voz y trató de contener la risa. La miraba con los ojos ligeramente entrecerrados, como si la invitara a devorarlo, y sin dejar de sonreír le tendió la mano de nuevo.

—Prometo portarme bien si usted también lo hace. Vamos. ¿Quién sabe lo que puede salir de aquí?

Cara ignoró su sugerente tono de voz y se fijó en su mano; era grande y muy masculina, de dedos largos, capaces de agarrarle de la muñeca con fuerza, por mucho que tratara ella de liberarse.

Esa idea le hizo sentirse en parte intimidada, aunque de algún lugar más recóndito de su ser, de algún lugar secreto, surgió una intensa emoción erótica.

—No he venido aquí a hacer un pacto con el diablo.

—Ya lo sé… Usted ha venido a tonificar su cuerpo. Yo puedo ayudarla a eso —sonrió otra vez—, aunque en realidad no lo necesite.

Ella tenía otra opinión. No solo lo haría por su estima, ni porque fuera parte de un gran plan. Muy pronto tendría que superar además una situación emocional fuerte; y por una vez quería enfrentarse a ello con todas las armas posibles. Y como no se había convertido en la rolliza de su grupo de amistades de la noche a la mañana, entendía que para mejorar su físico necesitaba la ayuda de un profesional…

—¿Es que no hay nadie más?

Se agarró a esa idea como a un clavo ardiendo y para sus adentros suplicó para que fuera así. Incluso una versión en femenino de Atila y los hunos sería preferible a ese tipo de ojos brillantes que rezumaba testosterona.

Cara llevaba toda la vida siendo una profesional de las dietas rápidas. Si lo que pretendía era corregir un mal hábito con el que llevaba media vida, entonces lo que menos falta le hacía era distraerse; ni nada que pudiera animarla a salir corriendo en dirección a la nevera para compensar otras sensaciones que no estaban a su alcance.

—Mi hermano está de vacaciones una temporada, así que en este momento yo soy el mejor.

—¿Eso quiere decir que hay alguien mejor que usted?

Él la miró con picardía.

—En algunas cosas, sí.

Cara levantó la mano y meneó los dedos delante de él.

—Adiós.

Pero cuando se dio la vuelta, él hizo exactamente lo que ella había estado pensando momentos antes. Se adelantó y le asió de la muñeca con sus dedos largos y firmes, dominándola con su fuerza masculina.

Cara sintió como si sus dedos le quemaran la piel. Sin embargo la sensación no se limitó a la piel, sino que pareció empaparla por entero. Sorprendida, bajó la vista a la mano que le asía la muñeca.

¿Qué demonios era eso?

Él se acercó y bajó un poco la voz, asemejándola al susurro de un amante al amanecer, desnudo y excitado.

—Si dejo que cruce esa puerta, a mi hermano le dará un ataque, y acabará dándome una patada en la pierna mala. No querrás que luego te remuerda la conciencia, ¿verdad, Cara?

Cara estaba bastante segura de que eso no sería para ella ningún problema. Pero lo que él le dijo después sí le llamó la atención.

—Conmigo se obtienen buenos resultados. Siempre. El sarcasmo no me afecta, la testarudez tampoco y la motivación es mi lema. Así que, si de verdad quieres hacerlo, soy tu hombre. Eso si crees que puedes aguantarme.

La sugerencia quedó en el aire. Mientras, él le pasaba la yema

callosa del pulgar por la cara interna de la muñeca, donde el pulso latía irregularmente.

Tratar con él sería lo más difícil, pero él acababa de enumerarle todas las cosas que haría para trabajar con ella. En lo de obtener resultados había dado en el clavo» porque eso era verdaderamente lo que a Cara le interesaba.

No podía ir a otra boda siendo la dama de honor gorda, la joven de la que todos opinaban que tenía una cara bonita, un elogio de doble sentido para cualquiera que tuviera sobrepeso. A cualquiera le gustaba que le dijeran que tenía una cara bonita, pero al final, cuando la gente lo decía porque no sabía qué más decir, cansaba un poco.

Y Cara no podía volver a pasar por eso jamás.

Por una vez en su vida quería que todos se quedaran estupefactos con su físico en lugar de compadecerse de ella; quería que la vieran feliz, contenta con su vida, aunque de momento estuviera sola. Aparte de eso, el que Niall la viera y se diera cuenta de que estaba mejor sin él era un extra demasiado bueno como para dejarlo pasar.

En general, era una situación redonda.

Solo tendría que tratar con aquel payaso un tiempo, nada más.

—Bueno —dijo ella.

Después se volvió con gesto firme y delicado y lo miró con indiferencia. Pero cuando él la soltó sin discutir, ella se sintió algo desinflada, aunque lo disimuló de inmediato.

—Eso quiere decir que me devuelven el dinero si no obtengo resultados, ¿no?

Él sonrió de nuevo y le guiñó el ojo.

—Hasta ahora jamás he decepcionado a ninguna mujer.

Estupendo. Mientras siguiera con aquella porquería machista no tendría problema alguno a la hora de tratarlo. Así que Cara asintió con una sonrisita de suficiencia.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo.

—Soy Rory.

Lo miró confundida.

—Me llamo Rory. Rory Flanaghan. Imagino que lo habrás pensando; así que consigue un muñeco donde clavar las agujas durante una temporada.

—Bien, Rory Flanaghan. Será mejor que seas tan bueno como dices ser.

Él solo dudó un instante antes de acercarse a ella.

—Pensé que tendríamos que comportamos correctamente.

Se produjo una marcada pausa antes de que ella le respondiera.

—Quiero por escrito la parte de la devolución en caso de no obtener los resultados prometidos.

# Capítulo 2

Cara dio un respingo. ¡Pero qué manos tenía ese hombre!

—Cuidado, grandullón.

Él la miró sorprendido.

—Solo estoy colocándote bien —sonrió sin poder evitarlo.

—Estoy segura de que se lo dirás a todas las chicas.

Rory se reía, mientras le pasaba la palma de la mano por la espalda para que la estirara.

—Cara, si vas a empezar a coquetear conmigo, dejaré de controlarme. Y no querrás que acabe siendo un sinvergüenza, ¿verdad? Porque se echaría a perder mi buena fama de entrenador personal y todo eso…

Ella frunció el ceño al sentir un dolor en la parte superior del brazo, pensando que aquellos músculos no los debía de haber utilizado en la vida.

Por otra parte, si estaba coqueteando con él, era sin querer. Si su intención hubiera sido tratar de encandilarlo, tampoco le hubiera servido de nada: desde que había empezado en el gimnasio, las demás mujeres, todas delgadas como palillos, no habían dejado de hacerle ojitos.

Rory era un hombre muy popular en el local.

Sin embargo, si quería ser justa debía reconocer que él no le había seguido el juego a ninguna de ellas.

—No estoy coqueteando, solo soy ingeniosa. El ingenio y el sarcasmo son mis puntos fuertes; también me encanta comer.

Rory le retiró la mano de la espalda cuando estuvo seguro de que la tenía bien colocada, y fijó la mirada en los brazos del aparato de pesas.

—¿Y qué más cosas se te dan bien?

Cara lo miró de reojo.

—Pensé que no querías parecer un tipo lascivo.

—No me refería a eso —dijo él.

—Claro que no.

De nuevo él le estudió el rostro con sus ojos oscuros al tiempo que estiraba un brazo para apoyarse en el aparato y se inclinaba hacia delante con una sonrisa en los labios.

—A lo mejor lo he dicho para entablar conversación.

—¿Entonces por qué no me hablas del tiempo?

—Porque eso lo puedo ver asomándome a la puerta o a la ventana.

—¿Y de la paz en el mundo? ¿O del medio ambiente?

—Hacemos dos más aquí y continuamos —le miró brevemente los brazos y respiró hondo—. ¿No hablas nunca de cosas normales? —preguntó—. La mayoría de los hombres lo prefiere.

Cara sonrió por eso, y también porque Rory Flanaghan no se parecía en nada a la mayoría de los hombres que ella había conocido, aunque, en lo de la conversación tenía algo de razón.

—¿Quieres decir que la mayoría de los hombres son simples?

Un brillo de humor asomó a los ojos de Rory.

—Sigamos.

Cara soltó las pesas, se puso de pie y avanzó junto a él hasta la cinta de correr. Lo observó por el rabillo del ojo, y vio que él controlaba con la mirada todo lo que acontecía en ese momento en la sala, antes de volverse de nuevo hacia ella.

Cara se centraba en la conversación con él porque era el único terreno donde se sentía segura. Incluso cuando tenían que dejar un aparato y pasar a otro, le ponía muy nerviosa su proximidad.

Él se mostraba tan fastidiosamente sereno, tan profesional todo el tiempo, que a Cara le entraban ganas de gritar. Era imposible que la afectara tanto, y que no se diera cuenta de ello además; claro que Cara no quería que se diera cuenta de nada.

Se dijo que a lo mejor estaba acostumbrado a esa reacción por parte de las mujeres…

—Hoy haremos veinte minutos —dijo él.

Cara lo observó mientras ajustaba los tiempos en la cinta de correr.

—Lo dices en plural, como si lo estuvieras haciendo también;

pero la que corre soy yo, tú te quedas ahí…

—Observando lo que haces.

Ahí precisamente radicaba el problema. Cara empleaba el mismo esfuerzo para mantener una postura erguida, con los hombros hacia atrás y el estómago metido, que el que empleaba en hacer el ejercicio en sí. La matemática simple le decía que estaba trabajando el doble. Sin embargo…

—Te sentirías mejor si hicieras el mismo ejercicio a la vez que yo —dijo Cara al tiempo que tocaba repetidamente la barandilla de la cinta de correr contigua a la suya.

Ella frunció la boca y aprovechó el momento para mirarle las piernas; pero sin darse cuenta se quedó mirando el cordón de la cinturilla del pantalón del chándal unos segundos más de lo decoroso. Al percatarse, bajó la mirada rápidamente para fijarla en las enormes zapatillas de deporte que calzaba.

Cuando levantó la vista un poco azorada, él la miraba con expresión interrogante.

—No puedes usar la cinta de correr por la pierna mala, ¿no? —preguntó ella.

—Tampoco estoy en silla de ruedas —Rory se apoyó sobre la barandilla y presionó unos botones—. Mientras tú corres cuesta arriba, yo puedo hacerlo con tranquilidad.

—Y dicen que la caballerosidad ya no existe…

Empezaron a trabajar en las cintas al mismo tiempo. Cara trataba de no mirarlo muy descaradamente, pero seguía sintiendo su presencia muy cerca. Para empezar veía de reojo su pelo negro y era tan consciente de sus pasos rítmicos como de la mano grande que se agarraba a la barandilla junto a la suya.

No recordaba haberse sentido antes tan consciente de la presencia de otra persona a su lado, o de su olor. Porque él olía de maravilla. Cada vez que se acercaba a ella para colocar algo, o pasaban junto a una ventana abierta, su aroma la rodeaba. Era un aroma muy masculino, con un toque de canela; un olor que le recordaría a él en cualquier sitio.

Lógicamente, a Cara le fastidiaba notar ese tipo de cosas.

—Yo estoy a favor de la conservación de la selva amazónica.

Cara sonrió sin dejar de caminar.

—Y yo.

—Y la paz en el mundo no estaría mal tampoco.

—Sí, yo soy de la misma opinión.

Charlaron un rato más, y después él se quedó callado un momento.

—Y a qué hombre no le gustaría decir que ha llevado a la gloria a una mujer.

Ella se echó a reír y volvió la cabeza para mirarlo en el mismo momento en que él le guiñaba un ojo y le echaba una sonrisa. Rory Flanaghan era un coqueto irremediable.

Su comportamiento resultaba encantador, como el de un adolescente. Se lo imaginó como uno de esos adolescentes a quien su madre le habría dado un buen tirón de orejas por descarado.

Cara frunció el ceño, empeñada en centrarse en el ejercicio nada más.

No quería pensar más en él, ni tampoco que él le gustara tanto. ¡Mira que pensar que su sentido del humor era algo encantador! Era de esos tipos de quien las madres siempre le advertían a una; uno de ésos que embaucaban a las chicas para llevárselas a la cama sin casi darse cuenta. Ni hablar.

De todos modos no tendría sentido. Con mirar alrededor vería al menos a tres candidatas dispuestas a dejarse mimar por él durante una hora al día, en los distintos aparatos del gimnasio.

Una cosa era fijarse en alguien con un físico como el que poseía Rory, y otra muy distinta que su picardía le pareciera encantadora.

Claro que más vergüenza le daría que él se enterara de lo que pensaba ella.

Seguramente él sentiría lo mismo que había sentido la rubia de la película de King Kong cuando se había enterado de que el mono la amaba.

Cara respiró hondo. Había que echar mano del sarcasmo.

—Hay veces en las que las mujeres estamos en la gloria sin vosotros —sonrió de medio lado y lo miró fijamente, mientras le ardían los gemelos del esfuerzo de tener que avanzar por el ángulo empinado de la cinta de correr. Aunque con tal de olvidarse un momento de que Rory estaba a su lado, habría subido el Everest.

—¿Eres así de engreída con todo el mundo, o solo conmigo porque te estoy haciendo trabajar los músculos?

¿Engreída? Cara lo miró con humor.

—¿Dónde te has dejado el caballo esta mañana, John Wayne?

Su intento de imitar el acento de una vaquera hizo reír a Rory.

—Muy graciosa.

—Soy graciosa —lo miró con gesto garboso—. Es otra de las cosas que se me dan bien, además de tratar con los niños y los animales y mantener a raya a los hombres gallitos.

—Detestas trabajar los músculos y hacer ejercicio, ¿verdad?

Ella suspiró cansinamente.

—Sí, es cierto.

—¿Entonces por qué lo haces?

Cara lo miró de reojo.

—Voy a tener que preguntarte de nuevo si estás bien de la vista.

—Sí, sí, no dejas de decírmelo —apagó la cinta de correr y se volvió hacia ella cuando la máquina se paró—. ¿Acaso te gusta despreciarte a ti misma? ¿O eres de esas mujeres a quienes les gusta que les echen flores?

Cara respondió con un resoplido desgarbado.

—Sí, claro.

—Pues yo no veo dónde está el problema. Eres inteligente, eso está claro, un poco cómica y exagerada, pero estás a favor de la conservación de la selva amazónica y deseas la paz mundial. Yo te veo bien.

A Cara no se le pasó por alto que él no había mencionado ni un solo atributo físico. Ni siquiera su cara bonita, que solía ser su punto fuerte. ¿Por qué se sentía decepcionada, si en realidad no pretendía que él la encontrara atractiva de ese modo?

—De acuerdo. Está claro que acabo de decir algo que no debería haber dicho —adivinó él.

Cara negó con la cabeza, con la vista al frente.

—Entonces, si no te gusta hacer ejercicio, no te interesa charlar de temas triviales ni puedes ponerme en mi sitio, ¿de qué podemos hablar cada día durante una hora?

—¿Acaso tenemos que hablar?

—Es un poco aburrido si no lo hacemos.

—¿No podrías imaginar que ésta es tu oportunidad de hacerte pasar por bibliotecario?

Él soltó otra risotada.

—Para ser sinceros, no es una profesión que me haya atraído

nunca.

—Pero es que no tenemos nada de qué hablar, ¿no te parece?

—Tú eso no lo sabes.

Rory se bajó de la cinta, dio la vuelta a la barandilla y se agachó delante de ella para inclinar más el ángulo de su cinta.

Entonces la estudió unos instantes con la mirada.

Cara tragó saliva mientras su perfume le embriagaba los sentidos. Sintió el pulso más acelerado, aunque sabía que no tenía que ver con la empinada subida.

—¿Es necesario que sepas lo que pienso de la vida, del universo o del medio ambiente? Solo tienes que asegurarte de que no me parta el cuello con ninguno de estos instrumentos de tortura —inquirió ella.

—A lo mejor es que quiero saber esas cosas.

Ah, Dios mío, era bueno, muy bueno. Lo había dicho con la dosis correcta de suavidad en la mirada e intimidad en el tono de voz, como si ella le importara de verdad.

La cinta de correr empezó a pararse, pero Rory seguía mirándola con aquellos ojos tan intensos, esperando su respuesta.

Cara se pasó la lengua por los labios y notó que él seguía el movimiento con la mirada.

—¿Eres así de pesado con todos tus clientes?

Él esbozó una sonrisa pausada.

—No. Te lo he dicho. No suelo estar mucho por aquí.

—Y no será porque te falten candidatas deseosas de dejarse conocer —Cara ladeó un poco la cabeza y bajó la voz—. A lo mejor deberías dedicarte más a ellas y dejar que sea yo quien te ponga los pies en la tierra durante una hora cada día.

—Nunca me han gustado las cosas fáciles.

Cara volteó los ojos, y él se echó a reír.

—Podremos trabajar juntos mucho mejor cuando reconozcas que no soy tan malo como crees.

—No tengo pruebas de eso.

—Bueno, entonces solo necesitas conocerme mejor, ¿verdad?

¿Querría convencerla para llevarla a su terreno?

Cara sospechó que no se equivocaba. Definitivamente, Rory Flanaghan era bueno, muy bueno.

—Nada de acecharme.

—Palabra de honor —él se llevó la mano al corazón con una sonrisa en los labios.

Cuando la máquina se detuvo, Cara movió el dedo con gesto de advertencia.

—No creas que voy a dejarme embaucar por esas frases que dirás a todas las mujeres.

—Creo que eso ya se sabe.

Rory sonrió de oreja a oreja, consiguiendo que Cara sonriera también.

—Y nada de sonrisas.

Rory estaba muerto de risa.

—Bueno, eso no te lo puedo garantizar.

Cara se bajó de la cinta y se volvió a mirarlo.

—Solo quiero que sepas que no va a llevar a ningún sitio.

—Para que lo sepas —le puso la mano de nuevo en la cintura y la condujo hacia su siguiente ejercicio—, eso ha sonado a desafío —le susurró.

Si él tuviera idea de la enormidad del desafío, a lo mejor incluso abandonaba… por primera vez.

Cara suspiró para sus adentros. En otra vida y con el cuerpo de una modelo, esa pequeña batalla podría haber sido muy, muy divertida.

# Capítulo 3

—Tienes un vocabulario muy afilado para tener un aspecto tan dulce e inocente, ¿sabes?

Rory ahogó una sonrisa, mientras Cara lo miraba con la cara colorada y sofocada del esfuerzo. Se le habían soltado algunos mechones de su melena castaña, y con el sudor se le habían pegado a las mejillas. Y cada vez que él le insistía que hiciera más abdominales, ella apretaba los dientes y soltaba palabrotas, como un auténtico carretero.

—Estoy segura… —dijo mientras apoyaba con fuerza los talones en el suelo y levantaba la pelvis— de que las mujeres te dicen cosas así —sostuvo la postura durante unos segundos antes de bajar con fuerza.

Rory trató de no fijarse en los movimientos, sabiendo que no sería muy profesional por su parte. En realidad, después de llevar veinte minutos mirándola, lo poco profesional rayaba en la perversión. ¿Qué le pasaba con aquella mujer?

Desde que había entrado en el gimnasio y lo había mirado con aquellos ojos azules como el mar, solo tenía una cosa en la cabeza: Cara Sheehan.

Ella lo miraba de tal modo que le hacía sentirse un capricho secreto pero a la vez prohibido. Y esa idea le excitaba mucho.

Además de eso, era inteligente, rápida, lo tenía en vilo con su humor y sus bromas lo ayudaban a no pensar en otras cosas.

En teoría.

—Pero no usan una terminología tan colorida como la tuya.

Ella lo miró de reojo, con suspicacia.

—Esa palabra la has buscado hoy en el diccionario, ¿eh?

—Era la palabra del día en el periódico.

—¿El que tiene una mujer desnuda en la última página?

—Ése —Rory sonrió—. Otra vez. Vamos, tienes que hacer cinco más antes de que pasemos a otra cosa.

Cinco más de aquello, seis más de lo otro… Rory estaba seguro de que ella era lo suficientemente lista como para darse cuenta de que cada vez añadía unos pocos más. Pero en lugar de claudicar, Cara apretaba los dientes, le llamaba «sádico» y continuaba. Y eso a él le gustaba.

Ella llevaba allí casi una semana, y en ese tiempo mostraba ya la misma determinación que había sentido él desde que había vuelto a casa. Además de sentir un respeto hacia Cara que a la vez lo ayudaba a dominar los pensamientos lujuriosos, Rory se identificaba con ella.

—Lo estás haciendo muy bien.

—No se te ocurra mostrarte condescendiente conmigo; no me has visto por la mañana cuando intento levantarme a gatas de la cama. Me duele en sitios donde no sabía que tenía músculos.

Rory llevaba ya varios días observando el esfuerzo de Cara para realizar todos los ejercicios rutinarios; y también él tenía que esforzarse cada día más por mantener las distancias, por seguir siendo un profesional.

Sin embargo, aún no entendía por qué ella estaba pasando por todo aquel sufrimiento. Si se lo preguntaba, a lo mejor querría contárselo.

Y de todos modos sería mejor que conversara un rato con ella para tratar así de calmar sus alocados pensamientos.

—Debes de tener una razón de peso para hacer esto. Me apuesto a que no ha sido porque hayas tenido ningún problema a la hora de ponerte un biquini.

Rory sonrió. Hacerla rabiar era uno de sus pasatiempos favoritos.

—Nunca me he puesto un biquini, ahora que lo dices —dijo ella con buen talante.

Rory se fijó en sus pechos, algo que últimamente hacía a menudo, y pensó en lo bien que le quedaría un biquini. Cara Sheehan tenía curvas donde debía tenerlas una mujer.

Frunció el ceño de inmediato. Últimamente, el celibato forzoso estaba afectando negativamente aquella profesionalidad a la que

quería agarrarse con todas sus fuerzas. Sin embargo no debía utilizarlo como excusa, ya que no era la primera vez que pasaba varios meses sin estar con una mujer. La diferencia era que anteriormente siempre lo había remediado al volver a casa.

Esa vez aún no.

Al menos tenía el consuelo de que solo Cara lo excitaba de ese modo. Por lo menos no se fijaba en todas las mujeres a su alrededor.

—Dos más.

Ella emitió un leve gemido de protesta que solo consiguió excitarlo un poco más. Uno, dos y Cara se derrumbó en la colchoneta con un suspiro de satisfacción que lógicamente lo catapultó de nuevo al mundo de las fantasías.

Pero como ella se estaba esforzando mucho, él se agachó a su lado con una sonrisa y bajó la voz.

—Vas de maravilla, y lo sabes. Bromas aparte.

Ella se volvió hacia él y pestañeó repetidamente, fijando en sus ojos los suyos azules unos instantes, antes de responder.

Como conocía bien la rapidez mental de Cara, Rory sabía que no se estaba pensando la respuesta, sino que más bien estaría decidiendo si debía bajar o no la guardia. Eso le dio a entender que aún no confiaba en sí misma cuando estaba con él, y eso no era positivo a la hora de trabajar.

La inseguridad de Cara le fastidiaba, y no solo porque le hubiera prometido a su hermano que se entregaría en cuerpo y alma al negocio durante su estancia forzosa en la ciudad.

A lo mejor resultaba obvio lo sensible que se ponía cuando estaba con ella; aunque estaba seguro de que no era solo culpa de él. Cara, con o sin intención, era una mujer provocativa y graciosa, además de bella. A pesar de todo, debía intentar dominarse. Un hombre de treinta años con un poco de experiencia como él debería ser capaz ya de centrarse en otras cosas y dejar la frustración y la curiosidad sexual para otro momento. ¡Por supuesto que podía!

Así que echó mano de la sencillez y esbozó una sonrisa llana y natural; una sonrisa que le granjeaba la confianza de los niños y las mujeres.

—De verdad, te lo digo en serio. Sé que tiene que dolerte ahora, sobre todo si no tienes costumbre de hacer este tipo de ejercicio. Es

normal, Cara.

Cara hizo una leve mueca de fastidio y se apoyó en el codo, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Me tratas como si fueras mi padre, ¿no te parece?

—Tú no confías en mí, ¿verdad?

—¿Y por qué iba a hacerlo?

Rory se encogió de hombros.

—Bueno, no sé, porque de ese modo te resultaría más fácil trabajar conmigo. Te empeñas tanto en desafiarme que a la hora de hacer ejercicio tienes que hacer el doble de esfuerzo.

—Ah —ella sonrió y aleteó las pestañas—. ¿No te llega el amor, grandullón?

Él se echó a reír. ¡Qué mujer! Se preguntó si era consciente de lo coqueta que era. Si se lo preguntara, sin duda lo negaría.

—No. No tanto.

Cara se sentó con gran esfuerzo. Rory la observó, pero no quiso tenderle la mano porque sabía que ella la rechazaría. Cara se retiró el pelo sudoroso de la cara antes de mirarlo con aquellos ojos tan azules y brillantes.

—Ya te puedes acostumbrar a ello. Te pago para desahogar contigo mis frustraciones.

Rory avanzó hacia ella con una sonrisa en los labios.

—Y estás frustrada, ¿no?

Si lo estaba, en eso podría ayudarla.

La pregunta causó en ella un efecto inmediato: abrió los ojos como platos y las pupilas se le dilataron. Tenía la piel sonrosada del esfuerzo, pero a Rory no se le pasó por alto el rubor que tiñó sus mejillas de un rosa más intenso.

Parecía que él no era el único afectado. Todo ese esfuerzo físico, la piel húmeda del sudor, los gemidos de esfuerzo… Rory solo lo relacionaba con otro tipo de ejercicio…

Cada vez que ella lo miraba, él sentía algo especial. Si tenía la oportunidad de coquetear con ella para hacerla sufrir un poco, lo haría.

Por primera vez desde que había cruzado las puertas de cristal del gimnasio, Cara no supo qué decir, cómo responder.

Rory solo pudo sonreír ante la victoria.

—No seas tímida, puedes decirle lo que quieras a tu entrenador

personal. De ahí lo de personal…

Ella tardó un momento en picar el anzuelo; abrió y cerró la boca un par de veces y entrecerró los ojos.

—No puedo creer que te salgas con la tuya con este rollo; a veces eres la persona más…

—¿Cara? ¡Dios mío, sí, eres tú!

Se volvieron al unísono al oír una voz chillona a sus espaldas. Rory miró a Cara y notó su sorpresa y algo más, como si se sintiera claramente avergonzada.

La rubia delgada como un palo se inclinó y le dio dos besos sin tocarle la mejilla. Rory se dijo que odiaba a las mujeres que hacían eso.

La mujer se retiró entonces un poco y sonrió a Cara.

—¡Pero qué gracia! ¿Tú, en un gimnasio?

Rory miró otra vez a Cara con disimulo para ver qué tal le estaba sentando la actitud de la otra. Fuera como fuera, la sorna de la recién llegada hacia Cara ya le había molestado a él.

Pero como conocía un poco a su pupila, sabía que en cualquier momento soltaría un comentario sarcástico que colocaría a la rubia en su sitio. Así que Rory se cruzó de brazos a esperar, prometiéndose que en cuanto empezaran a hablar de ropa o de compras dejaría de prestar atención a la conversación y se dedicaría a hacer otra cosa.

—Lo sé, es una bobada, ¿verdad? Es que, ya sabes que Laura…

—Se casa. Por supuesto. Y supongo que no quieres estar como un globo cuando te pongas uno de esos bonitos vestidos de dama de honor. Yo haría exactamente lo mismo. Lo malo es que tienes poco tiempo; para estar como están las otras en tan poco tiempo necesitarías un milagro —hizo una pausa para tomar aliento y sonrió—. Y, por supuesto, Niall va a ir, ¿verdad? Qué horror. Va a ser la primera vez que tengas que verlo desde que rompisteis, ¿no? Qué corte que sea el padrino, siendo tú la primera dama de honor. Imagino que te daría algo cuando te enteraste, pobrecita.

Rory observaba el transcurso de la conversación como el que observa un partido de tenis. Imposible no fijarse, de todos modos. Había aprendido más cosas acerca de la misteriosa motivación de Cara en treinta segundos que en todos esos días.

Él era de la opinión de que un entrenador personal debía estar al

corriente de esas cosas.

¿Entonces, lo que Cara pretendía con todo aquel esfuerzo era ganarse el cariño de un exnovio? En parte le fastidiaba pensar que otra persona pudiera verla toda sofocada y en horizontal, jadeando como cuando hacía ejercicio, pero en esa clase de ejercicio en el que participan dos personas.

Sin pensar, se acercó a Cara justo en el momento en que ella se aclaraba la voz y decía:

—Sí, bueno, los vestidos son de ensueño…

Asombrado, Rory se fijó en su perfil, tratando de averiguar de dónde había salido aquella vocecita. Ésa no era la Cara que él conocía. ¿Dónde estaban los sarcasmos? ¿Sus gestos desafiantes? Pero si parecía un ratoncito asustado…

—Han sido diseñados para una figura muy esbelta, por decirlo de algún modo. Es el corte de la tela, ¿verdad? —Continuó diciendo la rubia—. No tapa nada de nada. ¡Te juro que me daría miedo comerme una hoja de lechuga! He oído decir que a Deirdre le queda de fábula; y estoy segura de que a Maggie le pasa lo mismo. Pero siempre han sido tan esbeltas, ¿verdad? Estar todo el día sentada a una mesa no puede servirle a una de mucho —la mujer miró alrededor y respiró hondo—. Yo en tu lugar también me habría apuntado al gimnasio; aunque podrías haber empezado hace unos meses. Tú que escribes todos esos libros deberías saberlo.

¿Cara era escritora? Rory levantó las cejas con sorpresa. ¿Qué tipo de libros escribiría? Si por casualidad eran historias subidas de tono con escenas tórridas, cualquier intento de profesionalidad por su parte se iría a la porra, de eso no habría ninguna duda.

Frunció los labios pensativamente y se miró los pies.

La rubia era una mina de información. Entonces la joven se echó a reír con coquetería y miró a Rory.

—Se diría que una persona que escribe libros sobre dietas tendría un poco de más conocimiento del tema, ¿verdad? Menos mal que sus lectores no pueden verla así, como está ahora. En el gimnasio no hay ni un ápice de glamur, ¿no te parece? Las ventas caerían en picado y sus libros dejarían de ocupar el ranking de los más vendidos. ¡Aunque a todos nos encanta su humor!

Él se volvió a mirar a Cara y la contempló con un sentimiento de respeto nuevo. ¡Sus libros ocupaban las listas de libros más

vendidos! Vaya, vaya, impresionante…

Cara hizo una mueca, tragó saliva y respiró hondo.

—Sí, Moira, tienes toda la razón, ahí sentada a la mesa todo el día…

—Bueno, cariño… —Moira le dio unas palmadas en el brazo— si hubieras salido un poco de casa después de marcharse Niall te habrías sentido mejor, ¿no crees? Tanto esconderse… ¿Acaso te extraña que al final se marchara? Cara, te habías convertido en una reclusa —hizo una pausa para respirar de nuevo—. Lo he visto con tantas mujeres bellas del brazo desde que os separasteis… ¡Es una pena que los dos estéis tan tristes!

Rory frunció el ceño y miró a Cara, a quien tenía de perfil. La reacción de Cara ante los comentarios de su amiga se contradecía con la Cara que él conocía; una persona alegre, lista, inteligente y sexy.

Cualquiera que oyera hablar a la tal Moira diría que Cara era una mujer triste y solitaria, una mujer acabada. Todo lo contrario a la impresión que él tenía de ella.

Cara lo miró con evidente angustia. A Rory se le encogió un poco el corazón al verla así, y sonrió con dulzura para intentar comunicarle sin palabras lo que sentía.

—Debo decir que me alegro mucho de que estés haciendo algo para recuperarlo. Un cambio así es justo lo que hace falta para que un hombre te preste de nuevo atención.

Ah, vamos, por favor. ¿Esa mujer era amiga de Cara?

Disgustado al ver que la Cara que él conocía no se encaraba con esa mujer para ponerla en su sitio, Rory se puso de pie y se aclaró la voz… solo para ver si su Cara salía del escondite.

«¡Vamos, ve por ella, tú puedes!», le decía con el pensamiento.

La rubia le sonrió y lo observó como si él fuera un pedazo de carne; entonces ladeó un poco la cadera hacia él, tratando de adoptar una pose más erótica.

—¡Y con un entrenador personal, nada menos! Caramba, caramba, debes de cobrar mucho.

Rory miró a Cara pero ella hizo una mueca, volvió la cara y tragó saliva con nerviosismo.

Aquello pasaba de castaño a oscuro.

No había visto en su vida a esa mujer, y aunque ella lo hubiera

visto a él alguna vez, no tenía por qué hacer suposiciones sobre ellos.

Mientras le echaba el brazo a la cintura a Cara, se alegró de haberse negado a ponerse la camiseta que su hermano había insistido en que llevaran todos los empleados.

—Yo no trabajo aquí; oficialmente, no. Soy amigo de Cara.

Moira abrió los ojos como platos.

—¿De verdad?

Él la miró con una intensidad que pedía a gritos que lo desafiara.

—Tengo que hacer ejercicio para recuperar mi pierna mala, y ella ha sido tan amable de venirse conmigo a hacerme compañía, ¿verdad, cariño?

Cara levantó la cabeza y lo miró, un poco tensa, antes de volverse a mirar a Moira.

—En realidad, Cara detesta el gimnasio —le dio un apretón en el brazo, satisfecho al sentir cómo su cuerpo lleno de curvas se acoplaba al suyo—; claro que a ella no le hace falta venir aquí. A mí me encantan sus curvas. No hay nada como una mujer con las curvas necesarias para que un hombre se quede en casa —le guiñó un ojo a Moira—. Usted ya me entiende… Así que si alguien tiene la culpa de que se haya convertido en una reclusa últimamente, ese alguien soy yo, desde luego.

Cara miró a Moira y sonrió de oreja a oreja, aunque tenía la cara colorada de vergüenza. Mientras tanto, Moira miraba a uno y a otro con desconfianza.

—Bueno, yo…

—Será mejor que vayas a darte una ducha, cariño. Ha sido un placer conocerte, Moira.

No pudo resistirse. Moira no parecía convencida, cosa que animó a Rory a ser todavía más malo con ella.

Estaba claro que a ella le gustaba hablar, de modo que él le daría tema de conversación. A lo mejor así, la próxima vez que quisiera avergonzar a Cara delante de un extraño se lo pensaría dos veces.

Así que abrazó a Cara y se inclinó sobre ella para besarla. Su beso breve y ligero apenas le rozó los labios, solo lo suficiente para sellar la mentira que acababa de contar.

Sin embargo, el efecto fue inmediato, potente, intenso. Los labios de Cara eran suaves y sabían a café y a vainilla. Nada más rozarlos, Rory sintió un latigazo en las entrañas, un deseo irrefrenable que le pedía más, mucho más.

Y eso que solo le había rozado los labios. Debería habérselo imaginado, teniendo en cuenta sus reacciones cuando estaba con ella. Pero cuando levantó la cabeza y la miró, entendió por la expresión de Cara que había cometido un error, aunque su intención hubiera sido buena.

Rory se dio la vuelta y las dejó allí, preguntándose por qué ella lo había mirado así, y por qué a él le había dado tanto miedo.

Su deseo de ser caballeroso podría terminar convirtiéndose en una de las cosas más arriesgadas que había hecho en mucho tiempo.

Y decir eso era decir mucho.

# Capítulo 4

—¿Por qué has hecho eso?

Cuando él salió del vestuario, Cara estaba allí cruzada de brazos, mirándolo con rabia. Temblaba por dentro, enfadada como hacía tiempo que no lo estaba. Pero no solo por lo que había hecho Rory, sino también porque al verlo salir de la ducha con el pelo húmedo y brillante y un suéter negro que ceñía su torso musculoso y que resaltaba su mirada, había sentido de nuevo el roce de sus labios.

Era como si con aquel gesto él la hubiera hecho suya. ¡Maldición!

—Había que callarle la boca, y tú no lo estabas haciendo.

En eso tenía razón. Moira Lenaghan se había merecido que alguien le cerrara la boca, o que al menos atacara directamente su falta de discreción, desde que habían ido al instituto; y Cara no lo había hecho nunca. Había pensado en hacerlo muchas veces, pero nunca le había dicho nada. Era como si la tímida adolescente que llevaba dentro aún quisiera agarrarse a las amigas como quien se agarra a una tabla salvavidas, por muy mal que hubieran resultado ser de mayores. La falta de tacto de Moira era algo que todas conocían. Pero una amiga era una amiga… y todo el mundo tenía fallos.

—¿Entonces se te ocurrió intervenir para rescatarme de las garras de una mujer que ha sido mi amiga desde hace años? Qué héroe.

El sarcasmo no le afectó en absoluto.

—Con amigos así, no necesitas enemigos, ¿verdad? No me extraña que te escondas en tu casa.

Maldita sea. ¿Se le escapaba algo a ese hombre?

Él no tenía ni idea de la razón por la que ella no salía de casa.

Claro que tampoco sabía lo que le había hecho aquel beso que él le había dado. Justo cuando decidía cambiar de vida, tenía la mala suerte de prendarse de su entrenador personal.

—¿Y quién eres tú para decirme con quién tengo que hacer amistad? —dijo Cara, aunque Moira no fuera una de sus amigas favoritas—. ¿Hace cinco minutos que me conoces y ya sientes la necesidad de salvarme? ¿Quién te ha dicho que seas responsable del mundo entero? El señor importante que corre a rescatar a los demás. ¡Menudo imbécil!

La mirada de Rory se tornó turbia, como cuando una nube ocultaba el sol, ocultando también el brillo de sus ojos.

—¡Tú, en cambio, no has abierto la boca…! —Él se acercó un poco y se inclinó para darle más énfasis a sus palabras. Su tono de voz contenía cierta dureza—. A ver, ¿por qué no has dicho nada? Cada día tienes respuestas a todo lo que te digo, Cara. Sin embargo dejas que esa mujer te insulte y te quedas ahí sin decirle nada. Te tiene bien agarrada. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Eso no es asunto tuyo.

Rory hizo una pausa antes de responder, como haciéndose eco de sus palabras. Pero cuando Cara levantó la cabeza con gesto triunfal, él la miró con tal intensidad que ella habría querido encogerse de vergüenza.

Sin embargo no pensaba mostrarse débil delante de él, por muy bien que besara ese hombre.

—De acuerdo, no es asunto mío —dijo Rory en tono tranquilizador—. Eres una colección de contradicciones, Cara, y debo confesar que me resultas fascinante. Al menos aparentemente.

¿Fascinante? ¿Ella le resultaba fascinante? ¡Por qué no se callaba de una vez!

Cara sabía que era lista, que tenía agilidad mental, al menos a la hora de escribir; pero también que no era una mujer que pudiera fascinar a los hombres como Rory Flanaghan.

Ni siquiera lo deseaba, sabiendo que a la larga solo acabaría fracasando.

—Debes de llevar mucho tiempo sin acostarte con nadie —le pinchó.

Él levantó las cejas en un inequívoco gesto de sorpresa.

—¿Cómo dices?

—Bueno, tiene que ser así si dices que te parezco fascinante. ¿Te molesta tanto la pierna mala? ¿O es que te gustan los retos?

Rory entrecerró los ojos. Cara notó que apretaba la mandíbula y por un momento pensó que perdería los estribos con ella. Sabía que lo estaba provocando. Ese también había sido siempre parte de su problema con Niall…

De pronto pensó que estaba comparando la relación con un simple entrenador personal y la que había tenido con el hombre con el que había vivido. ¿Qué sería lo siguiente?

Suspiró. Aquello no tenía nada que ver con Rory. Así que por primera vez en mucho tiempo cedió.

—Lo siento. Lo que he dicho ha sido totalmente innecesario.

Innecesario, tal vez; aunque decir que había dado en el clavo sería más sincero, tuvo que reconocer Rory, pero no lo haría delante de ella. Frunció la boca para pensarse lo que iba a decir y no meter la pata, y volvió la cabeza, solo para ganar tiempo.

—Como bien dices, no es asunto mío, la verdad. No volveré a cometer el mismo error dos veces. De ahora en adelante te dejaré que te enfrentes a tus cosas sola —la miró a los ojos mientras escogía sus palabras con cuidado—, escojas o no enfrentarte a ellas.

Cuando ella lo miró con curiosidad, Rory se animó a seguir.

—Me fastidió que no te defendieras porque hasta ahora he visto otra actitud en ti; tú no eres así. Tu valentía es una de las cosas que más admiro en ti, Cara.

Cara tuvo que hacerse a un lado para dejarlo pasar, y vio con claridad que lo había decepcionado.

¡Pero estaba tan equivocado acerca de ella…! Hasta hacía bien poco no había sido capaz de enfrentarse a sus problemas; sobre todo a las cosas importantes.

Rory era la primera persona que la había animado a pelear; el único que la había animado de verdad. Se le ocurrió que no era justo que él tuviera que pagar el pato de todos los meses de rabia y frustración que había vivido. Pero él la había provocado con su actitud de gallito y una seguridad en sí mismo a la que ella nunca podría aspirar.

Le dolía haberle disgustado, pero no tenía por qué dolerle. Después de todo, ¿quién era él en su vida?

Sin embargo no fue capaz de quedarse callada y trató de reconciliarse con él de algún modo.

—Moira no es precisamente una amiga, lo reconozco. Siempre ha sido una persona muy indiscreta, pero la conozco desde hace mucho tiempo. Y ciertamente casi todo lo que ha dicho es verdad. ¿Por qué voy a criticarla entonces? —Se dio la vuelta y vio que Rory se había parado, aunque seguía de espaldas a ella. Bajó la voz y siguió hablando—. La verdad es que no puedo ir a la boda hinchada como un globo estando Niall allí. Esta vez no.

Rory no se movió. Respiró hondo y soltó el aire despacio. Ante su silencio, Cara volteó los ojos con impaciencia y fastidio. ¿Por qué narices le había dicho eso? ¿Por qué no pedía otro entrenador personal, por el amor de Dios? A él no le importaría cómo estuviera con el elegante vestido lavanda que su amiga había escogido para vestir a las damas de honor, ni que se sentina mucho más segura de sí misma si pudiera demostrarle al mundo que estaba mejor sin Niall.

Rory se dio la vuelta, y Cara permaneció expectante.

—En primer lugar, no pareces un globo, para que lo sepas. Eso ya lo he mencionado en otra ocasión.

Cara vio la oportunidad de decir algún comentario sarcástico e ingenioso para aliviar la tensión del momento, pero Rory apenas le dejó abrir la boca.

—En segundo lugar, no seré responsable de mis actos si dejas que alguien te vuelva a hablar así y no seas capaz de echar mano de tu sarcasmo habitual. Porque nadie debería soportar ese veneno, y menos de una persona que se hace llamar «amiga». A las amigas debe importarles siempre cómo te sientas.

Ella frunció el ceño al pensar en el beso de Rory. Era tan poco probable que volviera a ocurrir…

—Y en tercer lugar, pienses lo que pienses de mí, el hecho es que he demostrado que podemos trabajar juntos, como lo hemos hecho estos días pasados. No muchas personas soportarían todo lo que sueltas por la boca. Pero si crees que puedes trabajar mejor con otra persona, entonces adelante, cámbiate de entrenador personal —se acercó un poco a ella—. Necesitas confiar en alguien para llegar a donde quieres llegar. Y me da la impresión de que no es algo que se te dé muy bien. Así que no te preocupes por lo que

puedas contarme; aunque después sigas viniendo al gimnasio, no volverás a verme después de un par de meses. Me marcharé pronto.

Cara lo miró sorprendida.

—¿Y dices que todo lo que ha dicho esa mujer se basaba en la verdad?

Ella asintió.

—¿Incluso lo que dijo de que te habías escondido desde que habías roto con tu ex?

Esa parte era cierta; más o menos. Pero Niall no había sido el único responsable de su encierro. Cuando se acercaba la fecha tope para entregar una novela, a veces desaparecía del mundo exterior durante un par de semana seguida. Así era el trabajo. Sin embargo, sentía curiosidad por saber adónde quería llegar Rory con todo aquello. Y como cada vez que abría la boca delante de él parecía que metía la pata, decidió quedarse callada y apretar los labios para no contarle nada, para no darle más información.

Asintió de nuevo.

—¿Ese tipo te echó cosas en cara para hacerte daño antes de romper contigo?

Rory no podía imaginar hasta qué punto.

—Todo el mundo lo hace.

—Entonces lo hizo, ¿verdad?

Cara tragó saliva. Rory no se equivocaba; de hecho lo que decía se acercaba demasiado a cosas que no había hablado con nadie. Sin embargo, una respuesta más breve le evitaría entrar en un análisis más profundo.

—Sí.

Un paso más. Rory estaba ya tan cerca de ella que casi se rozaban. Cara pensó que jamás se había sentido tan pequeña, tan abrumada por la presencia de un hombre. Le pareció una experiencia eléctrica. El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho, esperando a que él continuara, consciente del aroma envolvente de su perfume, de la cadencia de su respiración, y de cómo ella aunaba su ritmo al de él.

Sintió que le cedían un poco las rodillas y pensó que perdería el equilibrio.

—Bueno, no hay peligro de que eso ocurra si confías en mí, Cara. Tú no estás solo aquí para tonificar tus músculos con el único

fin de ponerte un ridículo vestido de dama de honor. Estás intentando hacer algunos cambios importantes en tu vida. Es lo que yo he percibido y lo que persiguen la mayoría de las personas que vienen aquí. Así que aprovéchate de mí —se encogió de hombros con una sonrisa en los labios al pronunciar las sugerentes palabras—. Utilízame y abusa de mí todo lo que quieras, y desahógate como te dé la gana. Entonces sabré que he hecho un buen trabajo. Y me gustaría conseguir algo positivo ya mismo.

Su sonrisa era contagiosa. Aunque Cara estaba segura de que habría sonreído así cientos de veces para manipular a las mujeres, se dejó seducir. Rory Flanaghan era un hombre especial.

Se le quedó la garganta seca al venirle una idea. A lo mejor si lo «utilizaba» como él le sugería, podría conseguir superar algunas cosas. Rory era alguien de fuera de su reducido mundo, un extraño que no tenía ideas preconcebidas sobre ella, ni sobre la clase de persona que era. Se dijo que no volvería a verlo pasado un tiempo, y que por ello era una oportunidad única. Una oportunidad entre mil, si tenía las agallas suficientes para llevarla a cabo.

Sinceramente, jamás había tenido una oportunidad como aquélla en su vida. Eso formaba parte de su gran transformación, del gran cambio de Cara Sheehan. ¿O no?

Sin embargo ella no era de esa clase de personas que pudieran poner en práctica una oferta como aquélla sin dar nada a cambio. Y lo que él pudiera esperar a cambio también le aterraba. ¿Le bastaría con la satisfacción de un trabajo bien hecho? Si así era, entonces no cobraba lo suficiente por sus servicios.

¿Y si esperara algo más de ella, qué le pediría? ¿Implicaría algún grado de desnudez?

Cara trató de pensar en otra cosa para no imaginárselo desnudo… sabiendo que estaría sencillamente glorioso.

Lógicamente, él no sabía que caminar detrás de su amiga por el pasillo de la iglesia siendo una nueva Cara sería uno de los momentos más importantes de toda su vida; un momento que necesitaba como necesitaba respirar. Y tampoco tenía modo de saber lo mucho que le tentaba lo que él le ofrecía.

Era una gran tentación… Cara tragó saliva y respiró hondo. Otra vez se lo estaba imaginando desnudo.

«¡Basta, Cara! Céntrate en la oferta que acaba de hacerte».

Aunque no lo conocía bien, y no volvería a verlo pasado un tiempo, no podía rehusar lo que él le ofrecía en bandeja sin que pareciera un desprecio por su parte.

Eso la llevó a pensar otra vez en lo que él querría a cambio, y volvió a imaginárselo desnudo. Por muy tentadora que resultara aquella ensoñación, Cara sabía que no podría pasar. Rory no era de esos hombres que entendían que otra persona no respondiera a sus agasajos.

Ahogó un gemido solo de pensarlo, mientras su embotado cerebro buscaba una alternativa. Finalmente se agarró a lo último que había dicho él.

—¿Por qué te hace falta conseguir algo positivo ahora mismo?

La sonrisa de Rory se desvaneció y las sombras oscurecieron de nuevo su mirada.

—Eso no importa.

—Creo que sí —dijo Cara—. La confianza tiene que ser mutua.

Rory se tomó el mismo tiempo para pensárselo. Desvió la mirada, aún torva, y la fijó por encima de su cabeza un instante, antes de bajar la vista. Se encogió de hombros con naturalidad.

—Hace unos meses les fallé a algunas personas.

—¿Y lo hiciste adrede?

—Podría haberme esforzado un poco más para que no pasara.

—¿Y no eres capaz de perdonártelo?

—No es fácil.

Cara levantó la cabeza pensativamente y lo miró de reojo con un gesto que cualquiera podría haber confundido con un coqueteo.

—Creo que no soy la única que necesita desahogarse y superar algunas cosas.

Él sonrió un poco.

—Puede ser.

—Bueno… —Cara le echó una sonrisa alegre y luminosa y lo miró con los ojos brillantes—, a los hombres les suele costar bastante enfrentarse a las cosas.

A Cara le dio la impresión de que Rory tenía ganas de sonreír.

—Puede ser.

Cara se dijo que le gustaba hablar con él. Le agradaba poder pisar tierra firme, tener un poco de control. Solo Dios sabía que hacía bastante tiempo que no se sentía así, y qué bien le hacía a

uno.

—Para que trabajemos juntos tenemos que confiar el uno en el otro ¿no? Y me da la impresión de que hace mucho que no confías en nadie.

Rory sonrió por fin, al ver que ella le razonaba con lo mismo que él le había dicho antes.

—¿Y también crees que porque no te vaya a volver a ver después de unos meses voy a sentirme más seguro? —preguntó él.

Cara asintió con sabiduría.

—Yo sí.

Él se echó a reír.

—Eres muy especial, ¿sabes?

—Me sacas lo malo que tengo en mí.

—La verdad es que no estoy de acuerdo con eso —dijo él.

—No me sorprende nada.

Rory se puso serio pero no por eso su mirada perdió intensidad. Cuando se acercó a ella suspiró exageradamente, antes de preguntarle:

—¿Y?

—Y…

Cara trató de no sentir demasiado desconcierto ante la proximidad de sus labios, de no pensar que de haber sido otra, otra mujer más segura de sí misma, se habría acercado a reclamar esos labios con un beso. Quería saber si había reaccionado así con el roce de sus labios solo porque la había pillado desprevenida. Y de no ser así, entonces tal vez considerara la posibilidad de perderse un rato y desquitarse de algunas de sus frustraciones a través de los simples placeres camales.

Pero dudaba mucho de poder dar un paso de esas características.

No podía seguir pensando de ese modo. La nueva Cara podría arriesgarse. ¡Podría hacerlo!

—Bueno, creo que puedo intentarlo si tú también lo intentas.

Él estudió su rostro, sus ojos y sus labios. Entonces asintió.

—Te veré mañana a la misma hora para empezar de nuevo. Como amigos, por supuesto.

# Capítulo 5

—Antes muerta que hacer eso.

Rory se echó a reír por su exageración.

—No es para tanto. Será un buen modo de relajar los músculos, y no dejarás de hacer ejercicio.

—No voy a dejar de hacerlo.

—Creía que querías intentar confiar en mí.

—Así es. Pero no si me tengo que quedar casi desnuda en un lugar público.

—No vas a estar desnuda. Puedo prestarte uno de los bañadores del club, son muy discretos. Y no quedará nadie más; el gimnasio cierra dentro de veinte minutos.

—Bueno, entonces, no tenemos tiempo.

—Me tienes a mí para entrenar, puedo quedarme todo el tiempo que sea necesario después del cierre. Y me viene muy bien hacer unos largos para la pierna —Rory le agarró de la mano y tiró de ella —. Vamos.

Cara lo miró con expresión ceñuda, pero no porque estuviera enfadada con él. Hasta el momento los ejercicios que había hecho con él le habían resultado más divertidos de lo que había imaginado, como si su tregua y su «amistad» temporal hubieran contribuido a relajar el ambiente.

No. Fruncía el ceño porque estaba pensando que tendría que quedarse medio desnuda delante de él. Y recuperar la seguridad en sí misma requería hacer las cosas paso a paso.

Ya había visto los bañadores del club. A Rory podrían parecerle discretos, pero no tapaban demasiado. Si fueran de color rojo, serían como los que llevaban las rubias pechugonas de esas series californianas de socorristas.

—¿Te sentirías mejor si te dejara hacer los largos sola y esperara a que te marcharas para hacer yo los míos?

Maldita sea. Sí, se sentiría mejor.

Pero esa actitud ya no le valía, porque su aspiración era cambiar, ser otra Cara. Y ya habían acordado que lo que el otro pensara no importaría pasados unos cuantos meses. Lo conseguiría. Podría fingir que no le importaba que Rory la mirara y le gustara lo que veía.

Podía hacerlo.

—No, es una tontería —Cara esbozó una sonrisa superficial—. Querrás llegar a casa, de modo que lo más lógico es aprovechar el tiempo. Además, necesito que estés conmigo por si acaso me ahogo.

—Exactamente. Si estás debajo del agua más de diez minutos, buscaré ayuda —le guiñó un ojo—. Ahora mismo te tiro un bañador por encima de la puerta del vestuario y voy a comprobar que Sam haya cerrado las puertas de entrada. Te veo en el agua en un rato.

Qué bien. Si se daba prisa podría meterse en el agua antes de que llegara él. Así se sentiría un poco mejor. Después solo tendría que tratar de salir del agua sin perder la dignidad. Podría pedirle que se quedara diez minutos debajo del agua sin respirar, y aprovechar para salir corriendo en busca de ayuda…

Cuando Rory apareció, Cara llevaba ya más de diez minutos en el agua. Estaba relajada y se sentía bien. Hacía tanto tiempo que no se metía en una piscina que había olvidado lo mucho que le gustaba nadar.

Tema la cabeza apoyada en el bordillo y el resto del cuerpo flotando, dejándose acariciar por el agua tibia. Miraba las luces del techo.

Rory no se había equivocado, aquello le estaba yendo muy bien para que se le pasaran un poco las agujetas. Había aprovechado también el momento de relax para pensar, e inevitablemente había ocupado su mente con Rory, algo que, por mucho que intentara no hacer, hacía a menudo desde la tregua.

En realidad, estando allí en el agua, era muy consciente de que lo estaba esperando; como si nadar fuera lo último que tuviera en la cabeza.

Nunca había conocido a nadie que la hubiera afectado de ese modo, nadie que hubiera provocado en ella pensamientos tan

apasionados como los que le provocaba él. Aunque más que apasionados, podría catalogarlos de verdes. Él era tan sexual… Todo él la incitaba del modo más básico.

Cara siempre había sido consciente de ese lado de su personalidad, pero nunca había conocido a nadie que lo despertara como lo hacía él. ¡Si supiera siquiera una parte de lo que soñaba últimamente! Esos días se despertaba con las sábanas revueltas, el cuerpo empapado en sudor y mojada.

Tal vez debería probar a escribir algo erótico, bajo seudónimo, por supuesto. No tenía sentido desconcertar a todos los que compraban sus libros…

Se abrió una puerta que había en un lado de la piscina, y Cara desvió la mirada para verlo entrar. Tenía los párpados entrecerrados, cargados con las imágenes que le rondaban el pensamiento.

Madre mía… De inmediato tuvo claro que a él no le importaba pasearse medio desnudo en público. Y no se había equivocado. Tenía un físico divino.

Si se paseara por la piscina en bañador cada día, estaba segura de que la clientela femenina se triplicaría en unos días. Rory avanzó sin rastro de timidez hacia el lado que cubría, que era donde estaba ella, y nada más que por eso Cara tuvo ganas de darle dos bofetadas.

Claramente, él no tenía nada de qué avergonzarse. ¿Por qué entonces le extrañaba que fuera tan arrogante?

Aunque ella sabía que él la miraba fijamente, decidió estudiarlo con interés mientras él se dejara, aunque fuera solo para estar segura de los datos. Porque tenía que recopilar datos para la novela erótica…

No le sobraba ni un gramo de grasa; aunque, lógicamente, quedaría un poco mal que el dueño del gimnasio tuviera barriga. Su cuerpo no era producto de las hormonas, sino el cuerpo natural de un atleta. Se le veía muy a gusto con su persona, tanto por dentro, como por fuera.

Era un hombre escultural, empezando por unos hombros anchos y un pecho musculoso salpicado de suave vello negro que se estrechaba y le bajaba por el estómago hasta desaparecer bajo la goma del bañador. Tenía la cintura estrecha y los muslos potentes,

todo ello muy masculino.

Aunque la piscina estaba llena de agua, a Cara se le quedó la garganta seca.

Lo único que desentonaba era su leve cojera. Cuando Rory dio la vuelta a la esquina de la piscina, Cara vio la lesión en su pierna. Era muy moreno de piel para ser irlandés, y en uno de sus muslos vio que la piel cambiaba de color, era rosada y arrugada. En el centro había una zona llena de puntos.

Cara levantó la vista y lo miró a los ojos con expresión interrogante; él le sonrió con pesar.

—Sí, lo sé. Por culpa de esto no puedo ser un espécimen perfecto.

—¿Qué hiciste?

—Yo no hice nada, salvo ponerme delante.

—¿Delante de qué?

Cara notó su indecisión. Después vio que fijaba la vista en el agua y se inclinaba para tirarse de cabeza. Antes de hacerlo, volvió la cabeza hacia ella y se encogió un poco de hombros.

—De las balas de la pistola de otro.

Mientras Cara abría la boca sorprendida, él se zambulló con elegancia en el agua, salpicándole un poco. Cara se metió del todo en el agua, y Rory la esperó al otro lado hasta que ella lo alcanzó. Entonces ajustó un poco la velocidad para nadar los dos en paralelo.

—¿Qué pasó?

Él se dio la vuelta para nadar a espalda, con una sonrisa en los labios.

—Acabo de decírtelo.

—¿Me estás diciendo que alguien te disparó? —Cara lo miró sin dejar de nadar a braza—. ¿Con una pistola de verdad?

—No, con un cañón, pero cargado con balas pequeñitas —se echó a reír de su propia broma.

—Uno tiene que andar con cien ojos en el centro de Dublin, la verdad. Si supieras la cantidad de veces que un tanque me ha quitado el sitio donde aparco en el centro comercial… —chasqueó con la lengua con desaprobación—. Si no querías hablar de ello no temas más que decirlo.

—Te estoy hablando de ello. Pero tú no quieres creerme.

Cara frunció el ceño cuando Rory dio una voltereta debajo del

agua y cambió de sentido debajo. Como él se le adelantó, Cara tuvo que esforzarse por alcanzarlo.

—¿Y cómo me voy a creer una cosa así? Ahora me dirás que eres un agente secreto. Me alegra saber que confiamos tanto el uno en el otro.

Él empezó a nadar a crawl, y Cara nadó tan deprisa que alcanzó el otro bordillo momentos antes que él.

Al instante una mano grande la agarró del tobillo y tiró con fuerza una sola vez, sumergiéndola totalmente.

Segundos después Cara salió del agua para tomar aire. Se apoyó un poco en el bordillo, donde se retiró el pelo de la cara. Se pasó los dedos por los ojos antes de abrirlos y cuando lo hizo vio que Rory estaba allí muy cerca; tal vez demasiado cerca…

Oh, oh.

Sus manos grandes la agarraron de la cintura, mientras avanzaba y la inmovilizaba contra la pared.

—No te miento, Cara. Me dispararon, hace seis meses en Oriente Medio.

Tratando de ignorar el acercamiento producido por el vaivén del agua, Cara trató de concentrarse en la sinceridad que reflejaban sus ojos negros. Creería todo lo que le contara, si hacía el favor de retirarse un poco de ella.

Aunque si en vez de un poco se iba al otro extremo de la piscina, mejor que mejor.

No quería sentir aquel cuerpo esbelto, fuerte y macizo a su lado, ni quería que el pulso le latiera como un caballo desbocado, ni sentir que se le quedaba la boca seca. Ya había imaginado que meterse con él en la piscina no sería buena idea. ¿Por qué, Señor, se dejaba convencer para hacer esas cosas?

—Bien, te creo —se pegó un poco más a la pared y extendió los brazos para agarrarse mejor al bordillo.

Rory se echó a reír como un loco.

—¡Pero qué me vas a creer!

—Pues claro que sí. Ya puedes soltarme.

—Hasta que no me digas que me crees de verdad, no te suelto.

—Si tú dices que te dispararon, te dispararon. Bien. Lo pillo —trató de sonreír, pero se encogió de nuevo—. Suéltame, haremos unos largos más.

—Lo digo en serio —la intensidad de sus ojos oscuros le dio a entender que no lo había convencido—. Solo estoy en casa un par de meses al año. Trabajo para una empresa que proporciona escoltas a ingenieros petroquímicos y equipos de trabajo que trabajan en zonas problemáticas. Y a nosotros nos tendieron una emboscada. Fue cuando me dispararon.

—Muy bien —Cara miró a un lado y a otro para ver cómo escapar de él.

—No pienso soltarte hasta que me mires a los ojos y me digas que me crees.

Si todo lo demás fallaba, trataría de hacerle caso, aunque resultara difícil creer lo que le decía.

Cuando lo miró a los ojos, se le cortó la respiración. Ah, Dios mío. Rory Flanaghan estaba como un tren, para comérselo, y además a tiro. No había nadie más en la piscina, estaban solos.

Las posibilidades aumentaron exponencialmente en su pensamiento.

—¿Qué pasa?

—Nada. Ya te lo he dicho. Te creo. Eres una especie de guardaespaldas tipo Rambo. Me alegro por ti.

En el silencio solo se oía el agua que chocaba contra la pared de azulejos detrás de ella. Entonces Rory le apretó un poco la cintura mientras seguía mirándola con aquellos ojos brillantes.

—¿Te pones así de nerviosa cada vez que te toca alguien? ¿O solo cuando lo hago yo?

—No seas ridículo. Es que no me gusta que me agobien.

Rory ignoró su mirada de fastidio y se acercó a ella hasta que sus cuerpos se rozaron, tibios y resbaladizos.

—¿Por qué otra cosa iba a ser? Solo estás molesto porque no me he tirado encima de ti como seguramente harán otras mujeres.

Forcejó un poco más, tratando de dominarse para que no se le escapara la verdad, incluso mientras dos ideas contrarias se debatían en su interior: o seguía rechazándolo a riesgo de que él se lo tomara como una invitación, o se quedaba quieta… también arriesgándose a que se lo tomara como una invitación.

Era una situación complicada.

Cara no podía arriesgarse a que él aceptara invitación alguna por su parte, ya fuera subliminal o de otro tipo. Aunque ella tuviera

mucha imaginación, no sería capaz de llevarlo a cabo.

Y prefería continuar frustrada y que su deseo no fuera correspondido a sentirse avergonzada y quedar en ridículo, algo que seguramente ocurriría si pasaba algo con él.

—¿Crees que te haría daño? —Él se puso muy serio mientras trataba de dar con una solución alternativa para que Cara no lo rechazara—. ¿Con qué clase de hombres has estado antes?

Cara se quedó quieta y levantó un poco la barbilla.

—¡No seas tonto! ¿Tan desesperada me ves?

¡Por favor, que no le dijera que sí! ¡Que no se lo dijera!

—Me gustaría pensar que no lo estás —los dedos que le asían las cintura se relajaron un poco, pero Rory no dejó de acariciarle el estómago con los pulgares—. ¿Entonces, qué pasa?

Ella frunció la boca.

—Vamos, puedes hacerlo —Rory sonrió—. Puedes hablarme.

—De esto no.

—¿Por qué no?

—Porque es algo personal. Es privado y no quiero hablar de ello.

—¿Por qué no te atreves a compartir cosas conmigo?

—Eres muy insistente, la verdad —dijo Cara.

—Sí, me lo han dicho otras veces.

De nuevo intentó apartarse un poco de él, diciéndose que bastaría un poco para que sus pechos no rozaran la pared de músculo del suyo. Por momentos sentía un calor intenso que se extendía por todo su cuerpo, o un delicioso escalofrío que le ponía la piel de gallina.

Como tenía los brazos extendidos en la pared para no hundirse, no podía empujarlo. Además, si lo tocaba todo tomaría un cariz aún más íntimo del que ya tenía.

Sería tan fácil acariciar esa piel de aspecto suave, o su cuello fuerte, enredarle los dedos en el pelo mojado… Tentador, no había duda. Del mismo modo que no le cabía la menor duda de que toda ella tratara de rechazarlo. Era casi demasiado cruel para describir con palabras. Lo que su cuerpo deseaba, su pensamiento no era capaz de conciliarlo, ni de darle lógica.

Emitió un sentido suspiro.

—No vas a dejarlo, ¿verdad?

Él negó con la cabeza despacio, muy despacio, y Cara maldijo

entre dientes.

Entonces Rory le rozó la pierna con la suya debajo del agua, aunque fuera sin querer para tratar de mantenerse a flote. El vello áspero le rozó la piel fina de los muslos, y sintió los músculos prietos chocar contra las redondeces de su cuerpo. Y mientras él continuaba mirándola con expresión intensa, Cara se dio cuenta de que sus facultades mentales estaban al mínimo, de que no era capaz de pensar en nada…

Salvo en el sexo.

Rory adoptó un tono persuasivo.

—Confianza, ¿te acuerdas?

—De acuerdo, muy bien —dijo con irritación, dándole un atisbo del aprieto en el que se encontraba por culpa suya—. Si quieres un análisis a fondo, te lo diré claramente para que podamos pasar a otra cosa. Así no tendremos que volver a hablar de ello.

Cara frunció el ceño, tratando de elegir las palabras correctas.

—Mira, estoy segura de que eres un hombre muy sexual y todo eso. Es lógico que lo seas, con el físico que tienes y demás. Los hombres sois así, los más fuertes de la especie, y bla, bla, bla…

Rory sonreía.

—Venga, distráeme con tus elogios. Eso siempre funciona… —miró al techo, respiró hondo y volvió a mirarla—, con cualquiera menos conmigo. A mí no se me distrae tan fácilmente de las cosas que quiero.

—Bueno, solo estaba haciendo una observación —tragó saliva, tratando de ignorar lo de «las cosas que quiero», que acababa de decir Rory, y ladeó la cabeza—. ¿Lo vas a negar?

Rory le asió la cintura para separarla un poco de la pared y le enganchó un tobillo con el pie para que no se moviera. Entonces bajó la voz.

—¿Que en este momento podrías ser tú precisamente lo que yo quiero? No, no voy a negarlo. Y tú no puedes negar que estando así en el agua no sientes nada. ¿Acaso no tienes un corazón aventurero?

Cara no podía respirar.

Rodeados de agua, Cara sentía la caricia sensual de sus cuerpos rozándose, de las curvas de su cuerpo que se acoplaban a los músculos, desde los tobillos hasta los hombros, rozándose los

pechos. Para ser sincera, jamás se había sentido tan excitada en toda su vida. Aun así, mintió.

—El caso es que… no.

—¿No qué? —Acercó la cara a la de ella—. ¿Que no está tan excitada por nuestra proximidad como yo?

No podía ser tan hipócrita, pero tampoco podía decirlo en voz alta.

—No soy una persona muy sexual, de verdad que no. Así que no tiene mucho sentido que me toques o que coquetees conmigo, porque no nos llevará a nada.

—¿Te parece que no eres sexual?

—Sé que no lo soy. Tengo edad suficiente como para saber cómo soy.

Rory le deslizó las manos hacia la espalda y la empujó hacia él un poco más, moviéndola para que el bamboleo del agua aumentara la fricción entre sus cuerpos.

Cuando a ella se le escapó un leve gemido, él esbozó una sonrisa sensual.

—No estoy de acuerdo. Me parece que aquí hay mucha carga sexual. Y no proviene solo de mí.

A Cara se le quedó la garganta seca. Seguramente a él le ocurrirían esas cosas a diario, y con las mujeres con las que normalmente pasaba tiempo, tanto en una piscina como fuera de ella. Pero a ella no le pasaban esas cosas, nunca le habían pasado. En el colegio había sido siempre una niña gordita, mientras las demás chicas ya habían empezado a explorar su sexualidad con el novio elegido. Y la niña gordita de comentarios sarcásticos no había sido una con quien los niños quisieran explorar. Así que había desarrollado más tarde.

Sus primeras experiencias sexuales no habían tenido nada que ver con las experiencias descritas en las revistas y novelas rosas, y al final ella se había sentido mal, como si no encajara, hasta pasados los veinte años.

Entonces había terminado con Niall.

Su cuerpo era muy consciente de que se estaba rozando con el de Rory, eso no podía discutirlo; al igual que tampoco podía discutir el calor que se concentraba entre sus piernas. Pero no llegarían a nada y no era justo que le diera a entender lo contrario.

—Muy bien —respondió sin aliento—. Eso no te lo voy a discutir…

—Vamos, anota la hora y la fecha, rápido —le sonrió con mirada triunfal—. Finalmente estamos de acuerdo en algo… ya era hora.

Rory se acercó un poco más y ladeó la cabeza para mirarla a los ojos, divertido y juguetón. Pero Cara se retiró.

—No hagas eso, no tiene sentido coquetear conmigo. No va a pasar nada, lo digo muy en serio.

Rory levantó las cejas y pestañeó con sorpresa.

—¿Quién ha dicho que fuera a pasar algo? Pero al menos estoy aprendiendo algo de ti. Parece que no te van las relaciones sexuales esporádicas.

—Déjalo en relaciones sexuales.

Él abrió los ojos como platos.

—¿Eres célibe?

—Célibe, no. Bueno, sí, más o menos. No es que no lo haya hecho; lo he hecho, claro que lo he hecho. Hoy en día, no hay nadie de veintisiete que no… bueno, ya sabes. Pero es que yo no…

Su vacilación lo hizo sonreír de nuevo.

—No vas de cama en cama.

—Sí. Eso, que no —Cara sacudió la cabeza y cerró los ojos con frustración ante su poca elocuencia—. No voy de cama en cama, pero no es solo eso. Es que yo no puedo… bueno, yo no…

¡Ay, qué ridiculez! Estaba quedando totalmente en ridículo. Y eso era precisamente lo que había estado intentando evitar.

—¡Cara!

Abrió los ojos al oír su tono firme, su voz profunda. Pestañeó unos instantes antes de percatarse de lo cerca que estaba ya. Su intensa mirada fue suficiente para cortarle la respiración otra vez.

El agua bamboleaba sus cuerpos sin cesar, y Rory seguía moviéndose con delicadeza, como si tratara de acoplar su cuerpo al de ella para seguir a flote. La combinación de sensaciones le impedía a Cara pensar razonablemente. Ella no dijo nada y Rory habló más despacio, con suavidad.

—Respira hondo y luego me dices qué es lo que intentas decirme. Podré soportarlo. Soy un hombre hecho y derecho.

Cara tragó saliva, respiró hondo un par de veces y se lanzó a la verdad.

—No se trata de que esto no me afecte… No tengo por qué mentir. Pero es que no tiene sentido, y yo no soy de esa clase de mujeres que disfruten provocando a los hombres. Porque si empezamos a coquetear de verdad en lugar de dejar las cosas como están, se crearían expectativas.

—Yo no me creo ninguna expectativa. Coquetear es una cosa; para divertimos un rato, nada más. No quiere decir que necesariamente vaya a ocurrir algo después.

—¡No, no! —Cara se echó a reír con nerviosismo—. A lo mejor tú dices eso ahora, pero acabarás esperando algo de mí. Eres un hombre. Y si empezamos con estas cosas, sabes dónde va a terminar todo. No me digas que no lo sabes.

—Tontear un poco si a los dos nos apetece no es malo.

—Pero si en vez de un poco fuera mucho…

Él la miró con turbación, pero no flaqueó.

—Solo pasará lo que los dos queramos que pase.

—Eso en sí ya es una expectativa por tu parte. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Rory respiró hondo.

—¿Y eso sería tan malo? Dime.

—Sí, lo sería —le dijo con mirada suplicante, queriendo que entendiera sin tener que pasar por la vergüenza de decirlo en voz alta—. Porque no sería tan bueno como imaginas.

Siguió una pausa cargada de tensión, pero al instante Rory sonrió con picardía y sensualidad.

—Cariño, si alguna vez llegáramos a eso, soy más que capaz de hacer que sea más que bueno. Me enorgullezco mucho de eso, créeme.

Cara volteó los ojos ante su arrogancia, pero al mismo tiempo tembló solo de pensar en lo que él acababa de decirle. Su cuerpo no hacía más que delatarla.

—¿Lo ves?, es precisamente eso. Te mostrarías todo orgulloso, empeñado en hacer de ello la experiencia más alucinante de mi vida, querrías ser lo mejor que me ha ocurrido.

—¿Y no crees que podría serlo?

—¡Maldita sea, Rory, no me estás escuchando!

—Te estoy escuchando, pero es que no tiene sentido lo que dices.

—¡Intento ser sincera contigo! —Trató de zafarse de él.

Pero él tenía mucha más fuerza, y al forcejear solo consiguió frotarse más contra su cuerpo.

—No, estás dando un rodeo en lugar de decirlo directamente. Pensaba que habíamos acordado confiar un poco el uno en el otro, para que pudieras liberarte de lo que fuera que tuvieras que liberarte.

Cara se resistió un poco más, a pesar de todo.

—¿Quieres soltarme de una vez, grandullón? He terminado con esta conversación. Dejémoslo en que no va a ocurrir nada, de modo que puedes irte olvidando de ello. Hay ciertas cosas que no tengo intención de llevar a cabo contigo. Finito.

—De acuerdo.

Y dicho eso la soltó y levantó las manos, mientras retrocedía un poco en el agua.

—Cálmate, por favor. Nunca he forzado a ninguna mujer. No he tenido necesidad de ello. Pero para que lo sepas, sea cual sea el problema aquí, podríamos haberlo hablado como dos adultos y haberlo resuelto. Porque ya hemos fijado un tope, ¿no?

Carla lo miró con frustración. Parecía que acababa de quedar completamente en ridículo. ¡Podría haberlo dejado pasar, haber bromeado al respecto, haber hecho una pelea en el agua como hacían los niños! ¡Por el amor de Dios, cualquier cosa menos lo que había hecho! ¡Se había cavado su propia tumba!

—¡Ah, sí, maldita sea! —Apartó una mano de los azulejos y chasqueó con los dedos—. Se me había olvidado totalmente. Tienes todas las oportunidades del mundo para acostarte a con quien quieras y se te ocurrió que mi autoestima podría quedar muy beneficiada si me eligieras a mí. Qué boba he sido.

Él regresó junto a ella en un abrir y cerrar de ojos y la miró con un gesto de advertencia.

—No, de eso nada. No sé qué líos has tenido con el sexo, pero no tienen nada que ver conmigo. Lo único que he hecho es coquetear un poco contigo. Y he tenido el valor de reconocer que estar contigo en la piscina me ha excitado. Fuiste tú quien sacaste el tema del sexo, no yo. Y está claro que esto es algo que has pensado mucho más que yo. Así que o bien estás enfadada contigo misma por pensar en ello, o enfadada porque ahora yo también lo sé. Dime tú

cuál de las dos cosas es, pero no me eches la culpa.

Rory tenía razón. Se detuvo a cierta distancia de ella y la miró con rabia. Cara sentía vergüenza, pero no podía mostrarse débil delante de él; no podía dejarle ver que acababa de dar en el clavo.

Porque lo que ella pensara del sexo no tenía nada que ver con él. Era solo asunto suyo.

—Tienes toda la razón. Desde luego, no es culpa tuya. Pero si dejo que pase algo entre nosotros, aun sabiendo que no tenemos ningún compromiso, mis problemas serían los tuyos. Y aunque tú no tienes la culpa de que no me guste el sexo, acabarías cargándote con ella. Eres de esa clase de hombres que se sientes responsables de ello. Y después te pasarías el resto del tiempo tratando de demostrarme tu valía, hasta que termináramos discutiendo.

Cara decidió olvidarse de la vergüenza que le daba que él la viera en bañador, se dio la vuelta y salió del agua.

—No te quiero para que me entiendas, o para que me ayudes a comprender por qué no puedo disfrutar del sexo como el resto de la gente. Tan solo pretendo dejártelo claro y ser sincera contigo. Porque los dos sabemos que lo que ha pasado aquí era solo un primer paso.

Cara echó a andar hacia el vestuario.

—Fuiste tú el que quisiste que confiara en ti lo suficiente como para hablar contigo, ¿te acuerdas? —añadió—. Me pediste que fuera totalmente sincera. Bien, pues ya me has oído. Como dice el refrán: ten cuidado con lo que deseas.

Se oyó el movimiento del agua a sus espaldas.

—¿Has terminado? ¿O acaso necesitas desahogarte un poco más?

Cara hizo una pausa al ir a empujar la puerta y se volvió rápidamente hacia él.

—¿Qué más necesitas?

Rory estaba ya fuera del agua y se dirigía hacia ella.

—Bueno, podrías respirar hondo para tratar de calmarte. Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena.

Cara abrió los ojos como platos. Pero él estaba imparable.

—No sé si esto vale de algo, pero quiero que sepas que si hubiera pasado algo, solo habría esperado de ti que te lo pasaras de maravilla, y yo mismo me habría ocupado de que fuera así.

—Ah, eres un arrogante hijo de…

—No es arrogancia, Cara —se detuvo a unos pasos de ella—. Se llama confianza en uno mismo.

Y eso era algo de lo que ella carecía. No había necesidad de que él se lo deletreara.

Con las manos en jarras, Cara esbozó su sonrisa más dulce.

—Y creo que con eso hemos terminado. ¿No te parece? No quiero que sigas siendo mi entrenador personal. Considérate despedido.

Rory la miró con turbación mientras le fruncía el ceño.

—Bien.

—Bien —dijo ella.

Él sacudió la cabeza.

—Estupendo.

—Sí, ¿verdad?

Y con eso se dieron la vuelta y al momento siguiente las puertas de los dos vestuarios se cerraron con sendos portazos.

# Capítulo 6

Qué ironía pasar toda una vida sin conocer a alguien especial y que de pronto, cuando ya no quisieras volver a verlo, estuviera delante de tus narices.

Cara estaba pensando eso mismo cuando vio a Rory en un café del centro de la ciudad. Con otra mujer. No, mejor tachar eso. Con una mujer. Decir «otra mujer» sería sugerir que ella era la mujer principal, que no lo era; ni quería serlo.

Aquella mujer en particular, sin embargo, parecía tan disgustada como Cara se había sentido cuando había salido huyendo de la piscina el último día que habían estado juntos. Le resultaba agradable ver que no era la única mujer que se sentía mal con él. Pero a la vez también se sintió inútil.

Cara se había sentado a la mesa antes de verlos, y de pronto ya no sabía dónde meterse. No podía levantarse y marcharse por si de pronto la descubrían. De modo que hizo lo que haría cualquier persona equilibrada: escurrirse un poco en el asiento y taparse la cara con el libro que se había llevado para fingir que leía. Se dijo que solo se asomaba de vez en cuando por encima del borde del libro para ver si él la había visto, pero pasado un momento reconoció que lo estaba haciendo para no perderse ni un solo detalle.

Se sintió infantil. Cerró el libro y lo dejó con tanto ímpetu sobre la mesa que vibró el plato que sujetaba la taza. Levantó la vista un instante, asustada por haber hecho tanto ruido, y frunció el ceño al ver que Rory aún no la había visto. ¡Él muy condenado! Por su culpa se sentía así.

La mujer seguía aparentemente nerviosa, y Cara sintió la punzada de los celos atenazándole el estómago cuando Rory se

inclinó hacia ella y le echó el brazo por los hombros. Fuera cual fuera la conversación, era dolorosa para los dos. Porque a pesar de que se había acercado a consolarla, Cara notó la tensión en su cuerpo, como si él no estuviera del todo a gusto con aquella proximidad.

Sí. Parecía como si estuvieran rompiendo; una ruptura que ella había instigado. En ese caso, otra mordería el polvo.

Pasado un momento Rory miró alrededor, y Cara se deslizó un poco más en el asiento por si acaso. Espiar era una cosa, y que la pillaran a una espiando otra muy distinta. Pero cuando volvió a mirarlo, Rory se había recostado en el asiento, mientras su acompañante se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de papel.

Cara siguió observándolos por encima del borde de la taza y de repente la mujer recogió su bolsa, le dio a Rory un apretón en la mano y lo besó en la mejilla antes de levantarse para marcharse.

Cara siguió observando. Rory sonrió a la mujer, asintió en respuesta a algo que le dijo ella y agitó la mano como despedida.

Luego, cuando la mujer desapareció de su vista, Rory suspiró, se dejó caer hacia delante y dejó las manos colgando entre las piernas, con un gesto ceñudo en la cara. Alzó la mirada al techo, se inclinó hacia delante y se miró los pies. Pero seguía con mala cara.

Lo que hubiera pasado claramente le había afectado más de lo que había demostrado delante de la mujer. Y eso sorprendió mucho a Cara. ¿Si tenía a alguien que le importaba tanto, por qué cortar? ¿Y, sobre todo, por qué había estado coqueteando con ella hacía solo unos días?

De pronto se sintió decepcionada. ¿Acaso no le había dicho él que siempre luchaba por lo que quería?

Cara se reprendió inmediatamente para sus adentros. No debería importarle lo que hiciera o dejara de hacer, sobre todo después de su última discusión. Dos no regañaban, si uno no quería. Aunque ella había iniciado la discusión con sus tonterías; con sus tonterías y con su enorme inseguridad.

Rory sacudió la cabeza, se puso de pie y comprobó el total de la cuenta antes de meterse la mano en el bolsillo.

Entonces levantó la vista y la vio.

Cara se quedó inmóvil. No trató de esconderse, no le sonrió, no hizo nada. Siguió mirándolo mientras el corazón le latía con fuerza.

La habían pillado. Maldición.

Rory levantó la cara. Paseó la mirada por el local medio lleno, y de momento pareció como si fuera a marcharse sin decirle nada. Pero entonces él volvió a mirarla y echó a andar hacia su mesa.

Se acercó a ella, con las manos en los bolsillos.

—Hola.

—Hola.

Cara lo miró mientras jugueteaba nerviosamente con el canto del libro que tenía sobre la mesa, tratando de controlar su respiración. Al entrar no había notado que hiciera tanto calor en el café.

—¿Llevas mucho rato aquí? —le preguntó él.

—Lo suficiente para ver el final de vuestra ruptura —Cara se sintió solo un poco culpable por la confesión. Rory podía ser muchas cosas, pero no era tonto—. Supongo que era eso.

Él levantó las cejas.

—¿Has pensado que estábamos cortando?

—¿Y no era eso? —Cara fingió que no le importaba—. Claro que no es asunto mío, pero desde aquí me lo había parecido.

—Bueno, pues siento decirte que te has equivocado.

Rory se sacó las manos de los bolsillos y retiró una silla para sentarse frente de ella. Se recostó en la silla, se cruzó de brazos y la miró como si estuviera sopesando si dignarse o no a hablar con ella.

—Es la esposa de uno de los tipos que estaba conmigo cuando me hirieron.

Cara abrió los ojos como platos.

—¿Y a él…?

—¿Lo hirieron? —Apenas esperó a que ella asintiera—. Sí.

—¿Y no…?

—No, no murió. Pero aún está en un hospital de Reino Unido —apretó la mandíbula y miró alrededor, como si estuviera decidiendo si continuar o no—. No está mejorando como se había pensado. Liz quiere que vaya a verlo, por eso ha venido a verme.

—¿Ha tomado un avión desde allí para pedírtelo? ¿No podía haber llamado?

Él torció el gesto con sorna.

—Lo intentó.

Cara vaciló, cada vez más sorprendida.

—¿Y le has dicho que no puedes?

—No le he dicho que no vaya a ir.

—Pero tampoco te vas a montar en un avión.

—No —la miró brevemente, y después hacia la puerta, como si pensara en marcharse—. Y en eso he hecho mal. Me iré mañana a primera hora, probablemente.

Cara estudió su perfil un buen rato, percibió la tensión latente, los músculos de la mandíbula apretados, su expresión ceñuda, su postura de rechazo. Ella percibía bien todas esas señales, porque sabía por experiencia propia lo que significaba enfrentarse a algo difícil.

Sencillamente, jamás habría creído que alguien como Rory pudiera estar en una situación así. Sintió compasión por él, una compasión que no nunca hubiera imaginado sentir por alguien como él.

De modo que se inclinó hacia delante, apartó la taza y bajó la voz para animarlo a que continuara hablando.

—No quieres ir a verlo, porque en ese caso ya habrías ido, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—No he podido moverme mucho en este tiempo.

—Bueno, los dos sabemos que ahora ya tienes bastante movilidad.

¡Ay! Cara sintió que había metido la pata.

Al momento siguiente, él se volvió hacia ella, frunció la boca y se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué tal te va con Sam?

Cara trató de sonreír.

—Cambiemos de tema.

—Solo lo digo por curiosidad.

¿Quería decir que de haberle ido mal, se ofrecería para intentarlo de nuevo con ella? Cara lo pensó y le pareció tentador. Y no porque Sam no fuera también un entrenador estupendo, pero con él no se esforzaba tanto como con Rory. A lo mejor era así porque no sentía el resentimiento hacia Sam que había sentido hacia Rory, un resentimiento que había canalizado esforzándose al máximo con los ejercicios.

Y lo cierto era que echaba de menos sus bromas, sus discusiones.

Pero también se decía a sí misma que era más sencillo mantenerse alejada de él. Durante unas horas después de salir de la piscina incluso había pensado no volver. Pero había pagado la matrícula, y la nueva Cara se negaba a volver para pedir que le devolvieran el dinero. Aunque la Cara de antaño hubiera querido esconderse durante una temporada.

—Me va bien —dijo ella.

—¿Entonces no has sentido la necesidad de contarle nada de lo que te pasa?

Ella se ruborizó.

—Parece que no.

—¿Sabes ya por qué me lo contaste a mí?

Cara suspiró y desvió la mirada.

—En este momento lo único que estoy pensando es que te resulta más fácil hablar de mí que de lo que te tiene tan inquieto —hizo una pausa y se armó de valor para mirarlo a los ojos de nuevo—. Es lo que estás haciendo, ¿verdad?

Él tardó un momento en responder.

—La verdad es que no sé por qué he sentido la necesidad de decirte todo lo que ya te he dicho.

—Entonces ya sabes cómo me sentí yo cuando te dije lo mío.

Cuando él no respondió, ella suspiró y se dejó llevar por la necesidad imperiosa de allanar el camino entre los dos.

—A lo mejor solo necesitabas hablar con alguien después del mal rato que has pasado con la esposa de tu amigo. Parecía muy disgustada antes de marcharse.

—Lleva mucha carga encima.

—Si su marido es tan pesado como tú, entonces lo entiendo.

Su mirada provocativa desapareció con su comentario.

—Sí, y yo he conservado la pierna. Imagínate cómo estaría yo si hubiera perdido las dos como le pasó a Richard.

Cara sintió como si le hubieran pegado una patada en el estómago. Era demasiado horrible para ser cierto. Pero mientras las palabras de disculpa se agolpaban en su garganta, vio que Rory retiraba la silla y se ponía de pie.

—Supongo que todos tenemos cosas a las que enfrentamos. Pero así es la vida, ¿no?

Rory iba caminando por la acera cuando ella lo alcanzó. Él se

había ido con mala cara, y Cara había sentido la necesidad de ir tras él. Porque a pesar de lo poco que le había contado Rory, sentía que lo suyo era insignificante comparado con lo que le pasaba a Rory y a su amigo.

Cara sintió la urgente necesidad de hacer las paces de algún modo, así que lo alcanzó y le agarró del brazo.

—Espera.

Él se detuvo y la miró sorprendido.

—¿Para qué? —dijo Rory.

—¿Por eso no has querido ir a verlo, porque te sentías culpable por no haber salido tan mal parado como él?

—No sabes lo que dices.

—Hasta que no me lo expliques, no. Así que hazme entender. A lo mejor hablándolo te sientes mejor.

—¿Ahora me ves como una especie de proyecto psicológico?

Cara frunció el ceño, y le soltó el brazo rápidamente.

—Pero tú no me viste así cuando me conociste, ¿verdad?

—No, la verdad es que no. Me pareciste sexy a más no poder en cuanto entraste por la puerta.

—¡Bueno, ahora ya sabes que eso es precisamente lo opuesto de lo que en realidad soy! Lo cual demuestra que no me conoces mejor de lo que yo te conozco a ti.

Se miraron en silencio, con expresión hostil, hasta que Rory suspiró con frustración y le puso las manos sobre los hombros. Entonces le dio la vuelta y la plantó delante de un escaparate cercano.

—¿Qué estás haciendo?

Cara siguió mirándolo con expresión ceñuda, esa vez a través del reflejo en el cristal, y lo encaró con obstinación. Cuando Rory la miró en el reflejo, los artículos detrás de la luna empezaron a desdibujarse.

—Vamos a dejar algo muy claro. Si abres los ojos y ves lo que yo veo, entonces tendrás algo menos de qué ocuparte, ¿no crees? Así que mírate. Mírate bien. Y dime lo que ves.

Cara trató de zafarse de él.

—Esto es una tontería.

—No, lo que es una tontería es que dos personas adultas pasen tanto rato discutiendo como hacemos tú y yo. Y no sé tú, pero yo ya

me estoy cansando de ello.

Cuando Cara dejó de forcejear, Rory avanzó y se pegó totalmente a su espalda. Sin dejar de mirarla, le retiró la mano del hombro, le echó el brazo por delante y le puso la mano debajo de la barbilla mientras le susurraba al oído:

—Mira.

Cuando ella trató de girar la cabeza para mirarlo, él le sostuvo la cara para que no la moviera. Finalmente no le quedó otro remedio que mirar; primero lo miró a los ojos a él y luego se miró ella en el espejo.

Era algo que intentaba no hacer muy a menudo. Y no porque detestara su físico. No del todo. Tenía cosas buenas, y siempre podía contar con su bonito rostro. Se trataba de que, como la mayoría de las mujeres, tendía a fijarse en lo malo en lugar de en lo bueno.

Y eso no era precisamente lo que él le estaba pidiendo que hiciera.

—Mírate de verdad, Cara. Olvídate de tus enormes complejos. Piensa por un momento como un hombre si así vas a ver lo que veo yo.

Él le habló en voz baja, con persuasión y sensualidad. Así que ella se miró de verdad. Mientras, Rory tenía la cabeza apoyada en su hombro y el pulgar agarrándole la barbilla.

Y así, rodeada por su cuerpo, Cara se sintió sexy por primera vez en su vida. Al ver su cuerpo grande y fuerte junto al suyo se sintió proporcionada. Ya no era una amazona gigante en una fila de delgadas damas de honor, a quienes los vestidos siempre le quedaban mucho mejor que a ella.

Sí, seguía teniendo curvas, de eso no había ninguna duda. Pero al lado de Rory sus curvas no parecían enormes, sino femeninas y sensuales, el complemento perfecto a las duras líneas del potente cuerpo masculino que tenía detrás.

Rory retiró la mano del mentón y se puso detrás de ella. Entonces le rodeó la cintura con un brazo y separo los pies. Al verlo así, Cara se irguió sin darse cuenta y el suéter se le ciñó un poco más al cuerpo, acentuando la curva entre el talle y la cadera.

Rory retiró la otra mano del hombro de Cara y también la asió de la cintura, rozándole la base de las costillas y la cadera.

El reflejo de su imagen le pareció tan sensual, tan potente, que concretó otra imagen en su pensamiento, una imagen de dos cuerpos desnudos en la misma posición. El erotismo de aquella sensación estuvo a punto de hacerle gemir de deseo.

Cuando lo miró a los ojos, él sonrió despacio.

—¿Lo ves? —le susurró al oído.

Por primera vez, Cara no sabía qué decir. Rory se dio cuenta de todo, y se echó a reír sin dejar de mirarla a los ojos.

—Te guste o no, eres una mujer muy sexy, Cara. No hay hombre en este planeta que no te mire y piense precisamente eso. Las mujeres deben tener curvas. Al menos ya hay algo que ha quedado claro —respiró hondo y su voz profunda fue un mero susurro—. No me diste oportunidad de hablar de todo lo que dijiste en la piscina…

Por fin le salió la voz.

—¿Por eso no quieres hablarme de tus problemas?

La sonrisa se desvaneció, pero continuó hablándole con el mismo tono íntimo mientras los compradores pasaban delante de ellos.

—En eso no puedes ayudarme —dijo Rory—. Es algo que tengo que superar yo solo antes de volver a trabajar.

—Pero si es algo que te molesta hasta el punto de que te impide ir a visitar a tu amigo, me parece que necesitas hablarlo con alguien —se volvió hacia él y subió un poco la cabeza para poder seguir hablándole—. Diga lo que diga yo, tú siempre quieres ayudarme de algún modo. Y te lo agradezco. De verdad. Pero si decidimos otra vez que vamos a ser amigos hasta que te marches, quiero que tú también confíes en mí.

—Entonces volvemos a ser amigos, ¿no?

Cara pensó en lo que era ser amigos; pero sin pensarlo demasiado entendió que ellos no lo eran. Lo que había entre ellos era poco, pero estaba ahí, seguía estando ahí. No importaba lo mucho que tratara de convencerse de que no era así. Pero lo cierto era que nunca había conocido a nadie como Rory Flanaghan, y por eso era lógico que no supiera, que no entendiera lo que pasaba.

Solo tenía los hechos desnudos. No se habían conocido antes, seguramente porque él pasaba poco tiempo en el país, y ella solo frecuentaba un selecto grupo de amigos. E incluso con los cambios

que había planeado para su vida, esa diferencia seguiría allí.

Lo cual quería decir que cualquier tipo de relación que pudieran tener sería temporal, tal y como él había señalado cuando había sugerido que se aprovecharan de ello para aclarar algunas cosas.

Y eso tenía sentido para Cara. Porque no había duda de que ella no sabía confiar en las personas. Aunque parecía que no era la única a quien le pasaba eso.

Eso le hizo sentirse un poco mejor, como si de pronto entrara en un terreno más seguro.

Tenían la oportunidad de vivir algo que podría ser breve pero a la vez libre de repercusiones o de la esperanza falsa de que algo pudiera durar más de lo que fuera a durar.

Cara consiguió sonreír, con una sensación de revoloteo en el estómago.

—¿Por qué no? —le dijo—. Todo el mundo necesita un amigo de vez en cuando, aunque sea solo para ocupar el tiempo, mientras la vida continúa.

—Y así será —Rory inclinó la cabeza un poco para darle más énfasis a sus palabras—. Necesitas saber que no soy de los que se quedan en casa.

—Bueno, entonces, tal vez puedas enseñarme algunos sitios antes de irte. Mi intención es empezar a salir un poco más.

—Tal vez pueda —hizo una breve pausa—. Entre otras cosas, si tú me dejas.

# Capítulo 7

—Estás distinta.

Cara sonrió.

—¿Tú crees?

—Sí, aparte del nuevo peinado y de la ropa, quiero decir —Laura se inclinó hacia ella y la miró a la cara—. Hay algo… ¿Qué es, Cara?

—Será el hombre nuevo —dijo Moira.

Cara tuvo ganas de abofetear a Moira. El hecho de que, de alguna manera, tuviera razón, no le hacía gracia. Cara detestaba reconocer que Moira se había acercado a la verdad… al igual que estaba también a punto de contar su versión de los hechos gracias al par de copas de vino espumoso que se había tomado.

Moira sonrió mientras se apoyaba sobre la mesa.

—Estoy segura de que será sencillamente divino. Alto, moreno, guapo, deportista… Cuéntanoslo todo, Cara.

Ay. Cara sabía lo que hacía. Estaba claro que Moira no se creía lo del beso del otro día. ¿Por qué iba a creérselo? No había un montón de hombres como Rory haciendo cola para besarla.

Así que, mientras sonreía con picardía, Cara supo que Moira estaba esperando su respuesta. Esperando a que Cara contara la verdad como normalmente había hecho siempre… para luego tener que sufrir la humillación de que Moira le pidiera su teléfono.

Pero esa vez no lo haría así.

—Bueno, Moira, precisamente tú debes saber que una chica no debe hablar de esas cosas… —Cara levantó una ceja y esperó a que la otra se enterara de lo que le decía.

A Moira le cambió la cara. Se retiró, ruborizada, y revolvió el líquido de su copa mientras sonreía de oreja a oreja.

—¿Alguien quiere más champán?

Después de salir Moira, Laura se quedó mirando a Cara un buen rato, antes de empezar a aplaudir muy despacio.

—Es la primera vez que le pegas un buen corte. Me has dejado impresionada, aunque ahora tengo una curiosidad tremenda por saber lo que iba a decir Moira. Bravo, Cara. Ya era hora.

Cara se encogió de hombros.

—Esta vez se la ha ganado.

—Estoy totalmente de acuerdo, Cara. Cómo puede ser tan provocadora, cómo puede criticar a los demás cuando su vida es un auténtico desastre. Un hombre casado más y todos sabemos que tendrá el récord del mundo —se acercó un poco a ella—. Pero yo creo que siempre se ha metido contigo porque en el fondo está celosa de ti. Y como tú nunca le has respondido mal, a ella le ha resultado más fácil seguir martirizándote. No sé cómo has podido soportarlo tanto tiempo.

Cara se volvió hacia la futura novia.

—¿Cómo que ha estado celosa de mí? ¿De qué puede tenerme celos?

Laura se encogió de hombros.

—De tu éxito, de tu inteligencia, de tu ingenio, de tu honestidad, de tu sencilla belleza, de que todo el mundo te quiera tanto. Es una combinación muy fuerte para alguien como Moira, que tiene que estar a la sombra de algún casado porque ella carece de todas esas cosas.

La interpretación de su amiga sorprendió a Cara, que estaba segura de que nada de eso era así. Era imposible que alguien con la belleza de Moira, que siempre tenía a todos los hombres detrás, pudiera estar celosa de ella. ¡Ni hablar! El mundo no funcionaba así.

A su lado, Laura se echó a reír.

—¿Ves?, tú tienes eso. Eres tan dura contigo misma que no se te ocurre nunca que alguien pueda querer ser más como tú. Date a ti misma un respiro, cariño. ¿Crees que habrías sido dama de honor tantas veces si tus amistades no te quisieran con locura? ¿Eh?

—La tradición es pedírselo a amigas que aún estén solteras. Y después de la tercera boda tenía tanta experiencia que las demás seguisteis pidiéndomelo. Me conozco tan bien la tarea de una dama

de honor que podría incluso escribir un libro sobre ello…

—Pues deberías escribirlo si va a ser tan gracioso como el resto de tus libros.

—Sí, el humor vende mucho, cariño —Cara sonrió—. Va en segundo lugar en las listas de ventas después del sexo. ¿Lo sabías?

—Y hablando de eso… —dijo Laura—. ¿De verdad estás con alguien?

—No como piensas tú.

Laura no parecía convencida.

—¿Estás segura de eso? Tienes una mirada especial… Y ya va siendo hora, la verdad. Has estado demasiado tiempo retirada de la circulación. Desde que se marchó Niall. Y todos sabemos que no era bueno para ti.

¿Y quién le había dicho eso cuando más lo había necesitado? Y en cuanto a su mirada… Podría tener algo que ver con su recién descubierta conciencia sexual y con las dos copas de espumoso que se había tomado. También podía ser por el nuevo peinado y el maquillaje. Hacía años que no se gastaba tanto dinero en ropa y cosas para arreglarse. Todo eso era parte de un gran plan.

Laura se adelantó para apretarle la mano a Cara.

—Sé que tú pensaste que él era la persona adecuada…

¿Lo había pensado? Cara frunció el ceño. ¿Lo había pensado? Si lo había pensado, desde luego no presagiaba nada bueno para el futuro.

—En realidad creo que eras demasiado buena para él, y él lo sabía. Estáis los dos mejor con otras personas —dijo Laura sonriente—. Y si no tienes otro hombre ya, ahora mismo viene uno hacia aquí que parece interesado. Lleva mucho rato mirándote desde la barra.

Cara volvió la cabeza cuando el hombre alto se abrió camino a través del gentío; la miró a los ojos y sonrió. No estaba mal, la verdad; pero como nunca habían intentado ligar con ella en un club nocturno, tampoco sabía si le apetecía o no.

Ése no había sido el plan, al igual que no lo había sido tampoco Rory Flanaghan…

Volvió a mirar a Laura cuando ésta le apretó de nuevo la mano, y vio que su amiga le guiñaba un ojo.

—No me extraña nada, niña, con lo guapa que estás…

—¿Ves?, mujeres de lado a lado. Es precisamente lo que me recetó el médico.

Rory se tambaleó con la fuerza de la palmada en la espalda, y se volvió con cara de pocos amigos a mirar a su hermano.

—¿Pero no te has divertido lo suficiente durante tus vacaciones? Según tú, solo había sol, playa y mujeres.

—Uno nunca se harta de esas cosas. Y, además, no estamos aquí por mí, sino por ti. Ya es hora de que vuelvas a hacer vida social. Y desde que te bajaste del avión esta tarde tienes mala cara.

Solo había sido una visita de un par de días: lo suficiente para que se quedara más tranquilo, y para hablar con su amigo de sus recuerdos más felices juntos, anteriores a la emboscada.

Era cierto que no habían hablado de las cosas que le molestaban; cosas que, aunque dichas con buena intención, Cara no había podido comprender.

Aunque él por su parte había sentido la necesidad de contárselas, ¿de qué hubiera servido, si ni siquiera pensaba que uno que lo hubiera vivido fuera capaz de ayudarlo?

Le extrañaba en él haberle contado tanto como le había contado.

Las mujeres podían ser compañeras de trabajo, socias o novias a corto plazo; ahí no tenía ningún problema. Le gustaba compartir sus opiniones y pensamientos con las mujeres… ¿Pero también aquéllos que no lo dejaban dormir? Mmm.

A lo mejor su hermano Connor tenía razón, y lo que necesitaba era la compañía de una mujer que no le diera ninguna complicación para olvidarse de otras cosas durante un rato.

La compañía de Cara, por ejemplo.

Porque últimamente ella ocupaba su pensamiento de un modo obsesivo, y eso no podía ser nada bueno.

Además, no había podido olvidar el beso que se habían dado. Ni el brillo de sus ojos cuando la había agarrado de la cintura en la piscina, ni el esfuerzo de Cara por dominar su deseo. Tampoco había podido olvidar cómo ella, de manera indirecta, le había planteado un reto.

Era una mujer complicada, que al mismo tiempo le resultaba fascinante. Así que lo mejor era quitársela del pensamiento; sobre todo después de la tarde en la que ella le había hecho darse cuenta de lo complicada que era su vida ya.

Pero la suerte quiso que cuando dieron la vuelta a la barra con una cerveza en la mano para ver qué se ofertaba allí, la primera mujer a la que vio Rory fuera Cara.

Con otro hombre.

Sintió como si alguien le hubiera dado una patada en el estómago.

Se volvió hacia la barra para no verla; pero la pared del fondo de la barra estaba forrada de espejos. Vio que el hombre que la acompañaba se reía de algo que acababa de decirle, y que le tenía el brazo echado sobre el respaldo del asiento, como si tuviera derecho a hacerlo. ¿Sería el elusivo ex a quien ella tenía tantas ganas de impresionar? ¿El asqueroso que la había acomplejado? Rory se había dado cuenta de eso la tarde en la que Cara había salido huyendo de la piscina.

¿Entonces por qué iba a querer volver con él?

Si de verdad quería volver con él, parecía que no lo estaba haciendo nada mal. ¡Estaba impresionante!

La miró mejor cuando se levantaron y el hombre le tomó la mano para salir a la pista. Ella se había hecho algo en el pelo, estaba seguro. En lugar de llevar la melena recta, se la había cortado a capas que le enmarcaban la cara de un modo que destacaba facetas de su personalidad. En cuanto a la ropa… Desde que la había visto en el gimnasio Rory se había dado cuenta de que tenía un físico impresionante.

Cuando se pusieron a bailar, ella se llevó la mano libre a la cabeza y se colocó una diadema con orejitas de conejo rosas, visiblemente divertida.

Rory se volvió y paseó la mirada por la sala. Vio a su hermano con una mujer en la barra, rodeados de un mar de cabezas. Varias personas llevaban la misma diadema de orejitas de peluche que llevaba Cara. ¿Pero qué sería aquello?

Una joven que también llevaba las orejas se dio la vuelta delante de él, y Rory vio que tenía un cartel prendido en la espalda. Una enorme A mayúscula de «alumno». Ah… ya entendía.

Cara le había dicho que iba a ser dama de honor en la boda de una amiga, ¿verdad? Estaba claro que aquélla era la despedida de soltera; así que no era posible que su ex estuviera allí. Los hombres salían con el novio, no con la novia; Rory estaba casi seguro de eso.

Con lo cual, si aquel tipo no era su ex, seguramente habría ido al club nocturno con la misma intención con la que Connor lo había llevado a él allí.

Bien. Rory dio un trago de cerveza y fue hacia ellos, abriéndose paso entre la gente.

Al verlo, Cara dejó de reírse y abrió mucho los ojos. Su acompañante, sin embargo, no pareció enterarse y escogió aquel momento de despiste de Cara para agarrarla de la cintura y empezar a dar vueltas con ella al ritmo de la música.

Así que Rory se plantó allí con las piernas separadas, se cruzó de brazos y siguió tomándose su cerveza sin variar de posición, esperando a que terminara.

Cada vez que daba una vuelta, Cara se encontraba con su mirada. A Rory le hizo gracia, y sonrió.

Cuando la canción terminó y empezó a sonar otra más lenta, ella se apartó de su acompañante y le dijo algo en voz alta. Él asintió y respondió en el mismo tono, antes de dejarla allí.

Rory pensó que ella iría entonces hasta él; pero había olvidado que Cara no era así.

Ella nunca hacía lo que uno esperaba que hiciera. Cara permaneció en medio de aquella masa de cuerpos en movimiento, ladeó la cabeza y lo miró con las cejas levantadas.

Él se echó a reír con ganas, pensando que el desafío de Cara perdía un poco de fuerza con las orejas de conejo.

Así que pasados unos instantes Rory dejó la botella de cerveza en una mesa cercana y se acercó a ella. Sin decir una sola palabra, le abrazó la cintura con fuerza y empezó a moverse con ella al son de la música.

—Bonitas orejas.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que estabas fuera unos días.

—Y he estado fuera. Acabo de regresar hace un par de horas.

—No has tardado mucho en volver.

—A lo mejor te echaba de menos.

Ella se echó a reír.

—Sí, claro.

La contempló con sus ojos oscuros y misteriosos, fijándose en la forma de sus ojos, maquillados de tal modo que parecían más grandes, en cómo sus labios parecían más carnosos y suaves con

aquel carmín rosa fuerte, y también en el brillo de su piel. Rory pestañeó despacio y le preguntó con voz profunda:

—¿Quién es tu amigo? Espero no haberlo asustado.

Ella se rio de nuevo.

—Supongo que estará por aquí.

—Y va a volver, ¿no?

Cara se retiró el pelo de la mejilla y sonrió a Rory de un modo que nunca le había sonreído hasta entonces.

—A lo mejor. Dependerá de si sigues a mi alrededor haciendo de guardaespaldas o no.

Rory sonrió, divertido y excitado por su evidente coqueteo.

—¿No estarás un poco ebria, verdad, Cara Sheehan?

Ella pestañeó e hizo un mohín.

—¿Quién, yo? —dijo con sorna.

—Tu amigo te habrá atiborrado a copas, supongo.

—Las chicas se estaban tomando unas antes, pero yo solo me he tomado un par de ellas; bueno, y luego un poco de champán; y después Darren me trajo una copa de vino… o dos, ya se me ha olvidado.

Rory apretó los dientes al pensar en lo que el tal Darren habría tenido en mente con ella cuando le había llevado las copas. Podría ir a decirle cuatro cosas el tipo en privado. Sin embargo optó por abrazarla con más fuerza y guiar sus movimientos, tratando de no ser igual de interesado que el tal Darren y no excitarse con el cuerpo sensual que se movía junto al suyo.

Pero no era fácil.

Cara tampoco se lo puso muy fácil cuando le echó los brazos al cuello y se apretó contra él.

—La verdad es que me lo estoy pasando bomba esta noche.

Rory se echó a reír, contento de sentirse parte responsable de la alegría de Cara. Ella se alegraba de verlo, y eso en sí ya era algo.

—Quiero decir que me lo estaba pasando bomba, antes de llegar tú. He tenido una revelación o dos.

Él la miró con curiosidad.

—¿Qué te ha dicho Darren?

—A Darren no le conozco el tiempo suficiente como para que me haya revelado nada.

Rory se dijo que no iba a conocerlo más, si de él dependía.

—¿Así que te lo estabas pasando bomba antes de verme? ¿Cómo es eso?

Ella sonrió.

—No lo he dicho para molestarte.

—Claro.

—El otro día hicimos las paces.

—Sí, es cierto, hicimos las paces.

—Bueno, entonces cállate y escucha —dijo ella.

Él sonrió mientras le acariciaba la espalda, palpando con suavidad la tela fina y suave del top.

Observó que ella entrecerraba los ojos al sentir sus caricias.

—Te gusta estar al mando incluso cuando haces lo que yo te he pedido, ¿no? —le preguntó Cara.

—Te respondería a eso, pero ya me han dicho que me calle. Así que, háblame de tu maravillosa noche.

—Te habrías sentido orgulloso de mí. Le pegué un buen corte a Moira.

—¿Te refieres a esa supuesta amiga del otro día en el gimnasio?

—La misma —Cara asintió exageradamente con la cabeza, y las orejas de conejo se bambolearon—. Intentó hacerse la lista otra vez y yo le paré los pies. Es la primera vez que lo he hecho en mi vida.

—¿Y cómo es que esta vez te has animado?

La pregunta la dejó sin palabras, ceñuda y pensativa. Entonces lo miró a los ojos.

Rory tuvo que inclinarse hacia ella para escuchar la respuesta.

—Supongo que había llegado el momento.

Él asintió despacio, comprendiendo lo que ella le decía.

Cara siguió mirándolo, mientras él continuaba acariciándole la espalda con suavidad. Ella no se lo impidió, no se retiró, tan solo se bamboleó suavemente junto a él, mientras los pensamientos afloraban a su expresiva mirada. Rory se dio cuenta de que jamás había conocido a nadie a quien pudiera adivinarle el pensamiento con solo mirarlo a los ojos. Algo más que hacía de Cara una mujer única. Experimentó un cálido afecto hacia ella, cuando normalmente habría aprovechado una oportunidad así para seguir adelante.

Sí, tal y como ya lo había pensado. Complicada.

—¿Cómo te ha ido con tu amigo? —Quiso saber ella.

Bueno, eso era lo que le pasaba por no dar ningún paso cuando le surgía la oportunidad. Dejó de acariciarle la espalda un instante, antes de reanudar la suave exploración.

—No tan mal como pensé que me iría, aunque por otra parte peor de lo que había imaginado.

—¿Puedo preguntarte una cosa de cuando ocurrió?

—¿Puedo impedírtelo acaso?

Cara sonrió.

—No, pero podrías no responderme, como sueles hacer. Salvo que esta vez me lo estoy pasando bomba, así que no puedes darle la vuelta a la conversación con tanta gracia. Ya estoy progresando, ¿me entiendes?

—Sí, te entiendo.

Prefería aquella Cara abierta y confiada a la que se había mostrado tan agresiva al principio de conocerse. Se le notaba incluso en la mirada que estaba más contenta consigo misma. ¿Querría decir eso que se había olvidado de ir detrás de su ex?

—Cuando pasó, estabas tú al mando, ¿verdad?

La pregunta lo sorprendió.

—¿Cómo lo sabías?

—Intuición femenina.

Él sonrió.

Cara se echó a reír.

—Lo deduje por lo que dijiste de dejar a la gente colgada, y también porque eres muy mandón en iodo lo que haces. Se ve que te gusta llevar las riendas, así que asumí que ello significaba que eras responsable en tu trabajo también.

Lo cual quería decir que había estado pensando en él cuando él había estado fuera. Eso merecía un poco de sinceridad en su respuesta.

—Soy lo que llaman un Jefe de Grupo.

—Entonces estabas tú al mando cuando sufristeis la emboscada.

—Sí.

—Imagino que te sientes responsable de ello, de no haberlo impedido, ¿no es así?

Él dejó de sonreír mientras le asaltaba la angustia de siempre. Normalmente se habría callado llegado ese punto, pero respondió con sinceridad, sorprendiéndola tanto a ella como a sí mismo.

—No hay modo de predecir cuándo o dónde un grupo sufrirá un ataque. Y no era la primera vez que nos habíamos topado con problemas en esa ruta; pero sí la primera en la que hubo heridos graves.

—Y sigues pensando que podrías haber hecho algo para impedirlo, ¿verdad?

Esta vez él no respondió, y ella sonrió con bondad.

—Lo imaginaba.

Rory negó con la cabeza. Si iban a mantener una conversación tan íntima, un club nocturno no era el sitio ideal.

—De acuerdo, dejaré de interrogarte de momento —dijo Cara—. Creo que no le has contado mucho más a nadie, de todos modos.

—Es verdad.

—Lo sé —ladeó la cabeza y sonrió de nuevo—. Me alegro de no ser la única que le cuenta a alguien que apenas conoce cosas que no había hablado con nadie. Así me siento mejor.

Era cierto. Y para él, que estaba acostumbrado a dominar en las relaciones con las mujeres, le resultaba extraño.

Desvió la mirada y vio a Darren.

—¿Te vas a quedar mucho más? —le preguntó a Cara.

—No, creo que este sitio cierra temprano.

—Bien —Rory la soltó, le dio la mano y la sacó de la pista, lejos de Darren—. Te llevo a casa.

Incapaz de resistirse, Rory volvió la cabeza y la miró con sensualidad, mientras seguía avanzando entre la gente. Si había alguien que iba a pasar tiempo con aquella nueva versión de Cara, ése no sería Darren.

Frunció el ceño solo de pensar que Darren o algún otro pudiera aprovecharse de su estado de medio embriaguez, y supo que se enfrentaría con quien lo intentara.

La suave mano de Cara apretó la suya despacio, sacándolo de su ensimismamiento. Al mirarla y ver su expresión risueña y sonriente, Rory sintió un calor que se expandía en su pecho y afloraba en sus labios en una sonrisa.

De momento, Cara era toda suya.

# Capítulo 8

Él no le había soltado la mano.

De todas las cosas que había pensado esa noche, ésa era la que Cara tenía en mente. Él le había dado la mano para sacarla de la pista, y no se la había soltado mientras ella le decía a Laura que se marchaba, ni cuando se la había presentado a Rory; ni tampoco cuando había agarrado el bolso y se habían abierto camino entre la gente hacia la salida.

Y en ese momento, mientras caminaban por las calles en dirección a su casa, seguía agarrándole la mano.

Cara caminaba a su lado, contenta y sonriente.

Solo vivía a tres calles del club. Todo su mundo era un microcosmos; todo le quedaba cerca. Por eso había escogido un gimnasio cerca de su casa. Eso le daba seguridad, el conocer todo, el tenerlo todo tan cerca.

Sin embargo, que Rory le diera la mano era algo que se salía de lo común en su vida. Porque desde que la había agarrado de la muñeca el primer día que había entrado en el gimnasio para que ella no se marchara, Cara había sentido algo especial, una respuesta física que la había sorprendido. Y en ese momento que estaba un poco bebida, no podía evitar preguntarse si las ideas equivocadas que había tenido sobre sí misma no estaban en los ojos de otras personas, sino en los suyos. Laura le había dicho que los demás la veían mejor de lo que ella se veía a sí misma. Por primera vez en mucho tiempo, Cara se sentía mucho mejor. Se sentía bien.

Y no solo porque su amiga le hubiera dicho que estaba guapa. La proximidad de Rory y su presencia en su vida provocaba en ella una respuesta tan visceral que Cara se sentía animada a creer que a lo mejor, y solo a lo mejor, había esperanza para ella en otras parcelas

de su vida.

Porque si era capaz de sentir algo tan intenso cuando él solo le había tomado la mano…

Rory, siendo Rory, no dejó que ella estuviera callada mucho tiempo.

—¿Qué estás pensando ahora? —dijo mientras le apretaba los dedos con suavidad—. Desde que hemos salido del club no has dicho ni pío.

¿Cómo responder a eso?

Su lado cobarde salió de inmediato.

—Estaba pensando en esa emboscada que sufriste.

Rory bajó la voz.

—No es conveniente que pienses mucho en eso. Créeme.

—¿Tienes familia, Rory?

A Rory le sorprendió que cambiara de tema con tanta agilidad y frunció el ceño, momentáneamente confuso.

—¿Cómo?

—Familia —Cara sonrió—. Ya sabes, mama, papá, hermanos, hermanas. No, espera. Ya sé que tienes un hermano. Me refiero al resto.

Él sonrió.

—Sí, tengo todo eso; salvo papá. Murió hace unos años.

—¿Y qué le parece a tu familia tu trabajo? ¿No se preocupan mucho por ti?

—¿Cómo hemos acabado hablando de mí?

—Creo que porque tú no me has preguntado nada.

En eso tenía razón; de nuevo. Esbozó una sonrisa amplia, con los ojos brillantes en la semioscuridad de la calle.

—¿Qué te parece si hacemos un cambio?

—¿Y hablamos de mí? —ella negó con la cabeza exageradamente—. No, no. Me estoy divirtiendo de lo lindo enterándome de cosas tuyas.

—Me refería a que yo te cuente algo, y luego tú a mí, y así.

Cara se lo pensó un momento. La curiosidad que sentía por Rory no era algo nuevo de ese día, y desde aquel día en la calle cuando él le había hecho verse a sí misma de otro modo, más atractiva, su curiosidad hacia aquel extraño que parecía saber tan bien lo que ella necesitaba de él había ido en aumento.

¿De dónde había salido Rory? ¿Cómo era su vida? ¿Y por qué le importaban los problemas que ella tuviera o ayudarla a solucionarlos?

De las miles de personas que vivían en Dublin, ¿cómo había conseguido estar en el lugar preciso en el momento preciso?

Quería saberlo. Y en ese momento, sintiéndose mejor consigo misma de lo que había estado en muchos años y paseando por las calles con un hombre de impresión, a Cara le pareció que cualquier cosa era posible. Incluso compartir.

—¿Entonces qué te parece si cambiamos impresiones similares?

—¿Quieres decir que nos hagamos las mismas preguntas?

—Sí.

Él volvió a sonreír.

—¿Siempre eres tan cauta?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —Cara le sonrió—. Este juego se te da de pena.

Rory se echó a reír.

—Es que en lugar de empezar con un montón de preguntas, como suelen hacer las mujeres, sientes la necesidad de ajustarnos a unos parámetros antes de que empecemos, y eso me dice que eres muy cauta. Por eso me preguntaba si siempre eras así. Eso es todo.

—¿Hemos empezado ya?

—Tal vez.

Ella sonrió de nuevo al ver una luz incitante en sus ojos oscuros.

—De acuerdo, sí. Siempre he sido así de cautelosa; o por lo menos desde mi adolescencia. Todos debemos conocer nuestra manera de enfrentamos a las cosas a medida que nos vamos haciendo mayores. ¿Y tú?

—¿Que si soy cauteloso?

—Sí —Cara sonrió, pensando que aquello no estaba tan mal.

En realidad, le estaba resultando bastante más fácil de lo que había pensado. Podía hacerlo, podía abrirse a alguien y dejar que…

—Soy cauteloso en mi trabajo; tengo que serlo. Y como paso la mayor parte del tiempo trabajando, supongo que eso se extiende a otras cosas.

Cara asintió. Lo que él le decía tenía sentido.

Pero mientras ella se lo pensaba, él le hizo otra pregunta, dominando la situación como hacía tan a menudo.

—¿Cuánto tiempo estuviste con tu ex?

Caramba, vaya pregunta. Eso le pasaba por no adelantarse ella con otra pregunta menos espinosa. Habría respondido que demasiado tiempo, pero optó por decir la verdad.

—Cuatro años.

Rory se volvió a mirarla, evidentemente sorprendido.

—¿De verdad?

—Sí, lo sé. Es sorprendente que alguien pueda aguantarme todo ese tiempo, ¿verdad?

Cara se echó a reír y balanceó sus manos unidas adelante y atrás.

—No soy una persona fácil de llevar —añadió ella—, como ya te habrás dado cuenta.

Él entrelazó los dedos con los suyos.

—No me refería a eso, Cara. Solo a que para estar cuatro años juntos debíais de tener ya un compromiso bien asentado. Muchas personas se casan mucho antes.

Cara se ruborizó; otra vez. Con él le pasaba a menudo.

—Estuvimos a punto.

Cuando lo miró de reojo, vio de nuevo la sorpresa pintada en su rostro.

—¿Entonces qué pasó?

La pregunta del millón de dólares. Ella misma se la había hecho cientos de veces. Eso era lo que hacían las personas después de romper, después de todo. Lo analizaban con cuidado, tratando de averiguar lo que había ido mal para, en teoría, no volver a cometer los mismos errores en el futuro.

Ella ya sabía por qué había sido; y sabía que era imposible que volviera a ocurrirle.

Pero no iba a dejar que su introspección estropeara la ocasión. Esa vez no.

—No funcionó.

Y eso era lo máximo que quería acercarse al meollo del asunto. Así que le apretó los dedos suavemente y ladeó la cabeza hacia él.

—¿Y tú? ¿Cuánto es lo máximo que has aguantado sin echar a correr?

—¿Aguantar en qué? —La miró con una sonrisa picara mientras meneaba las cejas; ella volteó los ojos y a Rory le entró la risa—.

¿Ah, te refieres en una relación?

—Sí, me refería a una relación… Que solo pensáis en una cosa… Hemos dicho pregunta por pregunta, y que sean iguales, ¿no?

—Se me había olvidado.

—Seguro —le sonrió—. Vamos, adelante.

En ese momento entraban en su calle.

Él respiró hondo.

—No soy de los que se queda mucho tiempo en un sitio. Eso ya te lo he dicho.

—Sí, me lo has dicho. Muchas veces, por cierto. Entonces eres un rompecorazones, ¿no?

—Dicho así yo quedo un poco mal, ¿no te parece?

—Ah, ¿ves?, la verdad duele.

Él se echó a reír y le dio otro apretón en la mano.

—No es que no haya salido con mujeres, sino que trabajo mucho. No tiene sentido pedirle a alguien que me espere cuando no sé dónde voy a estar el mes siguiente, ni durante cuánto tiempo.

—Es un detalle por tu parte —dijo ella.

Por el rabillo del ojo vio que él la miraba.

—Es así, y punto —dijo Rory en voz baja—. Por eso quería que lo supieras desde el principio. No quiero mentirte.

—Y no creo que me hayas mentido. Al menos a mí me lo parece.

Lo miró y sonrió con optimismo. Hacía tanto tiempo que no sonreía a un hombre… Sobre todo a uno que la atraía tanto. Porque no podía negar lo mucho que la atraía Rory. Estaba sorprendida.

A lo mejor esos cambios en su vida habían empezado a operarse de verdad. Coquetear abiertamente con un hombre como Rory era sin duda un paso en la dirección adecuada.

—Es importante que sepas eso —sonrió él con ironía—. Y tengo que reconocer que hacía mucho tiempo que tenía la necesidad de ser sincero.

Cara sonrió al pensarlo, dejando distraídamente que sus dedos se entrelazaran con los de él, tocando las partes más callosas de la palma de su mano, donde se unía con la suya.

Cuando miró a Rory y vio su expresión risueña, Cara se sonrojó un poco.

—No hagas eso.

Rory soltó una risotada.

—¿Pero bueno, es que no puedo sonreírte?

—No, así no; así no puedes —volvió la cara, alzó el mentón con indignación y fijó la vista en la calle desierta que tenía delante—. Tú no sonríes. ¡Sonríes de verdad!

Rory siguió sonriendo.

—¿Y qué significa eso exactamente? Una sonrisa es una sonrisa. Significa que en este momento me siento bien, feliz, que me alegra estar contigo; significa que estoy contento de que no estemos discutiendo. ¿No te parecen cosas buenas?

—Vamos… —Cara se echó a reír—. En esa sonrisa hay mucho más, y tú lo sabes muy bien.

—¿Como por ejemplo que veo que te estoy dando la mano y que tú no la has soltado?

Cara se detuvo y lo miró, mientras aleteaba las pestañas con expresión inocente.

—Y eso lo ves como una victoria, ¿no? Como si dándome la mano hubieras conseguido algo importante, ¿verdad?

—¿Y no es así? —Rory también se volvió hacia ella y acercó la cara a la suya—. Porque, ¿sabes?, aún la tengo agarrada y tú no has hecho nada, ni has hecho ningún comentario sarcástico, ni tampoco has intentado empujarme. Yo diría que eso es un gran paso.

Cara se quedó hipnotizada con el brillo de sus ojos negros. Rory poseía la destreza de ser un diablillo cuando quería, y el hecho de estar paseando con él por las calles medio desiertas agarrados de la mano debería haber provocado que saltaran las alarmas.

Sin embargo no sentía la necesidad de soltarle la mano, ni de empujarlo, ni de decir ningún comentario sarcástico. De hecho, le gustaba que él le diera la mano.

De modo que sin responder, entrelazó de nuevo sus dedos con los de él. Y Rory volvió a sonreírle de ese modo tan especial.

—¿Lo ves? —Rory dio un paso más—. Lo único que has hecho desde el primer día ha sido rechazarme, Cara. Y que no lo hagas ahora me dice algo sin que tengas que decírmelo tú en voz alta.

El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho. Rory era tan intenso, tan sexy… Además, ella se sentía más relajada, más segura de sí misma, y había bajado un poco la guardia…

Se pasó la lengua por los labios y se fijo en sensual perfil de los labios de Rory.

—Es el alcohol. Anima a las personas a hacer cosas que no harían normalmente.

Rory sonrió, y Cara observó con fascinación cómo aquellos labios se movían para pronunciar con voz profunda y seductora las palabras siguientes:

—El alcohol hace que la gente se relaje, que baje la guardia. Le permite olvidarse de la cautela que normalmente aplican en sus vidas, desata sus inhibiciones… —dijo él.

—Sí —su respuesta fue un mero susurro, al tiempo que lo miraba a los ojos—. Todas esas cosas.

Cara se quedó esperando la reacción de Rory. Él no podía tener idea del esfuerzo que le costaba quedarse allí sin hacer nada, sin decir nada, incluso con el efecto relajante de un poco de alcohol. Estaba bien, pero lo cierto era que había bajado la guardia; lo suficiente para quedarse esperando a ver qué pasaría cuando él se diera cuenta de que ella no oponía resistencia alguna.

Y aunque el corazón le latía muy deprisa y empezaba a sentir un calor que la recorría por toras partes y una tensión placentera en las entrañas, era incapaz de pensar. Sobre todo cuando él no hizo nada.

Y mientras pensaba, y esperaba, sabía que no era solo el alcohol lo que la animaba a mostrarse más confiada. Era porque estaba con Rory, por ser él, porque había empezado a confiar en él.

En silencio rezó para no equivocarse, para que aquello no fuera un error.

Él pestañeó despacio. Tenía una mirada tan ardiente que a Cara le pareció que la quemaba.

—Si yo tuviera el alcohol suficiente en el cuerpo para estar donde tú estás en este momento, ahora mismo te estaría besando.

—¿Quieres decir que para besarme tendrías que estar borracho?

—Creía que habías dicho que tú no lo estabas.

—No lo estoy. Estoy… —sonrió con sensualidad— relajada…

Rory gimió y negó con la cabeza.

—Agotarías la paciencia de un santo.

A Cara le hizo gracia ese comentario.

—Ay, creo que los dos sabemos que tú no eres ningún santo.

—Tienes razón, no lo soy —bajó la voz y salvó el espacio que los separaba—, pero mañana no se te ocurra echármelo en cara, ¿de acuerdo?

Ella echó la cabeza hacia atrás para seguir mirándolo a los ojos.

—No hemos hecho nada.

—Aún no.

Se miraron un buen rato en silencio, sujetos por un sentimiento de expectación, de ilusión.

Cuando Cara sonrió maravillada, Rory negó con la cabeza de nuevo.

—¿Qué es lo que te ha hecho pensar que no eres una persona sexual? Déjame que te diga una cosa: en este momento me tienes loco, y solo nos estamos dando la mano.

Con el interrogante en la mirada, Cara bajó la vista y miró sus manos unidas. Algo tan sencillo, algo que un ser humano aprendía a hacer antes siquiera de pensar cognitivamente. Un bebé recién nacido buscaba con la suya la mano de su madre.

Retiró los dedos que estaban entrelazados con los de él y apoyó la palma de la mano sobre la suya, observando cómo él abría los dedos para volver a entrelazarlos. Pensó en lo pequeños que tenía los dedos comparados con los suyos, y se maravilló al ver la delicadeza de su mano, comparada con la suya más ancha y grande, con su mano de hombre.

Esa imagen le resultó muy sensual.

En ese momento lo miró y él también la miró a ella. Cuando él sonrió, ella hizo lo mismo.

Entonces Rory se echó a reír con un sonido grave que vibró en el reducido espacio entre sus cuerpos.

—A lo mejor voy a tener que emborracharte a menudo.

—Ya te lo he dicho. No estoy borracha.

—Pero tampoco estás sobria. Y cuando hagamos esto, quiero que seas totalmente consciente de lo que haces.

Levantó una ceja al tiempo que fijaba la mirada de nuevo en sus labios.

—¿«Cuando»?

—Sí, Cara —dijo Rory en tono apasionado mientras buscaba su mirada—, cuando. Desde que cruzaste la puerta del gimnasio ha sido siempre una cuestión de tiempo.

Cara sintió un estremecimiento de temor que atravesó la bruma de sensualidad que la envolvía.

¿Y si solo era el alcohol? ¿Y si se hubiera dejado llevar

demasiado por lo que Laura le había revelado esa noche y estuviera en ese momento adentrándose en un terreno peligroso con una confianza en sí misma que no tenía derecho a tener?

No había modo de sobrevivir al dolor que resultaría de arriesgarse de nuevo y descubrir que no se había equivocado.

Se retiró un poco y retiró la mano de la suya; pero Rory dio un paso hacia delante y se dirigió a ella en tono suave:

—¿Por qué te da tanto miedo?

Ay, no, otra vez no. Sintió detrás de los ojos esa sensación de tensión y calor que anunciaba el llanto de frustración. Y no podía quedarse allí en medio de la calle y ponerse a llorar delante de Rory. Entre todas las cosas por las que tanto había luchado durante años, la que más valoraba era el respeto hacia sí misma.

Y eso no podía olvidarlo jamás.

Pero cuando intentó darse la vuelta, él se plantó delante de ella, impidiéndole el paso con su cuerpo ancho y fuerte. Cara se retiró a un lado, y él se colocó delante de ella de nuevo. Cara lo intentó por otro lado, pero él le impidió el paso menos de un segundo.

Cara lo miró enfadada.

—Apártate de mi camino, ¿quieres?

—Para que salgas corriendo, no.

Ella miró a derecha e izquierda, de los setos cuidadosamente recortados tras las verjas de hierro forjado al taxi que pasaba en ese momento por la calle; a cualquier sitio salvo fijarse en la intensa mirada de Rory.

—Tengo que volver a casa.

—Y yo te voy a llevar a tu casa —dijo él en tono ronco y sensual —. Háblame.

—¿Qué quieres que te diga? —dijo ella con voz ronca, antes de tragar saliva para deshacer el nudo que le atenazaba la garganta.

Aquello no era justo, nada justo. ¿Sería mucho pedir que se marchara y la dejara?

—Quiero que me digas por qué tienes tanto miedo a esto. Quiero, una sola vez, que te arriesgues a hablarme con sinceridad. Nada de callarte, nada de ser cauta, ni de iniciar una discusión para evitarlo, nada de preocuparte por lo que yo pudiera decir mañana, ni de pensar en el corte que pueda darte cuando me veas la próxima vez. Solo quiero que te expreses en voz alta, y que confíes en mí.

—Eso no lo hace nadie, Rory. Hoy en día, no. Todos nos guardamos algo.

—Y a lo mejor guardándonos cosas jamás podremos crecer como personas. A lo mejor nos perdemos lo que podríamos haber aprendido solos, de habernos arriesgado.

Ella lo miraba fijamente.

—¿Eso lo dice uno que expresa sus sentimientos con claridad y habla siempre con libertad? No me negarás que hay cosas que no cuentas.

Rory hizo una mueca.

Cara estudió su expresión con los ojos muy abiertos, a punto de echarse a llorar pero al mismo tiempo dominándose para no hacerlo, mientras buscaba en su cara una señal de que tenía más valentía que ella. De pronto tuvo una revelación.

—Lo cierto es que a ti te cuesta tanto abrirte a mí como a mí abrirme a ti.

Él la contempló un buen rato en silencio.

—Y sin embargo aquí estoy contigo, hablando contigo, aunque había decidido no hacerlo. Después de todo, fuiste tú quien me echó a mí.

Al oír eso Cara cayó en la cuenta y empezó a comprender un poco mejor.

—A lo mejor porque sabes que no volverás a verme pasado un tiempo… y por una vez quieres saber qué significa compartir algo más que las cosas superficiales con alguien, ¿verdad? A lo mejor incluso porque este compromiso tuyo conmigo iba a ser tan beneficioso para ti como para mí, pero es preferible pensar que lo haces por mí —dijo Cara.

¿No sería porque él estaba en un momento de la vida en el que necesitaba pasar más tiempo con ella, tanto como ella con él?

—A lo mejor —respondió él.

La sencilla confesión le partió el corazón a Cara. No era justo. Cuando Rory confesaba que era algo necesario para él, ella también sentía que lo era para ella, no podía seguir negándoselo a sí misma.

—¿No tienes amigos o familia con quienes puedas hablar de esto?

Él arqueó las cejas.

¿Y tú?

—No tengo a nadie que no vaya a volver a ver. No puedo contarles mis cosas por si luego empiezan a pensar mal de mí.

—Ni yo. Y teniendo en cuenta que la mayoría de los amigos que tengo son personas que luego tendrán que confiarme sus vidas, me resulta un poco más difícil.

Cara ladeó la cabeza y tragó saliva con dificultad.

—Yo no tengo esa excusa, así que supongo que ganas tú.

Él le agarró la cara con las dos manos, suavemente, acariciándole las comisuras de los labios con los pulgares. Cara no pudo contener un suspiro.

—Esto no es una competición para ver quién de los dos gana, Cara.

Era cierto.

Cara erró los ojos un instante, dejando que sus caricias se quedaran grabadas a fuego en su alma. Pasados unos instantes, respiró hondo y abrió los ojos.

—De acuerdo, si quieres que me confiese contigo, lo haré. No sé lo que debo hacer contigo, y tal vez sea por eso por lo que te rechazo cada vez. Tienes que comprender que, a veces, como ahora mismo, me dejas sin aliento.

—¿Y eso te ocurre a menudo con los demás hombres que conoces?

Ella frunció el ceño con confusión.

—¿Lo de rechazarlos, o que me dejen sin aliento?

—Lo segundo. Porque a mí tampoco me ocurre todos los días.

No servía de nada. Contener las lágrimas era como luchar contra los elementos; con Rory todo parecía difícil. Pero por primera vez en mucho tiempo, no eran lágrimas de amargura. Esas lágrimas le salían de dentro, donde parecía como si acabara de abrirse una brecha por donde empezaba a liberarse su alma, por donde empezaba por fin a curarse.

—Gracias. Me alegra saberlo —dijo Cara llorando y sonriendo a la vez.

—Deja que te ayude a entender lo equivocada que estás sobre ti misma —le susurró Rory en voz baja—. ¿Eres capaz de hacerlo?

Cara le respondió apenas sin aliento, porque sabía a qué se refería él. Y solo de pensar que él estuviera dispuesto a demostrárselo se le cortaba la respiración. Pero…

—¿Y si no me equivoco?

—Te equivocas.

Gimió cuando él empezó a besarla. Rory poseía las palabras adecuadas, sabía lo que debía decirle y cuándo hacerlo; como si pudiera verla por dentro y supiera qué necesitaba arreglar. ¿Cómo iba a rechazar eso?

Al principio Rory la besó con delicadeza, como si quisiera darle la oportunidad de retirarse. Pero cuando él suspiró, ella aspiró su aliento cálido y se inclinó hacia él con sumisión.

Rory le retiró las manos de la cara, le abrazó la cintura y la estrechó contra su cuerpo.

Ella ladeó la cabeza, separó los labios y se dejó abrazar y besar, besándolo y abrazándolo a su vez, mientras la cabeza le daba vueltas.

Ah, sí…

Su cuerpo despertó de su letargo, y se agarró a sus brazos, dejando que los dedos avanzaran despacio hacia sus hombros, hacia su cuello, hasta llegar a la nuca. Echó la cabeza hacia atrás y empezó a mover la lengua con la de él. Había leído sobre aquello en las revistas y en las novelas rosas. Era lo que llevaba tanto tiempo perdiéndose. Sí… era eso…

Rory dejó de besarla y apoyó la frente sobre la frente de ella. Tenía la respiración agitada.

—En este momento esto es lo máximo que estoy dispuesto a hacer, Cara. Lo que he dicho antes de que quería que estuvieras sobria para luego no echármelo en cara mañana lo decía en serio. Solo recuerda esto: no sé quién te ha metido en la cabeza que no eres lo suficientemente válida, ni las dudas que has tenido hasta ahora, pero estás equivocada… créeme, muy equivocada —Rory aspiró hondo—. Porque jamás he deseado tanto a ninguna mujer en mi vida.

# Capítulo 9

Cara estaba tumbada de espaldas, subiendo y bajando la pelvis sobre la pelota suiza, cuando Rory interrumpió la sesión.

Estando él delante no podía dejar que un hombre siguiera allí mirándola.

—Ya me ocupo yo, Sam. Además, la señora McCauley ha llegado ya para su sesión de las tres.

—¿Estás seguro?

Rory asintió.

—Adelante. Yo me quedo con Cara.

Se quedó de pie hasta que Sam se despidió y se marchó. Entonces aspiró hondo y se agachó junto a Cara, fijando la vista en cualquier sitio que no fuera su pelvis.

Lo más importante era comportarse como el profesional que era.

—Otra vez, Cara.

Ella levantó la pelvis y apoyó los pies en la pelota. Entonces, Rory tuvo que apretar los dientes.

Podía hacerlo. Podía aunque en ese momento predominara en su pensamiento lo que había sentido al abrazarla, cuando su cuerpo se había sometido, su boca se había enternecido y su lengua se había enredado con la suya.

—Otro más —añadió Rory.

¿Cómo podía pensar Cara que no era una mujer sensual?

—Estupendo. Una vez más. Tira de los abdominales cuando te levantes.

Rory cometió el error de mirarla a la cara cuando ella levantó la pelvis, y quedó atrapado por la luminosidad de sus ojos azules. Entre ellos pasó un latigazo de electricidad. Grave error.

Porque mientras ella continuaba subiendo y bajando la pelvis, él

no podía fijarse en nada salvo en sus ojos y en el interrogante que encerraban.

Interrogantes sobre la noche anterior y lo que había pasado entre ellos. ¿Habría sido real? ¿Habría sentido ella lo mismo que él? ¿Había sentido tantos deseos de hacer el amor como él?

No. Un momento. Ésas eran sus dudas; unas dudas que lo llevaban a preguntarse lo que estaría pensando ella. Sobre todo lo relacionado con el asunto de hacer el amor.

—Hola —fue lo más que pudo decir mientras la miraba y pensaba que era la mujer más sensual que había conocido jamás.

—Hola.

Él notó que su voz parecía de pronto más ronca; ¿podría ser por el ejercicio físico o porque sentía lo mismo que sentía él? Porque él tenía el pulso acelerado, una tensión en las entrañas y un corazón que parecía haber cobrado vida propia, de la irregularidad de sus movimientos.

Cara lo volvía loco.

Y no solo porque tuviera que darse una ducha fría cuando llegara a casa; la primera que tuviera que darse por frustración sexual desde hacía muchos años.

Lo cierto era que Cara se estaba convirtiendo en una especie de adicción, más incluso que los analgésicos que le habían dado a mansalva para calmar el terrible dolor de la pierna. Y no había arreglo a largo plazo para curar eso salvo el evidente.

Y por mucho que quisiera, sabía que con eso no podía andarse con prisas.

Con los ojos azules fijos en los suyos, ella levantó la cadera despacio y la bajó de nuevo, aparentemente ajena al efecto que sus movimientos tenían en la libido de Rory. ¿Cómo era posible que no lo supiera?

Él se aclaró la voz.

—¿Qué tal la cabeza hoy?

Cara sonrió.

—Solo me duele donde se me clavaban las orejas de conejo. Te lo dije —su breve sonrisa se hizo más amplia mientras bajaba la voz —. No estaba borracha. Sabía lo que pasaba a mi alrededor, por si acaso estabas preocupado.

Rory pestañeó pero no dejó de mirarla. No le quedaba otro

remedio si quería evitar fijarse en su pelvis. En su trabajo él era jefe de grupo, y era responsable de ser capaz de comunicarse con claridad y brevedad. Cara Sheehan era capaz de dejarlo sin palabra en un instante. ¿Qué le pasaba?

Intuía que algo tenía que ver con que la sangre se le hubiera bajado a cierto sitio y no le regara bien el cerebro.

Ella continuó hablando.

—Pero, para que lo sepas, agradezco lo que hiciste.

—¿El qué? —sonrió para disipar la tensión que sentía.

Cuando meneó las cejas como había hecho la noche anterior, ella se echó a reír.

—Cuando quieres eres un payaso.

—Mi hermana pequeña no deja de decírmelo, así que no hace falta que me lo digas tú.

La mención de su hermana los devolvió a la conversación que habían mantenido la noche anterior.

—¿Tienes una hermana pequeña? —preguntó Cara.

—Sí, tiene diecisiete, y es un auténtico engorro.

—¿Sigue estudiando?

Él asintió de nuevo.

—Queremos que los hermanos pequeños puedan acceder a estudios superiores.

Cara levantó las cejas.

—¿Entonces tú no fuiste a la universidad?

—Hice lo que había que hacer para entrar en el ejército, y punto —en ese momento Cara levantó y bajó la cadera de nuevo—. No tuve estudios académicos, si es eso a lo que te refieres.

—Y sin embargo aquí estás, un hombre de negocios casi respetable, dueño de un gimnasio.

—De tres gimnasios, en tres ciudades distintas. Y solo soy medio dueño, la otra mitad es de mi hermano Connor. Cuando no estoy yo los dirige él. Y tenemos otro hermano, Mal, que trabaja los fines de semana y va a la universidad.

La cadera de Cara subía y bajaba.

—¿Y a todos los has ayudado con el dinero que ganas de guardaespaldas?

Rory apretó los dientes para poder concentrarse en la conversación.

—Sí. Pero no es un juego, Cara. Una más y puedes meterte en la piscina.

—¿Cuántos sois?

Rory habría jurado que la última vez Cara había subido la pelvis más despacio. Maldita sea. ¿Tenía acaso idea de que estaba a punto de estallar?

—Seis —cuando ella bajó la pelvis al suelo, él soltó el aire—. Y ya has terminado. Bien hecho. Te veré en la piscina.

—¿Seis hijos? ¿De verdad?

—Sí, somos seis, de verdad. Y yo tengo la suerte de ser el mayor.

—No me extraña que seas tan mandón.

—¿Qué puedo decir? Habré nacido para ello.

Se resistió las ganas de tirarla de la mano para ayudarla a levantarse, porque recordó lo que había pasado la última vez que le había dado la mano. Y no pensaba permitir que eso volviera a ocurrir en medio de la sala principal del gimnasio.

De inmediato se recordó que era capaz de ser profesional.

Pero ya había comprobado que nadie hubiera reservado la piscina. Esa ducha fría que se había dado le había quitado el sueño, y por eso la noche anterior le había dado vueltas a la idea de cómo conseguir que Cara le confiara su cuerpo.

En la piscina había tenido éxito la última vez, hasta cierto punto, aunque solo Dios sabía que no había podido olvidarse de ello.

De pie delante de él, Cara estiró el brazo delante del pecho y estiró los músculos como él le había enseñado.

El movimiento llevó a Rory a fijarse en sus pechos. Cara siempre había llevado camisetas sueltas, pero ese día se había puesto un top que le sentaba mucho mejor, al menos en su opinión. El top era más ceñido y le apretaba los pechos, que se juntaban en un canalillo que volvía locos a los hombres.

En ese momento Cara vaciló un instante, sacándolo de su ensimismamiento. Al mirarla Rory vio en sus ojos un destello de algo que no había visto antes. Ante su mirada incrédula, ella sonrió levemente y estiró los brazos por encima de la cabeza, se inclinó un poco hacia atrás y suspiró. Rory volvió a fijarse en sus pechos con total desesperación, de tal modo que sin darse cuenta se le escapó un gemido ronco de la garganta.

Cuando ella se echó a reír, él frunció el ceño y miró a un lado y al otro de la habitación para ver si alguien se había dado cuenta.

—Hoy estamos juguetones, ¿no?

—Tú ya estabas mirando, así que te lo he puesto más fácil —le echó una sonrisa descarada—. Tú lo has querido.

—Creo que me gustas más cuando eres sarcástica.

—¿Quién ha dicho que haya dejado de serlo?

La miró con los ojos entrecerrados mientras ella se echaba la toalla al hombro.

—A lo mejor es que anoche decidí que sería más fácil seguirte el juego que rechazarte. Aunque eso tampoco se me dio demasiado bien.

Increíble. Rory se dio cuenta entonces de lo que era ese brillo en sus ojos: malicia. No sabía si ella tenía la intención de coquetear con esa malicia o no, pero a él le parecía así. De modo que se acercó a ella y bajó la cabeza, sin dejar de mirarla.

—Eso es peligroso, señorita Sheehan.

Cara balbuceó.

—Pero estoy dispuesto a lo que sea —añadió él con una sonrisa —. Confía en mí.

Ella bajó la vista a la parte delantera de sus pantalones, y seguidamente lo miró con los ojos como platos. A Rory le hizo gracia su expresión sobrecogida.

—Vamos, ve a la piscina. Voy a comprobar que está todo en regla antes de ir para allá.

—¿Así?

—Cariño… —le susurró al oído—, no todo el mundo mira ahí.

—No es fácil de ignorar.

—Bueno, es culpa tuya.

Ella frunció el ceño.

—No creo que eso me siente muy bien.

—La mayoría de las mujeres se sentirían bastante orgullosas.

—Yo no soy la mayoría.

—Eso ya lo he notado. En realidad, esto no me pasa todo el tiempo.

Ella sonrió y alzó la barbilla.

—Muy bien, es posible que me sienta un poco halagada.

Él sonrió.

—A la piscina.

Rory tardó mucho rato en encontrarse con ella en la piscina. Cara lo sabía porque había hecho un montón de largos para mantenerse ocupada mientras lo esperaba; y también para mantener la mente ocupada en cualquier cosa que no fuera la tienda de campaña en el pantalón de Rory… o en la cara de agonía que había puesto él antes de dejarla marchar.

—Siento la espera —él apareció por la puerta que daba al vestuario de hombres—. He tenido que hablar con algunas personas.

A Cara le dolían los brazos de tanto nadar, y al verlo se le había acelerado el pulso.

—No pasa nada. Tienes que hacer veinte para igualarte a mí, por si te interesaba saberlo.

—Bueno —dijo él en tono risueño—, entonces tendré que darme prisa.

Se oyó la salpicadura y el movimiento del agua junto a ella antes de que él llegara a su lado. Cuando alargó la mano para agarrarse al bordillo, ella se puso tensa, pensando que él la tocaría. Porque eso era lo que había estado esperando, ¿o no?

No había sido capaz de pensar en nada desde que él la había acompañado a la puerta y se había marchado con esa sonrisa en los labios. Se había quedado más frustrada que en toda su vida.

Pero cuando se dio la vuelta y estiró los brazos a ambos lados de la cabeza, él desapareció bajo el agua, dio una vuelta y se apartó a toda velocidad.

Cara frunció el ceño, allí observando cómo se abría paso en el agua con elegantes brazadas.

Parecía que aquello no iba a ser como ella había pensado en un principio.

Dejó que las piernas flotaran adelante y atrás, mientras él se acercaba; movió la cabeza a un lado y a otro para relajar el nudo que se le había formado en los músculos del cuello, y se preparó para Rory.

Pero Rory empezó a nadar de nuevo. Cambió de estilo y nadó a crawl y a braza. Cuando regresaba hacia donde estaba ella nadando

a braza, Rory sonrió, mostrándole sus dientes blancos y bien colocados.

—¿Has terminado de nadar? —le preguntó él.

—Acuérdate de que te llevo veinte largos de ventaja.

Él ladeó la cabeza un instante.

—Cierto.

Dio otra vuelta para empezar a nadar.

—Yo te espero aquí, hasta que termines.

—Lo que tú quieras, cariño.

Cara frunció el ceño, pero él ya le había dado la espalda. Aquello no era desde luego lo que ella había pensado que pasaría cuando volvieran a estar solos. La noche anterior había dicho «cuando». Y cuando había apoyado la cabeza sobre su frente después de haberse dado el mejor beso de su vida, se había más o menos resignado al hecho de que habría un «cuando». Sus pensamientos nocturnos incluso le habían dado a entender que no sería algo malo. Ya era hora de que lo intentara.

Y él era el candidato perfecto.

Claramente, él le hacía sentir mucho más de lo que le habían hecho sentir otros. Y además no se daba por vencido. De modo que si permitía que ocurriera, aunque fuera solo por ver si él se había equivocado al opinar sobre sus impulsos sexuales, a lo mejor acababa convenciéndose de que no podría ser tan mala idea.

Y si al final ella no se había equivocado, por lo menos él no podría decir que no se lo había advertido.

Solo hacía veinte minutos había estado excitado. Y mucho. Y como además la había devorado con su mirada ardiente, ella estaba más que lista. Seguramente se le notaría en la cara.

¿Pero dónde demonios iba él?

Habría hecho un mohín y se habría cruzado de brazos de no haber estado segura de que se hundiría como una piedra.

¡Hombres!

Rory estaba de vuelta.

—¿Y ahora que sabes tantas cosas de mi familia, por qué no me hablas de la tuya?

Si no estaba ya un poco de mal humor, lo de hablar de su familia acabaría por ponerla así. ¿Quería charlar? Maravilloso.

—¿Qué quieres saber?

—¿Tienes hermanos y hermanas?

—Dos hermanastras. Mi padre se volvió a casar después de morir mi madre, cuando yo tenía nueve años.

—Eso debió de ser duro para ti —esperó un momento antes de dar la vuelta—. ¿Y te llevas bien con tu madrastra?

—Es agradable. Lo intenta. Pero no es mi madre.

Rory asintió, entonces nadó hacia delante y dio una voltereta.

—Estarás muy unida a tu padre, ¿verdad?

—Sí. Nunca he dejado de ser su niña. A mis hermanastras les daba mucha rabia cuando éramos adolescentes. Pero desde mi punto de vista ellas no tenían por qué quejarse, teniendo en cuenta cómo eran físicamente.

Cara apartó la vista de la tentadora visión de la espalda musculosa de Rory, y la fijó en el techo con expresión ceñuda. Estupendo. Allí estaba ella, lista para unos juegos experimentales, pero contándole una ridícula historia de su adolescencia. ¡Perfecto! ¡Tanta expectación para nada!

—¿También tienes hada madrina? —dijo Rory.

Cara suspiró y echó la cabeza hacia atrás mientras dejaba flotar las piernas bajo la superficie del agua.

—Es la primera vez que oigo eso —Cara oyó la salpicadura cuando Rory dio la vuelta en el otro extremo—. Porque no me venían con esa historia tan trillada cada cinco minutos delante de la gente. Y era mucho más divertido porque las hermanastras feas no eran feas, y Cenicienta era como una pelota de playa con dedos.

Hinchó los carrillos y retiró los dedos del bordillo de azulejos. No fue consciente de que Rory la miraba hasta que él se echó a reír.

—No sería tan malo como te pareció a ti.

Cara resopló con tanta gracia como le fue posible, y ladeó la cabeza para mirarlo.

—Bueno, ya hemos establecido tu extraño gusto por las mujeres con curvas. Pero créeme cuando te digo que cuando yo era jovencita no había muchos chicos con esos gustos. Sobre todo teniendo cerca a las gemelas perfectas. Las dos eran altas, esbeltas por naturaleza, las dos rubias y… —frunció la boca y sacudió los hombros— animadas. Si yo no hubiera sido tan gorda, habría sido invisible.

Rory apenas era capaz de contener una sonrisa picara.

—¿Gemelas?

—Bueno, ya hemos terminado con este tema —dio unas patadas dentro del agua, se dio la vuelta y apoyó las palmas de las manos sobre la pared de azulejos para salir del agua.

No lo consiguió al primer intento, y soltó una palabrota cargada de frustración. En ese momento sintió que el agua se movía detrás de ella y el calor de un pecho fuerte pegado a su espalda. Rory la agarró de la cintura para sujetarla mientras acercaba sus labios a su cuello y le hablaba en tono ronco.

—No, aún no hemos terminado en la piscina; en absoluto.

# Capítulo 10

Cara emitió un gemido entrecortado.

—Sobre todo porque acabo de decirles a tres personas que hoy íbamos a limpiar la piscina.

Rory posó los labios sobre su cuello y le dio un lengüetazo que terminó junto a la oreja, donde le susurró al oído:

—Ha sido para asegurarme de que no nos interrumpirían.

Cara gimió, mientras él la agarraba de la cintura y la sentaba sobre sus piernas dobladas a modo de asiento, acoplando su trasero a la impresionante erección que apuntaba ya bajo la tela del bañador.

—Bueno, cuando has llegado a la piscina tampoco te has dado prisa para saltar encima de mí.

Él sonrió sin apartar sus labios de detrás de la oreja.

—¿Y perderme el verte tan frustrada como he estado yo desde que estuvimos aquí la última vez? No lo creo.

Cara trató de apartarse de él, pero solo consiguió frotar otra vez el trasero sobre su erección, momentos antes de que ésta se acoplara cuan larga y recia donde más deseaba que estuviera. Tuvo que morderse el labio inferior para no gemir.

Cara dejó las piernas sueltas a ambos lados de sus muslos, y arqueó la espalda cuando él siguió besándola detrás de la oreja. Con la postura de la espalda, Cara fue más consciente de la tensión y la pesadez de sus pechos, de lo mucho que de pronto le apretaba el bañador.

Si iba a tocarla, ¿por qué no lo hacía ya? Siempre le habían gustado sus pechos, se lo había notado. ¡Aunque no pensaba rogarle!

—Puedes pedírmelo, ya lo sabes —dijo él.

Cara tragó saliva con dificultad para poder hablar mejor.

—¿Pedirte el qué?

¿Sería de verdad suya aquella voz desfallecida? Parecía que, con el hombre adecuado, sí que era capaz de comportarse como una sensual gatita.

Cara se echó a reír porque todo aquello le emocionaba y le daba vergüenza a la vez.

—Que te toque donde quieras que te toque.

Estupendo. Además de todo, era capaz de leer el pensamiento.

—Sabes dónde quiero que me toques.

—Quiero que me lo digas.

Cara se echó a reír de nuevo, con una risa casi histérica.

—No creo que pueda decirlo en voz alta. ¿Por qué no te arriesgas a adivinarlo tú?

Rory se movió, todo su cuerpo tenso mientras se acoplaba al trasero de Cara. Le retiró una mano de la cintura y se agarró al bordillo para tener más apoyo; entonces levantó la otra palma delante de ella.

—¿Y si me enseñas tú?

Cara vaciló. ¿Mostrárselo? ¿Tenía que tomarle la mano y colocársela donde ella quisiera que la tocara? ¿En cada sitio donde quisiera sentir sus caricias? Oh, Dios mío…

Se dio cuenta de que Rory acababa de invitarla a tomar las riendas de la situación. Ella podía poner punto final a todo, si así lo quería; podría ir a lo seguro y ponerle la mano en la mejilla, en la espalda o en el estómago; aunque también podría colocársela sobre uno de sus sensibles pechos. Ella tenía la sartén por el mango.

También era la oportunidad de aprovechar lo que él le ofrecía. Él le ofrecía paciencia, lo cual en el estado de excitación en el que estaba no podría resultarle fácil. En silencio, le estaba diciendo que entendía que llegar hasta allí era un paso importante para ella.

Le estaba ofreciendo también su experiencia para tratar de superar una de las cosas que más le costaba aceptar: su sexualidad.

También le estaba permitiendo que liberara aquella parte de ella que había reprimido toda su vida de adulta.

Era desde luego el hombre más sorprendente que había conocido en su vida. ¡Y lo deseaba tanto…!

De no saber que en poco tiempo ya no estaría en su vida, a lo

mejor se hubiera dejado llevar por el enamoramiento.

Pero él se marcharía. Y ella jamás tendría que enfrentarse a la vergüenza de encontrárselo por la calle sabiendo lo que habían hecho. Hicieran lo que hicieran, daba lo mismo.

Así que Cara aspiró hondo, retiró la mano de la pared y pegó la palma de la mano a la de él.

Él entrelazó los dedos con los de ella como habían hecho la noche anterior, dio la vuelta a su mano para que quedara debajo de la de ella, y su voz profunda resonó detrás de su oreja.

—Muéstramelo, Cara…

Cara arrugó los dedos sobre las hendiduras entre los nudillos, deslizando la punta sobre sus nudillos, de un lado al otro. Entonces curvó la punta de los dedos sobre el borde de su mano y la colocó encima de su pecho. Entonces arqueó todo el cuerpo para pegarse todo lo posible a la palma, y suspiró mientras sentía sus dedos sujetando su pecho pesado y tenso.

—¿Aquí, Cara?

Ella exhaló su respuesta.

—Sí.

Rory apoyó las rodillas contra el costado de la piscina, mientras deslizaba los dedos sobre la curva de sus pechos.

Automáticamente ella retiró la mano de la suya para agarrarse a los azulejos… porque necesitaba agarrarse a algo. Pero él le rogó en tono suplicante que dejara su mano sobre la suya.

—Así puedes guiarme, llevarme a donde quieras que te toque.

La colocó mejor sobre su regazo, aumentando la presión de los dedos sobre sus pechos y arrancando de sus labios un suspiro primitivo y sensual.

—¿Lo ves? —él sonrió junto a su cuello—. Te dije que las curvas eran sexys.

Cuando ella inclinó la cabeza hacia atrás y la recostó sobre el hombro de Rory, él le rozó la sien con los labios, haciéndola sonreír.

Era un acto incongruente, teniendo en cuenta lo que estaban haciendo; un gesto que sin duda dejaba entrever en él una ternura que ella ya debería haber adivinado. Había estado ahí la noche antes cuando él había tenido el cuidado de no presionarla demasiado, estando como había estado ella algo achispada; y la

había visto en la calidez de su mirada de ojos oscuros cuando la había llevado hasta la puerta de su casa.

Él conseguía que ella se sintiera cuidada.

Y por eso ella sintió el deseo de ser más honesta con él.

—No recuerdo haberme sentido más sensual en mi vida de lo que me siento en este momento.

—Muchas gracias. Era la idea que perseguía.

Él volvió a deslizar los dedos un poco más, acariciándole el pecho adelante y atrás, bajo la tela mojada. Dobló un dedo y pasó la uña sobre la punta.

Cara gimió mientras se contoneaba sobre su regazo, provocando también en él un gemido ronco antes de que le rascara la mejilla suavemente con la pelusilla de su barba, en contraste con la delicadeza de su piel.

—Cambia de mano.

El agua lamía sus cuerpos y los azulejos del bordillo, mientras ellos se recolocaban y cambiaban de manos para acariciarle a Cara el otro pecho. Cara suspiró con deleite.

—¿Te gusta?

Ella se echó a reír con tono ronco.

—Sí, sí…

—Dime lo que sientes —le pidió Rory.

—Estoy ardiendo.

—¿Dónde?

—Por todas partes.

—Cuéntame tu deseo.

Un deseo especial; un deseo que se asentaba en sus entrañas y que aumentaba por momentos, como una enorme tensión en su interior. Una sensación ardiente recorría su piel, y sentía cómo le subía por sus muslos para centrarse en el centro de su cuerpo, donde ella ya ardía de frotarse contra su erección.

—Es un deseo que me quema por dentro —dijo mientras los estremecimientos le movían los pechos, arriba y abajo.

Rory le pasó la uña por el pezón, y le pregunto en voz baja y ronca:

—Enséñame dónde.

La segunda vez fue más fácil seguir sus instrucciones. Ya que sabía lo agradable que era, quería más, necesitaba más.

Cara tragó saliva de nuevo, separó los labios y aspiró hondo, cerró los ojos y sintió la pesadez de la cabeza sobre sus hombros. Entonces le condujo la mano hacia su entrepierna, deslizándola por su pecho, su costado y su vientre casi con posesión.

Cuando la palma de su mano estaba en la parte baja de su abdomen, ella le apretó los dedos y suspiró.

—Aquí.

—Y aquí —dijo él mientras le rozaba el pubis con la punta del meñique.

Era una afirmación más que una pregunta. Pero ella le respondió de todos modos.

—Sí, ahí sobre todo.

Fue la invitación más clara que le hizo, solo le faltó ponerse allí a gritarle que la poseyera de inmediato… que era lo que tenía en la punta de la lengua.

Pero en lugar de aceptar la invitación, él volvió la mano y entrelazó los dedos con los de ella, mientras movía la cabeza para besarla en el cuello. Con los labios sobre su piel, Cara tuvo que aguzar el oído para escuchar sus palabras apenas perceptibles, cargadas de tensión.

—Mujer, me estás matando.

Cara sonrió, abrió los ojos y giró la cara hacia él, y tuvo que levantar un poco la cabeza del hombro para verlo mejor. Y cuando él abrió los ojos y posó en ella su mirada de ojos oscuros, Cara sintió que se derretía.

—No solo te está pasando a ti.

Rory observó cómo sus largas pestañas oscuras descendían despacio al pestañear. Entonces le agarró la mano con más fuerza y frunció el ceño.

—Mmm, a pesar de que la tentación de que sigamos es muy fuerte, creo que vamos a dejarlo ahora —la informó.

¿Cómo? ¿Que iban a dejarlo cuando se había puesto en bandeja para él?, se dijo Cara.

—¿Y eso por qué, si me lo puedes explicar?

La expresión de Rory se suavizó al detectar la frustración de fondo de sus palabras.

—Créeme cuando te digo que no es porque yo quiera pararte.

Dejó de mirarla y alzó la vista al techo, al tiempo que aspiraba

con fuerza y apretaba su pecho desnudo contra el suyo.

—Porque no voy a hacer el amor contigo en una piscina, por muy grande que sea la tentación.

—Le has dicho a todo el mundo que la estaban limpiando —dijo Cara con una sonrisa—, y yo pensé que íbamos a hacer el amor.

—No, esto no es hacer el amor, esto solo es el preludio —Rory sonrió—. Ni siquiera eso.

—¿Tú crees?

—No lo creo. Lo sé.

Rory le soltó la mano y se apartó del borde de la piscina, dejándola aturdida unos instantes. Cuando Cara se incorporó y lo miró a los ojos, vio en ellos el mismo deseo que sentía ella.

—Cuando hagamos el amor, Cara, quiero oírte gemir. Y eso no puede pasar aquí, habiendo gente fuera que pueda oírnos. Eso no te lo pienso hacer; no quiero que te sientas nunca avergonzada de lo que sientes conmigo. Quiero que sepas la idea tan equivocada que has tenido siempre de ti misma —le sonrió—. Ya lo percibes, ¿no?

Cara sintió angustia en la garganta al mirarlo, y calor dentro de los ojos. ¿Tendría idea de lo maravilloso que era? Asintió.

—Sí.

—Vamos a hacerlo muy despacio, hasta que ninguno de los dos podamos soportarlo más. Entonces haremos el amor. Te lo prometo —la miró con ternura—. ¿Confías en mí?

Ella asintió.

—Sí, confío en ti.

Y supo que así era, que confiaba en él. Solo tenía que confiar en que no se implicaría emocionalmente más de lo que ya estaba; en que tendría la fuerza suficiente para entregarle su cuerpo y no su corazón.

—De acuerdo. Estate lista a las siete.

Cara no tenía que esperar; en ese momento ya estaba lista. Pero solo de pensar en lo que la esperaba, sintió un cosquilleo de emoción por todas partes.

—¿Qué tienes planeado para las siete?

—Ah, bueno, si te lo digo, lo descubro.

# Capítulo 11

—Bonito coche.

Cara vio que Rory hinchaba un poco el pecho de orgullo.

—Es mi niña. Aunque si hubiera un teléfono gratuito de ayuda para los coches abandonados, el mío estaría llamando todo el tiempo.

Cara miró su querido Mini que estaba aparcado delante de un BMW de línea elegante. El suyo era un coche más práctico para la ciudad; era fácil de aparcar, no gastaba mucho y era bonito. Mientras que el coche de Rory…

Agachó la cabeza cuando él abrió la puerta, y se fijó en el elegante interior y en la tapicería de cuero.

Era un coche eminentemente masculino. No había ni un peluche en miniatura en el salpicadero, ni tiques arrugados en los bolsillos laterales; ni media bolsa de patatas fritas en el asiento del copiloto, ni una barra de labios debajo del freno de mano.

Rory se acercó a ella y apoyó la mano en la puerta.

—¿Cómo?

—Desde luego lo tienes un poco abandonado; y se ve que no lo usas mucho, porque no tienes nada dentro.

Él se echó a reír.

—¿Qué puedo decir? Cuando uno pasa años en el ejército, aprende a ser ordenado.

Cara pensó que no lo invitaría nunca a su casa.

Se incorporó y se volvió a mirar a Rory. No había mentido cuando le había dicho que había veces en las que él le robaba el aliento. Si le había gustado verlo en el porche de su casa, le gustó mucho más verlo allí en la calle, al sol del atardecer del verano. Aunque su vestimenta era sencilla, unos vaqueros y una camiseta

negra de cuello de pico, a Cara se le caía la baba.

Qué extraño. Hacía unos días estaba tan tranquila, y en ese momento hasta el vello corporal que atisbaba por el escote del suéter parecía excitarla.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Cara, que decidió que sería mucho más sensato mirarlo a los ojos.

—Fuera.

—¿Fuera adónde?

Él le sonrió.

—¿Dónde has dejado tu vena aventurera?

—En una piscina de tu gimnasio —respondió ella.

En ese momento Rory dio la vuelta a la puerta abierta y le plantó un beso en los labios.

—Esta es mi chica —dijo en voz baja—. Ahora, entra en el coche.

Cara no podía dejar de sonreír como una idiota. El coqueteo era divertido; que la llevaran a una a hacer un viaje con paradero desconocido era decididamente divertido. ¿Y que un hombre endiabladamente sexy te besara en una noche de verano? De lo más divertido.

Sí, los cambios en su vida estaban yendo muy bien, la verdad.

De modo que hizo lo que le decía y se sentó en el coche, donde se vio inmediatamente rodeada de un aroma sensual a cuero y canela.

La puerta se cerró despacio, y aprovechó que Rory daba la vuelta por delante del coche para mirarlo con apreciación. Todos sus movimientos le parecían sexys.

—Ya no cojeas tanto.

Cara dejó de sonreír cuando pensó en las implicaciones de lo que acababa de decirle. Se dijo que si él estaba mejor, se marcharía antes; pero tampoco lo sabía con seguridad.

Rory le sonrió mientras se abrochaba el cinturón.

—No, casi no. Debe de ser de tanto nadar.

Cara se acomodó en el asiento y se fijó en sus piernas largas.

—¿Te atravesó la bala?

—No. Rebotó contra la coraza del Jeep un poco antes de encontrar un sitio donde alojarse. Así que no entró con tanta fuerza como para atravesármela —giró su cuerpo esbelto hacia ella

mientras volvía la cabeza para dar marcha atrás—. Tuve suerte. Si me hubiera atravesado la pierna habría sangrado mucho.

A ella tampoco le parecía que hubiera tenido tanta suerte; pero entonces se acordó del amigo de Rory y entendió que, desde el punto de vista de Rory, había tenido en verdad suerte. Si su amigo se parecía a él en algo, entonces su convalecencia sería dura. Lo sería para cualquiera.

—¿El amigo que visitaste estaba en el mismo coche?

—¿Rich? —Frunció el ceño brevemente, como siempre hacía cuando hablaba de su amigo—. No. Él estaba en el otro vehículo. Habíamos dejado a los obreros e íbamos a casa a esperar a que llegara el momento de volver a por ellos. Su vehículo iba delante del mío. Esperan hasta tenerte más o menos a la misma distancia para dispararte, ¿entiendes?, para intentar dañar dos objetivos, en este caso nuestros dos vehículos, al mismo tiempo. El de Rich estaba más cerca que el mío, eso fue todo.

Cara se quedó en silencio mientras asimilaba el significado de esas palabras. Lo había dicho con tanta naturalidad… como si fuera algo común. Pero él sabía que ella no era tonta, y que lo relacionaría todo.

—¿Estás bien? —le preguntó él, echándole una mirada.

Ella resopló con nerviosismo.

—Me dijiste que te habían disparado, no que hubiera habido una explosión.

—A lo mejor no te lo conté porque apenas creíste que me habían disparado.

Al mirarla esa vez, Rory tuvo la frescura de sonreír, aunque el tema no tenía nada de gracioso. Cuando se lo había contado la primera vez no había sido lo mismo; entonces aún no había empezado a confiar en él. Había pensado que era de esos hombres que exageraba. Sin embargo, en ese momento todo era distinto. Se conocían un poco mejor, y había algo entre ellos, aunque Cara no supiera aún el qué.

Rory le interesaba.

—¿Es frecuente que os tiendan emboscadas? ¿O no es algo que ocurra a menudo?

Si él se mostraba tan tranquilo acerca del tema, Cara se dijo que ella también podría hacerlo, aunque se le encogía el estómago solo

de pensar que pudiera pasarle algo así.

De pronto se le ocurrió que seguiría sintiendo exactamente lo mismo cuando él se marchara. Las noticias en televisión ya no le parecerían tan ajenas, y sabía que acabaría fijándose en las caras de los heridos y que pasaría miedo hasta que se publicaran las listas de las víctimas.

Y si algo ocurriera en el futuro, ella no podría hacer nada al respecto. Tampoco tendría derecho a saber el resultado final. ¿A quién preguntar? ¿Y quién la creería con derecho, de todos modos?

Ella no era nadie para las personas del entorno de Rory, las personas que sí recibirían la información. Sinceramente, no era más que una aventura pasajera; una de las muchas que Rory debía de haber tenido.

Y por esa razón, al menos en parte, él no se liaba con mujeres. De pronto le quedó muy claro. Él no quería que nadie pasara por eso, si podía evitarlo.

Rory iba concentrado en la conducción, abriéndose paso entre el tráfico.

—Ocurre a veces. Los chicos de la zona suelen patrullar las carreteras. Pero de vez en cuando se les pasa alguna.

—Es que hablas de ello como si fuera un día más en la oficina.

—Lo sé —Rory sonrió de nuevo—. Todos sabíamos lo que hacíamos cuando nos metimos en esto. Y por eso mismo nos pagan tan bien. No podría haber hecho las cosas que he hecho aquí en casa de no haber sido por mi trabajo.

—¿Y por eso lo haces? ¿Por el dinero?

—Bueno, estoy seguro de que no lo haría si no pagaran bien. Pero al principio creo que me pareció emocionante. Todos los chicos desean ser héroes de acción alguna vez en sus vidas, y el tiempo que pasé en el ejército no me sirvió para satisfacer esa fantasía. Soy de los que piensan que el ciudadano de a pie también tiene derecho a hacer su trabajo y ganar su salario. Nosotros los ayudamos a hacer eso. No se trata de tomar posiciones. Al menos yo no.

Cara reflexionó sobre toda esa información, con la vista al frente. No se le había pasado por alto que el vínculo que habían forjado antes en la piscina parecía haberlos animado a intercambiar datos más personales con mayor tranquilidad, como si se hubiera

retirado una barrera.

Aunque Cara no estaba muy convencida de que necesitara saber tantas cosas.

Pero todo ello formaba parte del complejo rompecabezas que era Rory Flanaghan. El hombre con quien muy pronto se acostaría. Y ella no era la clase de mujer que se acostase con alguien a quien no conociera al menos un poco.

Centrado en la conducción, Rory no pareció notar su silencio.

—Luego están los chicos, por supuesto. Cuando trabajas en esto, haces amistad, una buena amistad. Se aprende a confiar el uno en el otro. Abandonar significa que le enviarán a un jovencito inexperto que tal vez no reaccione con tanta rapidez. No podría hacerles eso, ahora no. Especialmente ahora.

—El ejército te enseñaría a pensar así, también —dijo ella.

—Sí, eso y ser el hijo mayor. Toda mi vida he tenido que cuidar de los demás.

Y también lo estaba haciendo con ella.

Se volvió a mirarlo. Bajo las capas de testosterona y el comportamiento viril, se escondía un hombre altruista y generoso.

Cara se fijó en su pelo negro, en el caballete de la nariz, en el perfil sensual de sus labios, hasta llegar a sus ojos de nuevo.

En ese mismo momento él se volvió a mirarla.

—¿Y ahora, qué?

Rory miró la carretera y después a ella. Y Cara sonrió con afecto.

—Vaya, te he descubierto, ¿eh, Flanaghan? —asintió exageradamente antes de recostarse en el asiento y cruzarse de brazos—. Sí, señor. No has podido engañarme. Eres un buen tipo.

Él hizo una mueca.

—¡Ay!

—Tienes que aguantarte y enfrentarte a los hechos.

Cuando giró por una carretera más estrecha y apareció el océano a un lado, Rory estiró el brazo y le tomó la mano a Cara. Cambió de marcha sin soltarle la mano, antes de inclinarse sobre ella y mirarla de arriba abajo con gesto lujurioso.

—Si supieras lo que tengo en mente para luego, tal vez no pensarías así.

Ella se echó a reír y empezó a sentir un calor por todo el cuerpo al tiempo que despegaba su imaginación.

—No. La verdad ha salido a la luz. Tu secreto ya no es un secreto.

Cuando el semáforo se puso rojo, Rory aminoró la velocidad para parar. Con una sonrisa sensual en los labios se inclinó hacia ella y la besó como si quisiera reclamarla para sí, sellando sus labios con una ardiente promesa. A Cara no le cupo la menor duda de lo que tenía en mente para después.

Alguien tocó el claxon detrás de ellos, y Rory dejó de besarla y arrancó, pero no le soltó la mano.

—Los tipos buenos no piensan en devorar a una mujer en el asiento delantero del coche en la calle.

Cara se echó a reír de nuevo. Lo importante era lo que sentía: una burbuja de felicidad en el pecho que hacía mucho tiempo que no sentía le exigía liberación. No había más.

—¿Te he dicho lo mucho que me alegro de que te hayas puesto falda, por cierto? —Rory sonrió con picardía—. Nos lo pone todo más fácil.

Cara se ruborizó.

—Dime que no llevas ropa interior y habrás hecho realidad una de mis fantasías —insistió él.

Lo único que se le ocurrió a Cara fue darle un puñetazo en el brazo con la mano libre.

A él también le dio la risa.

—¿Ves?, no soy tan buen tipo como decías.

—¿Adónde vamos, tonto?

—A Dun Laoghaire. Vamos a comer para que puedas tener fuerza. Para después.

Cara se volvió a mirar por la ventana y vio el puerto más adelante, donde ya estaba el ferry que llevaba a Gales. Permaneció en silencio, mientras Rory conducía y cambiaba de marcha sin soltarle la mano.

Rory volvió a hablar cuando accedieron a la maraña de callejuelas detrás del puerto y él estaba buscando aparcamiento.

—Estaba buscando un sitio para comprar por esta zona, y he encontrado un sitio fenomenal para comer.

Cara lo miró con los ojos como platos.

—¿Has buscado casa por aquí, verdad?

Él asintió.

—Sí, está bastante cerca de la ciudad y parece un sitio estupendo para vivir. Tengo que ir pensando en tener mi propia casa; para no irme a casa de Connor cada vez que vuelvo a Dublin. Como esta temporada he pasado mucho tiempo con él, me he dado cuenta de que cada uno necesita su espacio. He pensado en alquilar después un par de habitaciones, para que haya alguien en casa cuando yo estoy fuera.

—Es buena idea —Cara paseó la mirada por la callejuela—, pero hay un montón de zonas buenas donde elegir.

—Cierto. Pero aquí he encontrado algo que me gusta y se ajusta a mi presupuesto.

Cara hizo una mueca, mientras él aparcaba.

—También es un lugar con mucha historia. Eso me atrae. ¿Sabías que solían llamarlo Kingstown? No lo cambiaron hasta los años veinte.

—Ah —mientras se desabrochaba el cinturón, Cara miró calle arriba y calle abajo—. Sí, lo había oído.

Él le apretó la mano antes de soltársela, y Cara lo miró.

—¿Estás bien?

Ella trató de sonreír.

—Estoy muerta de hambre. ¿Dónde está el restaurante?

—Un poco más adelante.

—Qué bien. Vamos.

Él le dio la mano, algo ya tan habitual que Cara apenas lo notó. Claro que estaba demasiado ocupada mirando a uno y otro lado. Y no respiró tranquilamente hasta que no entraron en el restaurante de techos bajos que ocupaba un sótano.

Entonces le sonrió y se sentaron. Lo había conseguido.

—¿Cara?

Cara cerró los ojos y gimió.

—¡Maldita sea!

Cuando los abrió, Rory la miraba con curiosidad.

—¿Conoces a alguien aquí? —le preguntó Rory.

—Bueno, podría decirse que sí.

—¡Cariño, eres tú! Sabía que eras tú. Pero aquí hay tan poca luz que tu padre no me creía. Ya sabes lo mal que tiene la vista. Y me dijo que habrías llamado de haber bajado.

Cara se fijó en la expresión aturdida de Rory cuando su

madrastra se detuvo junto a su mesa. La mujer ladeó la cabeza y sonrió.

—Mamá, este es Rory; Rory, te presento a mi madrastra, Joyce. Y a mi padre, James.

—James Joyce —Joyce sonrió—. Como el escritor, ¿sabes? Es una broma que tenemos en la familia.

Rory asintió con expresión de incredulidad.

—¿Vienen a menudo por Dun Laoghaire?

—No, no, cariño —le dio unas palmadas en el brazo—. ¿No te lo ha dicho Cara? Vivimos cerca de aquí desde que nos casamos, hace dieciocho años.

Rory miró a Cara con gesto interrogante.

—¿Tú eres de aquí? —le preguntó Rory.

Cara frunció la boca con resignación y asintió.

—Qué raro que no te lo dijera —comentó Joyce—. Vivimos a unos minutos de aquí, en la calle Whitworth.

Rory sonrió a Cara brevemente antes de ponerse encantador con Joyce.

—Sí, conozco esa calle. Acabo de hacer una oferta para una casa justamente ahí.

—¡Ah, qué estupendo! —Joyce palmoteo—. Debes venir a casa a cenar. Siempre tenemos sitio. Qué bien, ¿verdad, James?

# Capítulo 12

—No sé qué pensar, estoy un poco confuso.

Cara suspiró.

—No sabía adónde me llevabas. Fue idea tuya hacer esta salida en plan sorpresa.

—No es eso lo que me preocupa. Pero también podrías haberme dicho algo cuando sabías que veníamos hacia aquí.

—Sí, es cierto. Pero no quería echarlo a perder con una rabieta, y esperaba que ésta fuera la noche que se van a jugar al bridge —pegó con la punta de la bota sobre un montoncito de grava—. Créeme cuando te digo que lo que menos tenía en la cabeza era que íbamos a encontramos con mis padres cuando me pasaste a buscar esta tarde…

Rory sonrió al notar su mohín.

—Son agradables, cosa rara.

Ella levantó cara con expresión ceñuda, pero eso solo lo hizo sonreír más.

—Pues claro que son agradables. ¿Quién ha dicho que no lo fueran?

Nadie, pero él lo había asumido más o menos. Todos los complejos que tenía Cara tenían que venir de algún sitio, después de todo. Y después de las cosas que había dicho en la piscina esa mañana, él había asumido que no todo provenía del asqueroso de su ex; a lo mejor lo había pasado mal de pequeña.

Pero después de conocer a los padres, estaba casi convencido de que no se lo habrían hecho pasar mal. Tenían dinero. Rory ya sabía que el padre de Cara era promotor inmobiliario, y esa conversación había desembocado en una charla prolongada sobre cuáles eran las mejores reformas que él podría llevar a cabo en su casa nueva. La

madrastra era inteligente y encantadora, ambas cosas en las que Rory se identificaba con ella, de modo que desde el primer momento se habían caído muy bien. Solo a Cara le había costado participar de la conversación.

¿Serían las gemelas el problema, tal vez? Aunque si se parecían al resto de la familia, tampoco veía la razón ahí…

De pronto tuvo una imagen repentina del gesto que había hecho Cara cuando habían dicho que las gemelas eran alegres y animadas, y no pudo contener la risa; Cara lo había mirado con expresión ceñuda y había puesto mala cara.

Cara sacudió entonces la cabeza y echó a andar más deprisa por el malecón, pero Rory la alcanzó enseguida y fue a darle la mano. Cara se la retiró con mal genio, y Rory se impacientó.

—¿Pero qué demonios te pasa ahora?

—¡No me pasa nada! Acabas de decir que mis padres son agradables, y ha quedado muy claro que ellos te adoran.

—Y en cambio a ti te da de pronto… ¿Cómo lo has llamado? —Se plantó delante de ella y alzó la mirada al cielo oscuro de la noche antes de mirarla con gesto impasible—. Sí, una rabieta. ¿Qué pasa si me adoran? Yo creo que soy bastante adorable.

Cara balbuceó, abrió la boca para decir algo, levantó el brazo y lo dejó caer, antes de hablar por fin.

—No tiene mucha importancia que te encuentren adorable.

—Sí que la tiene si vamos a ser vecinos.

—Pero tú no vas a estar el tiempo suficiente para que te tengan como vecino.

—¿Y te preocupa que eso pudiera herirlos en sus sentimientos?

—¡No! —Los ojos de Cara brillaron en la luz tenue del anochecer—. Solo que no dejarán de recordarme lo «adorable» que eres y el fracaso que soy yo por no tener a alguien tan «adorable» como tú en mi vida de un modo permanente.

Al ver su expresión, Rory entendió que había hablado más de la cuenta. Sin embargo la conocía y sabía que ella aún no había terminado.

Rory aspiró hondo y paseó de un lado a otro. Entonces se volvió hacia Cara y señaló detrás de él.

—Voy a sentarme en ese murete de ahí y me vas a explicar eso. Así nos quitaremos de en medio más barullos.

Ella le echó una sonrisita de suficiencia.

Rory tuvo ganas de zarandearla por ser tan cabezota, o de besarla hasta que perdiera la razón, que era lo que llevaba toda la cena queriendo hacer; pero se resistió y se sentó en el murete de brazos cruzados a esperar que ella quisiera hablar con él.

Ella permaneció de pie a su lado un buen rato, con la cabeza inclinada hacia atrás.

Rory se miró los pies un momento, antes de volverse a mirar un ferry que entraba en el puerto. Finalmente, aspiró hondo y la encaró.

—Cuando quieras, Cara, no hay prisa.

—Te odio.

—Eso no es verdad. Tan solo me odias en este momento.

Cara soltó una risa sarcástica.

—No tienes idea de cuánto.

—Bueno, estoy aquí sentado y se me está quedando el trasero dormido esperando a que me cuentes lo que sea que quieras contarme, así que adelante, dime cuánto me odias. Dispara, mujer, podré soportarlo.

Ella volvió la cabeza y lo miró con fastidio.

—¡No tiene nada que ver contigo!

—¿Bueno, entonces con qué tiene que ver?

—Tiene que ver conmigo misma.

—Y precisamente por eso mismo quiero saberlo todo.

Cara se encogió de hombros y empezó a pasearse delante de él. La brisa marina le revolvía el pelo y le ceñía la falda larga a los muslos. Al darse la vuelta la falda le marcó el trasero a la perfección. Rory respiró hondo al ver que no se veía costura alguna de la braguita.

—Estoy listo cuando tú lo estés.

Ella se paseó unos momentos más antes de recompensar su paciencia.

—De verdad quería odiar a Joyce cuando era pequeña, pero ella era tan agradable, tan maja, que no podía. Y mi padre la quería tanto…

—Aún la quiere, por lo que veo.

—Aunque le resulta difícil meter baza la mayor parte del tiempo. Joyce no para de hablar.

Rory sonrió. Se había dado cuenta.

—Y las gemelas son exactamente igual que ella…

Al hablar se detuvo delante de él, y Rory tuvo ganas de sonreír, pero se contuvo.

—Sí, me lo dijiste antes. Animadas.

—¡Eso es! —Empezó a pasear de nuevo—. Debes saber una cosa: pasar de una casa tranquila al barullo continuo de su casa no me resultó fácil. Se pasaban el día riendo, charlando y cambiándose la ropa. Y yo allí mirando.

—¿Tú eras callada?

Rory la miró con incredulidad.

—Sí —respondió Cara con fastidio al ver la expresión de Rory—. Supongo que te cuesta creerlo, pero era así. Yo era una niña solitaria, me gustaba leer, y llevaba gafas, por amor de Dios.

—Y también tenías unos kilos más de la gordura infantil, según me has dicho.

—¿Quieres que me tumbe para que puedas darme patadas?

—Cariño, si te tumbas, te aseguro que patadas es lo último que te daría.

—¿Cómo es posible que esa imagen te excite? Que yo sepa, no le gustó jamás a ningún niño.

Rory descruzó los brazos y plantó las palmas de las manos a ambos lados en el muro donde estaba sentado.

—¿Fue entonces cuando empezaste a acomplejarte con tu físico?

Ella vaciló y miró hacia el camino con expresión ceñuda.

Rory percibió la tensión del conflicto interno de Cara. La adolescente seguía allí dentro, sin querer compartir sus sentimientos. La urgencia de levantarse y tomarla en brazos fue tan fuerte que casi tuvo que sentarse encima de las manos para no hacerlo. Esa joven poseía la habilidad de sacar su vena protectora; como si parte de ella tirara fuertemente de él para poder mitigar su antiguo dolor.

Pero ya no era la adolescente de antaño; lo creyera ella o no, Cara era una mujer, una luchadora, además. Las pruebas las había tenido desde el principio, solo había que ver el modo en que lo había combatido. Rory jamás había conocido a una mujer que lo hubiera hecho pelear tanto, que se le hubiera puesto tan difícil; ni que lo hubiera atraído tanto al mismo tiempo.

—Sí —suscitó ella.

Su tono de voz, su resolución, fueron suficientes para confirmar a Rory que había sido una confesión importante para ella.

—Y Niall no me ayudó demasiado.

Rory experimentó una rabia intensa que lo puso en guardia y acrecentó su tensión.

—Continúa, por favor.

Cara, percibió la tensión en su voz y lo miró a los ojos.

—Cuéntame lo que te hizo —la animó Rory, tratando de calmarse.

Ella lo miró con cierta sorpresa.

—No me hizo nada —vaciló—. Al principio.

Rory apretó los dientes de rabia, antes de dirigirse a ella en tono calmado y frío.

—Para que quede claro; si me entero de que te ha pegado o de que te ha amenazado en modo alguno, pienso ir a por él. Voy a encontrarlo y a matarlo.

Ella sonrió de tal modo que Rory se quedó sin aliento, literalmente sin respiración, durante unos momentos.

—No me hizo nada.

—Bien —dijo Rory.

—No estábamos hechos el uno para el otro.

—Está claro.

Cara volvió a sonreír.

—Si voy a contarte todo esto de una vez, entonces tienes que dejar de interrumpirme.

—Entonces te dejo —Rory sonrió—. Voy a estar como una tumba. Te lo juro.

A Cara le hizo gracia la cara que puso él. Pero enseguida la risa dio paso a una tristeza que ensombreció su mirada. Cara bajó la vista al suelo y empezó a pasearse de un lado a otro. Mientras, Rory respiró hondo y se preparó para esperar otra vez.

—Supongo que en parte yo quería encajar con el resto de la familia. No era que no me sintiera amada; solo que me sentía menos que los demás. Como si me faltara algo y por ello fuera menos que ellos, porque no me pasaba el día charlando y riéndome. Y luego llegó Niall, que era exactamente la clase de chico con quien las gemelas habrían salido. Tenía éxito, tenía una profesión cotizada,

era guapo y encantador, y todos se quedaron encandilados con él, como si fuera una especie de pariente que llevaran años y años sin ver. De modo que me convencí a mí misma de que era la clase de hombre para mí.

Rory lo detestó aún más de lo que ya lo detestaba.

—Pero, la verdad es que tuvimos problemas desde el principio; solo que yo preferí ignorarlos.

Rory vio su expresión ceñuda cuando ella se dio la vuelta y fue hacia él.

—Eran más mis problemas que los de él, ¿sabes? —Se aclaró la voz—. Me refiero al terreno sexual. El caso fue que todo lo demás iba tan de maravilla, las amistades, el trabajo, los horarios, que parecía que era pagar un precio muy pequeño. Al menos a mí me lo pareció.

¿Cómo había podido tenerse en tan poca estima? ¿Acaso no sabía que tenía tanto derecho a todo como el resto del planeta?

Rory jamás le habría permitido conformarse con menos. Una vocecita le dijo que al ofrecerle una relación temporal, libre de compromisos, a lo mejor él también estaba haciendo lo mismo.

Arrugó el entrecejo solo de pensarlo.

—Sin embargo, con el tiempo, para Niall fue pagar un precio muy alto. Él estaba empeñado en curarme; se convirtió en una especie de objetivo personal. Y cuando no funcionaba solía enfadarse y frustrarse. Me culpaba a mí, y con razón, porque al final todo se centraba alrededor del hecho de que yo me sentía insegura porque no podía ser como él quería que fuera. De modo que discutíamos mucho.

Se le quebró un poco la voz al pronunciar la última frase, y Rory sintió compasión por ella.

Cara lo miró con timidez y soltó una risita nerviosa.

—Ya sabes lo sarcástica que soy a veces, y él no era capaz de soportarlo. De modo que para hacerme daño me decía cosas feas. A veces nuestras discusiones llegaban a ser muy desagradables. A decir verdad, en un par de ocasiones, se pusieron más que desagradables.

Rory se estaba aguantando lo mejor posible para no decir nada, porque cada vez sentía más rabia. Había distintas maneras de maltratar. La que ella describía no era física, como le había

preguntado él anteriormente; era una forma de maltrato más sutil, que destruía el alma. Una forma de tortura que a Cara le había afectado profundamente, y que había acentuado su inseguridad. Si aquello se encaminaba hacia donde Rory intuía, iba a tener que buscar a ese tipo.

Cuando la vio llevándose la mano a la mejilla, Rory no pudo evitar interrumpirla de nuevo.

—¿Qué clase de cosas te decía? —le preguntó él en tono bajo.

—Bueno… —empezó a decir con nerviosismo—. Lo habitual, ya sabes.

Rory respondió apretando los dientes.

—Explícame.

—Bueno, me dijo que yo era fría, que no tenía sentimientos, para empezar —dijo con voz temblorosa—. Durante las discusiones más fuertes, me llamó egoísta, egocéntrica; y frígida era uno de sus calificativos favoritos.

Rory soltó una palabrota.

—El caso es que, hasta cierto punto, pensé que él tenía razón —continuó Cara—. Me había sentido tan aislada cuando era adolescente que de verdad creía que no era capaz de dejar que nadie se acercara mucho a mí. Pasado un tiempo, pensé que era por mi físico. Sobre todo cuando me comparaba con otras mujeres que a sus ojos representaban un tipo al que yo debería haberme parecido —cuando Cara se paró delante de él, se llevó las manos a las mejillas y fijó la vista en un punto sobre su cabeza—. Sé que todo lo que me dijo fue en momentos de enfado, y que estaba frustrado. Lo sé. Y al final yo tenía casi asumido que era así, que yo nunca podría cambiar y que en el fondo lo único que estaba haciendo era impedirle ser feliz. De modo que lo dejé. Le dije que no era culpa suya, y me prometí que me enfrentaría a lo que tuviera que enfrentarme en mi vida y que seguiría adelante. El sexo es más importante para los hombres que para las mujeres, después de todo.

—De eso nada.

Ella bajó la vista y lo miró a los ojos.

—No, de verdad. La mayoría de las mujeres disfrutan igual pasando un sábado por la noche viendo una comedia romántica tiradas en el sofá con una tarrina de helado que si…

—¿Que si se ponen a pensar en el color que van a pintar el techo

la próxima vez?

Ella sonrió con tristeza.

—Más o menos.

—¿Y acaso crees que conmigo harías eso, Cara?

—No. Tú eres distinto. Cuando estoy contigo, me siento distinta.

Ya había tenido mucha paciencia. Se apoyó con las manos en la pared baja y en menos de un segundo estaba de pie delante de ella.

—¿Y por qué crees que es eso? —le preguntó en tono bajo y ronco.

Cara fijó la vista en el escote de pico del suéter de Rory.

—No tengo ni idea —susurró.

—¿Y si te lo digo yo?

Arrastró un poco los pies y se acercó a ella, de modo que casi se tocaban. Bajó la cabeza y le susurró al oído:

—Esto es lo que la gente llama química. Es cuando dos personas se atraen. No hay razón científica, a no ser que quieras achacarlo a las hormonas que rigen nuestras emociones. Pero en nuestro caso hay algo más que eso.

Unos segundos después, Cara levantó la cabeza y fijó sus grandes ojos azules en los ojos de Rory. Entonces él sintió que jamás en su vida había deseado a una mujer como deseaba a Cara en ese momento. Pero no era algo solo hormonal; era algo que le salía de dentro, algo que formaba ya parte de él, una necesidad intrínseca de estar con ella, de demostrarle de lo que era en realidad capaz, con el hombre adecuado.

El lado sensual de Cara lo dejaba sin aliento, lo volvía loco. Durante el rato que habían pasado en la piscina se había puesto duro como una roca, y así se había puesto el resto del día cada vez que pensaba en cómo había reaccionado ella a sus caricias más leves.

Instintivamente sabía que cuando hicieran el amor sería maravilloso, alucinante. Para los dos. Porque una atracción como aquélla no se daba todos los días.

Él le echó una medio sonrisa.

—Sabes que eso es cierto, ¿verdad? Hoy en el agua conmigo te has sentido bien. A los dos nos costó contenemos.

Cara asintió en silencio.

De modo que Rory le tomó las dos manos y entrelazó los dedos

con los de ella, mientras le acariciaba el pulso con el pulgar.

—Me dijiste que a veces te dejo sin respiración —dijo Rory.

Ella sonrió.

—¿Quieres decir, como en este momento?

Él le devolvió la sonrisa.

—Sí, igual que en este momento. Como te he dicho, no solo te pasa a ti. No bromeaba cuando te dije que la primera vez que te vi entrar en el gimnasio me pareciste la mujer más sexy del planeta. Lo que no te he dicho es que cuanto más me provocas con tus comentarios, más me gustas. Me desafías a competir con tu ingenio, pero me derribas a cada paso. Y nunca he conocido a nadie que se haya atrevido a hacer eso conmigo.

—¿Y te ha dicho alguien alguna vez que cuando quieres eres muy arrogante?

Él le apretó los dedos.

—¿Lo ves? Eso es precisamente a lo que me refería.

Ella sonrió con orgullo.

—¿Quieres decir entonces que mis comentarios sarcásticos te excitan?

—Entre otras cosas.

—¿Nadie te ha hablado nunca como te hablo yo?

—Bueno, sí, pero no se han librado así como así.

—Pero a mí no me dejas librarme así como así.

—Y en parte es por eso por lo que nos provocamos. Somos iguales. Al menos yo lo veo así. Niall no era para ti, no te merecía. Era lo que le faltaba a él lo que causaba los problemas entre vosotros, no tú. Si te hubiera cuidado como es debido, habría tenido paciencia para ayudarte a superar cualquier cosa. Tú has tratado de dejarme fuera, ¿verdad? ¿Y de que te ha valido? ¿Me has visto acaso abandonar?

Él sonrió cuando ella negó con la cabeza, y aspiró hondo antes de seguir.

—No. Y ha sido porque lo que intuía de ti me gustaba; lo que tú me dejabas entrever de ti. Con eso solo conseguiste provocarme más.

Cara ladeó la cabeza y acercó sus labios a los de él mientras lo miraba con expresión dulce y sensual. Entonces flexionó los dedos y volvió a entrelazarlos con los suyos.

—Entonces lo que quieres decir es que cuanto más te aparto de mí, más te incita a seguir.

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—¿Qué ocurriría entonces si empezara a comportarme al revés y me insinuara a ti? ¿Que hiciera lo que quisiera sin pararme a pensar en nada?

Solo de pensar en lo que le decía ella, sintió un tirón en la entrepierna, y le sonrió de ese modo que tanto parecía gustarle a ella.

—Entonces creo que le daría las gracias a Dios.

Ella alzó el mentón al tiempo que en sus ojos brillaba un destello de confianza y bajaba la voz.

—No te muevas.

Rory se quedó quieto como una estatua, mientras ella se ponía de puntillas y acercaba los labios a los suyos.

—Quédate totalmente quieto.

Cuando ella empezó a besarlo, Rory dejó escapar un gemido de placer, mientras flexionaba los dedos entre los de ella. ¿Podría al menos mover los dedos? Lo cierto era que tenía que mover algo, porque no podía aguantarse.

Cara tenía los ojos abiertos, para mirarlo mientras se besaban y observar su reacción a lo que ella le hacía. Era sin duda la experiencia erótica más intensa de su vida.

Pero cuando ella le pasó la lengua por los labios, Rory se dejó llevar por las sensaciones.

Abrió la boca y ladeó la cabeza para poder besarla más ardientemente, mientras ella mordisqueaba y succionaba sus labios, como si quisiera beberse su sabor.

Cara sonrió con sensualidad, y Rory sintió su sonrisa.

Aquella mujer sería su muerte. El corazón le latía a toda prisa y se moría de ganas de estar con ella. Sus pies avanzaron sin pensarlo él, hasta que estuvo pegado a ella, su miembro hundido en la suave curva de su estómago.

Cara soltó una risita de placer.

—Te estás moviendo.

Él abrió los ojos y se quedó mirándola, pero no se apartó de ella.

—Ha sido un movimiento involuntario; es porque me muero de ganas de estar dentro de ti. Necesitamos una habitación —gimió

Rory—. Ahora mismo.

Ella sonrió, con los ojos brillantes.

—Hay un hotel encima del restaurante.

Rory la miró a los ojos con curiosidad.

—¿Estás segura?

Cara frunció la boca y asintió.

—Sí. Siempre ha habido un hotel encima. Lo lleva la familia del primer chico que me besó en mi vida, así que estoy bastante segura de que…

Él le apretó los dedos, en señal de advertencia.

—Vale, vamos a dejar que un recuerdo mejor acompañe ese lugar. Adelante.

Ella vaciló un momento.

—¿Y si mis padres siguen allí?

—Me han entrenado para entrar en casi cualquier sitio sin ser visto. Encontraremos el modo.

Echaron a correr, muertos de risa.

—Pero pensaba que íbamos a esperar hasta que no aguantáramos más.

Rory se detuvo y la abrazó para darle otro beso apasionado.

—Cariño, yo ya no aguanto más.

# Capítulo 13

Cara llegó sin aliento a la habitación, y no solo porque hubieran corrido casi todo el camino hasta el hotel. Primero fue por la risa que les entró mientras comprobaban disimuladamente que sus padres ya no estaban en el restaurante, después por el corte de tener que pedirle una habitación al señor Harrigan, el padre del niño que la había besado, y luego porque habían subido las escaleras de dos en dos hasta la habitación.

Al llegar a la habitación medio a oscuras se le quitó la risa; estaba apoyada sobre la puerta cerrada y distinguía la silueta de Rory delante de ella. Cara quería tranquilizarse, disfrutar más del momento, pero apenas podía respirar de la emoción. Se había pasado toda la vida soñando con estar con alguien como Rory, de modo que no le extrañaba esa emoción.

Parecía como si cada segundo de su existencia la hubiera encaminado hacia ese momento, esa habitación y ese hombre.

Sintió que había montado en una gran ola impulsada por profundas comentes de deseo e ilusión por lo que le iba a pasar, por lo que iba a vivir.

Lo deseaba tanto que no había lugar para la duda, tan solo el anhelo dominaba su pensamiento, sus sensaciones; un ardor palpitante, y la intensa necesidad de tenerlo enterrado entre sus piernas, de dejarse satisfacer por completo.

Pero fue la respiración jadeante de Rory, tan jadeante como la suya, lo que le robó el corazón. ¿Dónde había estado aquel hombre cuando ella había estado tan perdida, tan sola?

Rory seguía en silencio.

La habitación estaba a oscuras, y no se oía nada aparte de sus respiraciones y los ruidos distantes del tráfico portuario. De pronto

se oyó cómo la lana se deslizaba suavemente sobre la piel de Rory cuando él levantó los brazos y se quitó el suéter.

Se acercó a ella de inmediato y le tomó la mano. Cara sintió el calor de su aliento en la mejilla.

—Cara…

Su nombre jamás le había sonado tan erótico. Cara. En gaélico significaba «amiga». Y Cara jamás había sentido tanto el significado de la palabra. Se sentía amiga de él, y que él a cambio era suyo. Pero había algo más que eso: sentía que era su igual, que pronto sería su amante. Lo sería con la condiciones que él pusiera, podría llevar la voz cantante y tener sus propias fantasías si así lo deseaba.

Una combinación de lo más potente.

Rory le alzó las manos unidas y las pegó a la puerta, por encima de la cabeza de Cara. Entonces empezó a besarla en el cuello, donde dejó un rastro de fuego líquido, al tiempo que ella inclinaba la cabeza hacia atrás. Continuó por el borde del escote y besó la curva de sus pechos.

Cara arqueó la espalda mientras suspiraba y jadeaba.

—Sí…

Con la otra mano Rory empezó a acariciarle el brazo, desde la muñeca hasta el codo, y desde el codo hasta la axila. De ahí pasó a la clavícula y continuó por detrás, hacia la espalda. Cara sintió un cosquilleo y se estremeció al sentir las manos de Rory que le acariciaban alrededor de los pechos, como dos montañas anhelantes, antes de empezar a desabrocharle los botones.

Luego él la besó en los labios, alimentándose con anhelo, devorándola mientras seguía desabrochándole los botones de la blusa. Cuando terminó de desabrochársela, abandonó sus labios para poder besarle de nuevo el escote y la deliciosa curva de sus pechos, que sobresalían del sujetador de encaje. Mientras los besaba los acarició despacio, sintiendo su peso, rozándole los pezones a través de la tela hasta que se pusieron de punta.

Cara gimió como respuesta.

—Despacito, cariño —murmuró él—. Despacio es mucho mejor… créeme… aunque los dos… queramos otra cosa… en este momento…

Cara levantó la cabeza y acercó los labios a los suyos.

—Des… pa… ci… to… —susurró Rory de nuevo mientras ella

gemía y protesta de deseo.

A Cara no le apetecía ir despacio. Quería ir deprisa, hacerlo fuerte, satisfacer una necesidad tan intensa como jamás había sentido. Toda ella ardía, como si en cada terminación nerviosa se estuviera produciendo una pequeña descarga eléctrica.

Rory le desabrochó el sujetador en dos segundos. Al sentir la temperatura ambiéntela Cara se le puso el vello de punta por el contraste con el calor de su cuerpo.

—Ah…

Rory apartó los labios de los suyos y rio con sensualidad mientras terminaba de quitarle el sujetador. AI instante su boca caliente estaba ahí, sustituyendo el roce del encaje con la seda de su lengua.

Cara apenas podía tenerse en pie.

Pero él la sujetó con su cuerpo mientras continuaba torturándola, hasta que la tuvo gimiendo y retorciéndose de placer, como una picara lujuriosa.

—¡Rory!

Él levantó la cabeza al oír su nombre.

—¿Sí?

—¡Por favor!

Rory sonrió.

—¿Por favor, qué?

Cara maldijo entre dientes.

—¡Mmm… ya sabes qué! —gimoteó Cara.

—Bueno, estoy bastante seguro de que solo hemos pagado por una cama.

Cara se soltó las manos y las apoyó sobre su pecho desnudo con la intención de empujarlo.

—¿Entonces por qué no la utilizamos?

—A mí me parece bien —dijo él riéndose—. Aunque a lo mejor estaría bien recordar esta posición para referencias futuras.

Ella lo besó y retrocedieron juntos, hasta llegar a la cama.

—Mmm, qué romántico —dijo él mientras los dos se besaban y agarraban, muertos de risa—. No creo haber estado nunca con ninguna mujer que se riera tanto. Debería molestarme.

Cara se reía pausada y sensualmente, mientras Rory se afanaba en seguir desnudándola.

—Al menos así te acordarás de mí —dijo ella, y él la abrazó con más intensidad. Cara percibió la sombra de su rostro junto al suyo.

—No me olvidaré de ti, te lo aseguro.

Fueron las palabras más dulces que había oído en su vida. Cara había escuchado en el pasado palabras afectuosas que le habían sonado vacías, y le habían prometido cosas que luego jamás se habían cumplido.

No quería que él le dijera que le importaba; ya lo sabía. Estaba ahí, en el timbre sensual de su voz profunda, en el temblor de sus manos al ir a acariciarle los pechos desnudos, en su respiración entrecortada. Y cuando ella levantó la mano y la colocó sobre el pecho de Rory, se lo notó en los violentos latidos de su corazón.

—Ni yo.

Rory la besó para sellar la promesa. Empezó a moldearle los pechos con los dedos y los nudillos, a pellizcarle los pezones y a tocárselos hasta ponérselos duros y calientes, de tal modo que Cara sintió que ardería solo de sus caricias. Podría haberse quedado allí horas, dejándose agasajar por Rory, pero el nudo de tensión que crecía en sus entrañas la preparaba para recibir su cuerpo.

Sus lenguas se enredaron, y se besaron y mordisquearon como locos.

Entonces Rory abandonó sus pechos para acariciarle la espalda y apretarla contra su cuerpo de acero, piel con piel.

Después hundió una de sus manos en su pelo y se lo acarició como un loco, enredando sus dedos con suavidad para tirar hacia atrás y tener mejor acceso al cuello, lamérselo a placer y succionar su piel fina y caliente, deslizando la lengua por la silueta de la clavícula. Al llegar al hombro, se lo mordisqueó, no queriendo desaprovechar la oportunidad que se le presentaba.

Cara se sintió pesada, en tensión, y se inclinó sobre los dedos inquietos de Rory, suspirando y jadeando de placer, gimiendo como una posesa. Cada sonido que brotaba de su garganta parecía aumentar en el silencio de la habitación.

Él siguió depositando besos ardientes y mojados sobre cada uno de sus pechos, para después subir otra vez por el escote hacia el cuello, antes de volver a deslizar la lengua de nuevo hacia el escote.

—Quiero tocarte.

Cara ya le deslizaba las manos por la espalda, desde la cintura

estrecha hasta los hombros anchos, donde acarició los músculos que se flexionaban y encogían con agilidad. Sin embargo sintió que no era suficiente.

Rory sacudió la cabeza.

—Todavía no —dijo él.

La beso de nuevo en el cuello, en la mandíbula, y le echó la cabeza hacia el lado para que ella quedara totalmente abierta a él.

—Si me tocas más, me va a costar muchísimo ir despacio.

Cara abrió la boca para discutírselo, pero él la silenció con la suya. La empujó hasta el borde de la cama y la agarró por debajo de los brazos para sentarla sobre el mullido colchón, que se hundió un poco bajo su peso.

Se arrodilló delante de ella y le succionó y acarició los pechos con el mentón, cubierto de una incipiente barba, deleitándose con la suavidad de la piel de Cara.

—Dios, mujer, ¿cómo has podido pensar alguna vez en tu vida que no eras una persona sensual?

—Es que no te había conocido antes.

Era la respuesta más adecuada. Todo en ella le resultaba sensual, el modo de girar su cuerpo junto a él, los pequeños gemidos que brotaban de su garganta cuando le besaba los pechos o saboreaba su piel, o su manera de protestar cuando se apartaba de ella, en el momento en que sentía más placer.

Cara era el sueño de cualquier hombre. Todas sus respuestas alimentaban su ego y lo urgían a darle más para que su liberación fuera tan intensa que a él no le quedara otro remedio que seguirla en su placer.

Rory se puso de lado, trazó la silueta de su cuerpo, desde sus pechos, pasando por cada costilla hasta llegar al estómago. La tentación de alargar el brazo para encender la luz fue muy grande. Pero esa vez haría algunas concesiones, porque sabía por ejemplo que sería más fácil para Cara con la luz un poco tenue, y que al no haber luz, las sensaciones parecerían más intensas. Las sombras le daban ya al ambiente un toque sensual que solo acentuaba la disposición de ambos.

No le había mentido al decirle que no la olvidaría. Quería recordar todo su cuerpo, la suavidad de su piel, su olor dulce. Tenía que pintar un dibujo de ella en su pensamiento, como si fuera un

ciego memorizando un rostro por primera vez, solo a través del tacto. Pero sobre todo quería recordar cómo se había echado a sus brazos.

De modo que continúo deslizando la mano, palpando su silueta por encima de la falda. Entonces empezó a levantársela mientras le acariciaba la cara interna de los muslos.

—No te muevas, cariño. Cierra los ojos y siente. Deja que yo haga todo está primera vez.

Le rozó el borde de las braguitas de encaje y empezó a tocarla a través de la tela, consiguiendo que ella se estremeciera de placer.

—Sube las caderas.

Ella lo hizo, y separó un poco las piernas mientras él le bajaba las braguitas muy despacio, deleitándose con el roce del encaje sobre sus muslos, hasta que Cara levantó las rodillas y los pies como él le pedía.

Se echó sobre ella en la cama y buscó su boca para atravesarla con la lengua al tiempo que le hundía un dedo entre los pliegues mojados que coronaban sus muslos.

Cara gimió con abandono. Mientras, Rory acariciaba con suavidad los pliegues calientes y resbaladizos de su sexo y empezaba a darle un masaje erótico. Cara respondió levantando las caderas como una posesa, gimiendo su nombre.

—Chist —la urgió mientras le besuqueaba la oreja—. Respira hondo.

Ella hizo lo que le pedía.

—Buena chica, eso es —dijo Rory mientras continuaba moviendo el dedo alrededor de la parte más sensible de su cuerpo —. Despacio…

—No puedo…

—Sí que puedes. Solo necesitas controlarlo —añadió sin dejar de tocarla—. ¿Tienes los ojos cerrados?

—Sí —susurró ella, arqueándose a su lado—. Sí, sí…

Levantó las caderas imprevisiblemente, pegándose aún más a su mano.

—¿Lo sientes, Cara? ¿Notas que estás al borde del abismo? Solo tienes que dejarte caer, eso es todo. Déjate llevar —la besó de nuevo detrás de la oreja—. Tienes que explotar, y yo estaré ahí, esperándote.

Toda ella se estremecía a su lado, y le clavaba las uñas en los hombros.

—Ya te tengo —le susurró él con voz ahogada.

Rory metía y sacaba los dedos de su sexo, mientras le presionaba su parte más sensible y mojada con el pulgar.

Pasados unos momentos, Cara soltó un gemido violento mientras se estremecía sobre la mano de Rory.

Segundos después Rory relajó los dedos con una sonrisa en los labios, y se deleitó con los temblorosos suspiros de satisfacción de su amante.

Cuando retiró la mano y fue a tocarle las mejillas, le pareció que las tenía húmedas, como si hubiera llorado, y se le partió el corazón. ¿Le habría hecho daño? A lo mejor era eso lo que ella había querido decirle todo el tiempo: que sentía dolor. ¿Por qué no había estado más atento?

Rory levantó la cabeza para ver mejor a la tenue luz del cuarto, pero ella hundió la cara en su cuello y sollozó.

—¿Cara?

—Estoy bien, Rory, estoy bien —dijo medio riéndose medio llorando—. Estoy mejor que bien.

—¿Te he hecho daño?

Ella subió la mano para acariciarle la mejilla.

—No, pero tal vez me has matado un poco.

Él se echó a reír mientras la abrazaba con alivio.

—Te dije que despacio era mucho mejor.

—Bueno, desde luego a mí me ha encantado —Cara sonrió—. Ahora solo tenemos que ver qué te gusta a ti.

Empezó a besarlo tiernamente mientras con las manos llevaba a cabo una intensa exploración de su pecho. Rory se recostó del todo en la cama, dispuesto a que ella lo explorara a placer.

Sabía que no duraría mucho. Cuando ella había alcanzado el orgasmo, él se había quedado desesperado por ocupar el lugar que habían ocupado sus dedos.

Rory le abrazó el cuello y jugueteó con las puntas de su cabello, dejándose envolver por el tenue aroma de su champú. Cara se retiró un instante, para enseguida seguir mordiéndole el labio inferior, tirando de él antes de soltarlo.

Con el pie le acariciaba la pantorrilla.

—¿Cómo es que llevo puesta mucha menos ropa que tú?

—Porque yo soy un zalamero.

—¿Pero no éramos iguales?

Él siguió acariciándole el pelo.

—Somos iguales. No tienes nada que envidiarme, y lo sabes; además, acabas de demostrármelo. De hecho, a lo mejor eres tú la que me mata si haces lo mismo de antes cuando esté dentro de ti.

Cara ladeó la cabeza y la juntó con su mejilla. Rory percibió un momento de vacilación en ella al preguntarle a continuación:

—¿Cuándo vuelves?

Los dos sabían que ella no se refería al gimnasio.

Rory le retiró la mano de la cintura y le tomó la mano que tenía sobre su pecho para darle un ligero apretón.

—Dentro de un par de semanas.

Rory esperó un momento. En parte quería que ella le hablara del acuerdo que habían hecho de no volver a verse después. Eso le sorprendió; y no tanto por lo mucho que deseaba que ella se lo preguntara, sino porque lo sintió casi como una necesidad.

Jamás había tenido esa necesidad en su vida, jamás había querido tener a alguien esperándolo en casa a que volviera. Porque jamás se había sentido capaz de comprometerse con nadie, aunque fuera algo reflexionado, algo detenido. Las relaciones a distancia no funcionaban, a no ser que solo fuera una relación sexual, algo que no quería pedirle a Cara. No, con Cara tenía que ser algo más que eso. Había visto cómo algunos de sus compañeros de trabajo lo intentaban; y a no ser que estuvieran casados y por ello se sintieran más llamados a esforzarse, rara vez funcionaba. Incluso estar casado no era una garantía de que fuera a funcionar.

No podía someterla a ella ni a sí mismo a ello, y Cara no necesitaba otra relación desastrosa.

Pero en parte le dolía dejarla atrás. ¿Y ella? ¿Qué querría ella?

Con la mano que había estado acariciándole el vello del pecho Cara empezó a tocarle el estómago y después fue bajando hasta arañar con las uñas la cinturilla de los vaqueros.

Él reaccionó.

—En dos semanas podemos hacer muchas cosas.

Rory tragó saliva con dificultad.

—Estoy abierto a cualquier sugerencia.

—Me lo creo.

Suspiró aliviado, sorprendido al notar que había estado aguantando la respiración. Sintió la mano de Cara en su entrepierna, acariciando su miembro, que apuntaba recio bajo la tela de los vaqueros.

—Imagino que no querrás quedarte con esto puesto, ¿verdad? Sería una pena —dijo ella, y empezó a desabrocharle los botones de los vaqueros con dificultad por la descomunal erección de Rory.

Finalmente deslizo las uñas suavemente sobre su miembro viril.

—Podrías ayudarme a quitarte estos pantalones —le dijo—. Y será mejor que lleves algo encima, porque de otro modo podrías acabar perdiendo tu buena fama.

Rory gimió de deseo.

—Los tengo en la cartera, en el bolsillo de atrás del pantalón. Y tú tienes que quitarte la falda. No quiero que nada nos estorbe.

Después de quitarse como pudieron la ropa y de sacar la cartera, Cara le quitó el pequeño envoltorio de plástico que él tenía en la mano.

—Has dicho que no olvidarías esto —le susurró junto a su boca.

—Y es verdad.

—Quiero que lo recuerdes. Durante las próximas dos semanas… —rasgó el envoltorio— quiero que lo hagamos tantas veces que no lo olvidemos en la vida.

La parte de él que había reaccionado al pensar en dejarla pareció romperse del todo.

—Buena idea.

Cara le deslizó las manos por los muslos y le acarició la cicatriz.

—Pero prométeme que, si te ocurriera algo, alguien me lo diría. No quiero pasarme la vida preguntándome cómo estás.

Él no querría que ella estuviera así.

Pero Cara empezó a acariciarle la entrepierna y Rory dejó de pensar y no pudo concentrarse en nada más salvo en la mano suave y sedosa que se deslizaba suavemente arriba y abajo.

Se volvió hacia ella y le habló con voz ronca y sensual.

—¿Dónde está el preservativo?

—Yo te lo pongo.

—Estás tardando mucho —se lo quitó de la mano y la besó ardientemente.

La intención de Rory había sido la de hacerlo despacio con ella, pero la nueva Cara tenía otras cosas en la cabeza. Mientras él trataba de ponerse el preservativo con manos temblorosas, Cara se sentó a horcajadas sobre él y apoyó las manos en su pecho.

Entonces lo besó, dejando que su melena cayera alrededor, acariciándole la cara, creando un espacio íntimo de gloria.

—Prométemelo —le susurró en los labios, mientras frotaba las caderas contra las suyas.

Rory quería decirle que no pasaría nada; que iba a estar bien y que no tendría de qué preocuparse. Pero sabía que tampoco podría garantizárselo.

Como tampoco podría prometerle que su relación fuera a funcionar más allá de cómo estaba en esos momentos.

Entonces Cara se deslizó sobre él, tomándolo tan despacio que fue como una tortura.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Finalmente se sentó del todo encima de él, se quedó quieta unos momentos, arqueó la espalda y gimió con deleite.

Después de eso no hubo más conversación, tan solo un deseo que crecía al compás de sus caderas, al igual que sus respiraciones jadeantes.

—Cara…

Rory percibió la tensión en su cuerpo segundos antes de alcanzar el orgasmo; y también la tensión de los músculos de ella, que parecían engullir su miembro con suavidad. Rory buscó a tientas su sexo y se lo acarició para que ella volviera a alcanzar la cima junto a él.

Cara gimió al sentir sus dedos. ¿Cómo había podido pensar ella que él se olvidaría de aquello? Porque Rory sabía muy dentro de su ser que jamás lo olvidaría. Nunca.

# Capítulo 14

—¿Qué estás haciendo?

Rory se volvió a mirar a su hermano al dar la vuelta al mostrador, y después vio a Cara sonriéndole al marcharse. Él le devolvió la sonrisa y sintió algo especial. Entonces se volvió de nuevo hacia Connor.

—Te dije que me encargaría del papeleo.

—No me refería al papeleo.

—Entonces no sé de qué hablas —dijo, aunque no era del todo cierto.

Había visto a su hermano observándolo cuando había estado con Cara esos últimos días.

De todos modos, el resto del mundo debía de haberse dado cuenta de lo que pasaba. Porque Rory no recordaba la última vez que se había reído tanto ni que había sentido tanta necesidad de abrazar a una mujer como le estaba pasando con Cara. Lo tenía loco. Era en ella en quien pensaba nada más levantarse y al ir a acostarse, cuando lo sujetaba entre sus brazos.

Y apenas había ido por casa de su hermano desde la noche que habían pasado en el hotel.

Era lógico que le preguntara cosas.

—Ya sabes nuestra política de tener relaciones con las clientas.

—Cara es distinta.

—¿De verdad? —Connor se dio la vuelta y se apoyó en el mostrador—. Bueno, entonces a lo mejor deberías contármelo.

—Lo haría si fuera asunto tuyo.

—Parece agradable.

Era más que eso. Y Rory sonrió al pensar en todas las cosas buenas de Cara.

Connor negó con la cabeza.
—No irás a decirme que sientes algo por ella, ¿verdad?
—¿Y eso qué quiere decir exactamente?
—No es como las mujeres con las que tú sales, ¿verdad?
Rory se puso tenso.
—¿Qué quieres decir con eso?
Connor esbozó una sonrisa agridulce.
—Quiero decir que ella es de esa clase de mujeres con quienes los hombres van en serio. Y tú no eres hombre para eso. Además, es una clienta. No puedes ir por ahí rompiendo corazones en el trabajo, para que luego me quede yo aquí con el problema cuando tú te hayas ido.
Aunque lo que decía su hermano tenía cierto sentido, Rory se molestó. Connor siempre había tenido la sensatez de no meterse en sus asuntos. Además, en ese tema él también tenía mucho que callar.
—Lárgate, Connor.
Pero Connor no le hizo caso, ni siquiera cuando Rory salió del mostrador y echó a andar por el pasillo hacia los vestuarios.
—¿Entonces, qué? ¿Vas a sentar la cabeza después de doce años y buscar un empleo de nueve a cinco? ¡Venga ya! Los dos sabemos que eso no va a ocurrir. ¿Entonces qué hará ella, Rory? ¿Esperarte hasta que vuelvas a casa a desahogar tu frustración sexual? Qué romántico.
—Estás jugando con fuego, hermano.
—Si ella te importa, no le harás eso.
Rory empujó la puerta de los vestuarios con tanta fuerza que rebotó contra la pared y se cerró de un portazo. Se volvió entonces y le echó a su hermano una mirada de advertencia.
—¡Tú no tienes idea de lo que siento por ella!
—¿Y tú?
Rory se quedó callado, apretando los puños a ambos lados del cuerpo. No quería hablar con su hermano pequeño de lo que sentía por Cara; sobre todo porque él no estaba nada seguro.
¿Cómo explicarle a otra persona lo que sentía cuando dormía entre sus brazos? ¿O cuando ella le sonreía por la mañana, antes incluso de abrir los ojos? ¿O lo que sentía él cuando se reía a carcajadas de algún comentario de ella tan genial que cada Vez que

lo recordaba le entraba otra vez la risa?

Connor se acercó a su hermano.

—He visto cómo la miras, Rory. Y estás a punto de pedirle que te espere, ¿verdad?

Rory tardó un momento en calmarse. Fijó la vista en la pared que había detrás de su hermano, respiró hondo y después lo miró a los ojos.

—Eso no sería justo para ella, ¿verdad? —dijo Rory.

—¡Por supuesto que no lo sería! —exclamó Connor, aún más encendido—. Ya hay suficientes mujeres que te quieren y que se pasan el día temiendo que te pase algo. ¿Por qué añadir una más a la lista?

—¿Pero de qué me estás hablando?

Connor asintió.

—Tú sabes de qué.

Cuando se dio la vuelta y fue hacia la puerta, Rory lo siguió. No pensaba dejarlo marchar así.

—Ahora no te vas a ir así, Connor. Si quieres decirme algo, suéltalo.

Connor siguió andando.

Rory miró a ambos lados del pasillo, buscando un sitio donde los clientes no los vieran. Se había metido en suficientes peleas con sus hermanos en los últimos años como para saber cuándo se avecinaba otra.

Entonces vio la puerta de un cuartillo que hacía las veces de almacén. Cuando estuvieron al lado, agarró a su hermano del cuello y lo empujó para obligarlo a entrar. Cuando Connor trató de zafarse, se cayó un montón de toallas de un estante al suelo. Entonces se miraron con rabia. Rory se colocó delante de la puerta y se cruzó de brazos.

—Vamos, habla.

—Bien. Como quieras. ¡Y ya es hora de que te enteres! —Connor se adelantó y le golpeó con el dedo en el pecho—. Eres un egoísta y un canalla, Rory. ¿No sabes que cada vez que te vas veo que las mujeres de nuestra familia se quedan tristes? Al principio les preocupaba lo que pudiera ocurrir; aunque no eran aún conscientes de un peligro real hasta que estuvieron a punto de matarte. Y ahora que te has curado vas a volver a arreglar lo que dejaste atrás, como

haces siempre.

Rory frunció el ceño, mientras Connor hacía una pausa para tomar aliento. La emoción en sus ojos acompañaba sus duras palabras.

—Así que no pienses que me voy a ocupar de otra mujer mientras tú te marchas otra vez a hacer de héroe.

—¡Si no me hubiera ido a hacer de héroe, no tendríamos este gimnasio! ¡Ni los otros dos! ¿Dónde estaríamos todos entonces, Connor? Dímelo.

Connor se echó a reír.

—A lo mejor eso te habría valido hace unos años, pero ahora los dos sabemos que el negocio va lo bastante bien como para que dejes de mantenernos a todos a costa de arriesgar el pellejo.

Rory no le respondió.

Connor asintió mientras se pasaba la mano por la cabeza.

—Tú ya no haces esto por la familia, Rory. Lo estás haciendo por la gente con la que estás allí. Eso lo sé. Te estás haciendo responsable de todo el mundo. El caso es que llegará un momento en el que o te maten, o te des cuenta de que esos tipos van a seguir cada uno con sus vidas. ¿Y luego qué será de ti? ¿Te irás a otro país, a dirigir a un grupo de personas que no conocerás pero por quien arriesgarás tu vida automáticamente? ¿Hasta cuándo, Rory? ¿Cuánto más tienes que darles?

—Yo sabré cuándo llega el momento de abandonar, Connor. No soy un suicida —Rory trató de hacerse entender—. Tú no sabes lo que es. Si lo supieras, sabrías por qué vuelvo.

—Tienes razón, no lo sé. Pero sé quién eres tú —pareció calmarse un poco—. Eres mi hermano; y no quiero plantarme un día junto a una fosa en el suelo a llorar.

—No puedo dejar a esos chicos allí sin mí.

—Entonces no hagas que esa mujer te espere como lo hacemos todos los demás, que espere una llamada tuya. Si te importa, no lo hagas, Rory. Ya somos demasiados.

—Yo no se lo he pedido.

—A lo mejor no, ¿pero me vas a decir con el corazón en la mano que si ella quisiera hacerlo, tú se lo impedirías? —Levantó las manos y agarró a su hermano de los hombros—. Está tan loca por ti como tú por ella. Se os nota a los dos, Rory, y no creas que no sé lo

importante que es eso para ti, porque sí que lo sé. Debe de ser una mujer muy especial para que tú sientas eso.

—Lo es.

Connor asintió de nuevo.

—Entonces, merece la pena que te quedes por ella. Me vendría bien tenerte aquí conmigo. Podríamos ampliar el negocio. La familia volvería a dormir tranquila, y dejaríamos de preocupamos cada vez que ponen las noticias. Solo tienes que decidir si vas a seguir con ella o si vas a dejarla. Porque en esto no puedes ir a medias, no si la amas y quieres que sea feliz.

Cara estaba harta de tanto pensar, de tanto debatir las mismas cosas en su pensamiento.

Después de todo, ¿qué sentido tenía rechazar la verdad? ¡Con Niall lo había hecho durante años y al final había acabado fatal! Había tenido que conocer a un hombre como Rory Flanaghan para darse cuenta de lo que era capaz de sentir. Estaba enamorada.

Después de todo lo que había pasado, conocías sus puntos fuertes y sus debilidades. Sabía que había malgastado años de su vida por una estúpida paranoia suya, por su inseguridad, en lugar de centrarse en lo positivo.

Y sin duda era algo muy positivo estar tan enamorada como lo estaba en ese momento. Aunque, por otra parte, saber que iba a sufrir no era nada positivo.

Pero quería disfrutar de esas dos semanas y atesorar los recuerdos en su corazón para siempre. Porque como había pasado tanto tiempo pensando que no merecía ser feliz, tercia que aprovechar que en ese momento podía serlo. Aunque con cada día que pasara se acercara más el fatídico día.

La noche anterior, en la que él había pasado horas torturándola con sus caricias y sus besos, de tal modo que Cara casi había llorado de placer, había estado a punto de decírselo; porque cada vez le costaba más ocultar la verdad. Había estado a punto de decirle que lo esperaría, todo el tiempo que él quisiera.

Pero él no se lo había pedido, ni siquiera lo había insinuado. El trato había quedado claro desde el principio. Él no era de los que se quedaban mucho tiempo en un sitio, no le gustaba quedarse en

casa, como le había dejado muy claro un día. Y aunque Cara sabía la felicidad que sentiría cada vez que él regresara a casa, sabía también que no podría soportar tener que recibirlo hecho pedazos, como le había pasado a su amigo.

O, peor aún, que no volviera.

No. Aprovecharía el breve periodo de felicidad mientras durase, y después seguiría adelante como había planeado desde el principio. Iniciaría una nueva vida siendo la nueva Cara que Rory la había ayudado a descubrir.

Le demostraría cuánto lo quería siendo todo lo que pudiera ser, arriesgándose y yendo por la vida con la cabeza bien alta.

Aunque muy pronto cada uno volvería a la vida que habían llevado antes de conocerse, ella sabía que había cambiado, que era otra mujer.

Y aunque dejara marchar al hombre más importante que había conocido en su vida, no pensaba encogerse y quedarse en un rincón. Nada de esconderse a nada, ya fuera bueno o malo.

Sonreía cuando él apareció a la puerta.

—Tengo seguro de vida, gracias.

—Eres una mujer muy divertida, Cara —él sonrió y se apartó del marco de la puerta para ir a besarla.

—Llegas pronto —le dijo Cara.

—Quería estar un rato sin ver a mi hermano.

Cara abrió mucho los ojos.

—¿Os habéis peleado? ¿Pero no decías que estabais muy unidos?

Era cierto. Recordaba que Rory se lo había dicho una noche en la cama después de hacer el amor. Tenía todos esos recuerdos guardados en su corazón.

Rory cerró la puerta y la miró brevemente antes de acercarse al mullido sofá.

—Sí, nos hemos peleado. Me estaba hablando de lo que siente la familia cada vez que vuelvo al trabajo.

Cara lo observó cuando él se sentó en el sofá, y solo desvió la mirada un instante para guardar el documento que estaba escribiendo en su portátil, antes de acercarse a donde estaba él.

—Supongo que están preocupados.

Ella también, con lo cual se sentía más unida a la familia de Rory, a la que aún no conocía, como si en parte tuviera derecho a

sentir lo mismo que ellos ya que ella también lo quería.

—Siempre se preocupan, pero esta vez es más penoso para ellos.

Cara le tomó la mano que él le tendía antes de sentarse a su lado y colocar las piernas sobre su regazo.

—Será por lo de la emboscada, supongo.

Rory le acariciaba la mano mientras con la otra le tocaba el muslo.

—Yo diría que sí. Connor piensa que soy egoísta porque voy a volver y volverán a preocuparse por mí, esta vez todavía más. Quiere que me quede para llevar el negocio con él.

En parte Cara deseó que él fuera esa clase de hombre, pero lo conocía muy bien.

—Te sentirías muy mal sabiendo que todos tus amigos están allí sin ti.

Él le sonrió.

—Es lo que le dije a Connor.

—Ellos son tu familia, Rory, y te quieren en un sitio seguro, eso es todo. Pero tampoco querrían que no estuvieras contento. Así que tendrán que aceptar que quererte significa dejarte hacer lo que tú deseas.

—¿Si te doy un número, podrías llamar y decir eso por teléfono?

Cara se echó a reír.

—Si supiera que iba a tener efecto, lo haría.

—Eres mi heroína.

Notó que la sonrisa de Rory se desvanecía. La discusión con su hermano le había afectado mucho, pero a ella le resultaba difícil no estar del lado de Connor. Solo porque hubiera aceptado que Rory se iba a marchar, no significaba que los demás hicieran lo mismo. Aunque a ella también le estaba costando bastante.

Le acarició la barba del cuello con gesto cariñoso.

—Es la primera vez que te han herido así, ¿no?

Rory hizo una mueca, y Cara abrió mucho los ojos.

—¿No?

—La primera que les he contado.

Cara se quedó inmóvil, de modo que él se volvió hacia ella con una sonrisa en los labios.

—¿Tú se lo cuentas todo a tu familia Cada vez que te metes en un lío?

—Entonces, ¿te habían disparado antes?

—Han intentado.

—¿Cuántas veces?

Él se encogió de hombros.

—Bah, unas cuantas.

Cara inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró con estupor, gesto que provocó la risa de Rory.

—Cariño, tal vez tenga que hacerte firmar un papel antes de contarte nada más. Jamás he hablado con nadie que no fuera del trabajo de esto. Quiero decir, no estoy acostumbrado a compartir tantas cosas.

Ella sonrió.

—A mí me pasa lo mismo, grandullón —suspiró—. Bueno, será mejor que no se lo cuentes a tu familia a no ser que quieras pelearte con Connor.

Él la miró largo rato.

—¿Cómo es que tú te sientes bien?

—Ah, no me siento bien, Rory; a mí me parece todo un poco surrealista. Lo único que quiero pensar es en el aquí y el ahora —le acarició la nuca con suavidad y le sonrió—. Que estés aquí donde pueda acariciarte y verte es mi realidad inmediata. Es lo único que necesito.

Rory la miró de nuevo en silencio con una expresión tan intensa en el rostro que Cara casi dejó de sonreír. Pero justo cuando pensaba que se había delatado, él emitió un gemido, medio risa, medio susurro, y le hizo un gesto brusco con la cabeza.

—Ven aquí.

Ella se pegó más a él y le echó los brazos al cuello, lo abrazó con fuerza y pegó su cara a su pelo.

—Te he echado de menos.

Cara se echó a reír.

—Me has visto solo hace tres horas, ¿recuerdas? Me hiciste hacer el doble de ejercicios que de costumbre.

—De eso hace ya mucho rato.

—Tienes razón —Cara vio que él la tendía sobre el sofá y se dejó —. Hace ya mucho rato. Y, para que lo sepas, yo también te he echado de menos.

Rory le metió la mano por debajo del muslo y le agarró el

trasero. Entonces se colocó encima de ella y la miró con un brillo peligroso en sus ojos oscuros.

—¿Te he dicho alguna vez que cada vez que subes la pelvis me vuelvo loco?

—Unas cuantas veces.

—Y tú lo haces más despacio adrede, ¿verdad, señorita?

Ella asintió con exageración.

—Sí, es cierto. Es que me gusta volverte loco.

—Bueno, ya sabes lo que se dice.

—¿El qué?

—Que es justo —dijo mientras le pasaba los labios sobre los suyos— pagar con la misma moneda. Le deslizó las manos por la espalda mientras seguía asaltándole los sentidos con la boca. Cuando le encontró el brazo le agarró de la muñeca y le subió las manos sobre la cabeza.

Sin querer tiraron al suelo la lámpara de la mesita que había junto al sofá. Ambos se volvieron a mirar, y fue entonces cuando Rory se dio cuenta de que habían tirado otra cosa al suelo.

—¿Y esos billetes de avión? —Rory la miró a los ojos—. ¿Vas a algún sitio?

Cara se quedó sin aliento, pero lo disimuló con una sonrisa.

—Lo tenía planeado. Era parte de los cambios que quería hacer en mi vida desde el principio. Solo que los billetes llegaron hoy.

Rory la miró con expresión ceñuda.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de tres semanas, justo después de la boda de Laura.

—¿Y adonde?

—Bueno, voy un poco a la aventura. He pasado demasiado tiempo viviendo encerrada en mí. La nueva y mejorada Cara Sheehan quiere ver mundo —dijo en tono jovial, rezando para que él no se diera cuenta de por qué ella no quería estar allí justo después de que él se marchara.

De todos modos, siempre había querido hacer un viaje. La marcha de Rory solo había acelerado el proceso.

—¿Y cuánto tiempo estarás fuera?

—Por lo menos tres meses.

Rory seguía ceñudo. Cara sintió pánico. No podía dejar que él adivinara nada.

—Ahora que puedo ponerme un biquini, no querrás que el resto del mundo se lo pierda, ¿verdad?

—Si el resto del mundo solo va a mirar…

Su tono posesivo le partió el corazón. No podía permitir que él la tratara como si fuera suya; porque si lo hacía, a lo mejor ella cometía el error de decirle que ya lo era. De modo que le acarició la mejilla y le dio un beso.

—Voy a vivir un poco —le dijo en tono ligero—. Sin miedos, gracias a tu ayuda. Por primera vez en mi vida voy a salir a ver qué me depara el destino, ahora que me siento segura. Deberías sentirte orgulloso de haber tomado parte de esta transformación en mí.

Rory le retiró la mano de la cara.

—Ay, qué bonito, muchas gracias —se irguió y le retiró las piernas del regazo—. ¿Tú te largas a poner en práctica tus recién descubiertas habilidades y se supone que me tiene que gustar?

—¡Eh, un momento!

# Capítulo 15

Rory se puso de pie, con una sonrisa despiadada en los labios. ¿Pero qué esperaba Cara?

Él no había querido entrar y contarle la pelea con Connor. Sin embargo era lo primero que había hecho, como si la opinión de Cara respecto al tema fuera tan vital para él como para no haber podido callarse.

Y ella se lo había tomado genial, mejor que bien. Había comprendido lo que sentía él, y sobre todo lo había aceptado tal y como era. Y eso era más de lo que habría esperado de ella.

Eso lo había animado a pensar que tal vez habría algún modo de que la cosa funcionara entre ellos.

Si ella le hubiera dicho que lo esperaría, él habría querido que así fuera. Porque en el fondo sabía que cada vez que volviera a casa; también volvería a ella.

Aunque había terminado descubriendo que ella ya había hecho planes para no estar allí, para estar por ahí a la aventura. ¿Cómo esperaba ella que reaccionara a eso?

Le molestaba muchísimo que Cara hubiera sido capaz de ceñirse al trato inicial mejor que él.

—No, lo entiendo. Ése fue el trato, de todos modos. Nada de compromisos. Bueno, me alegro por ti. Supongo que esto significa que no necesitas que te devolvamos el dinero —añadió, por si acaso —. Te dije que yo era el mejor, ¿no?

Ella lo miró como si acabara de abofetearla y Rory se sintió culpable porque veía que le había hecho daño. Pero si le decía la verdadera razón de su enfado, todo se liaría aún más de lo que ya lo estaba. Y él quedaría como un imbécil.

De modo que se limitó a sacudir la cabeza, mientras se colocaba

en el extremo del sofá.

—¿Adónde te crees que vas?

Cara lo sorprendió al levantarse rápidamente y llegar hasta la puerta en un abrir y cerrar de ojos. Se plantó delante y puso las manos en jarras.

—¡No puedes decir una cosa así y luego marcharte!

—¡Claro, soy tonto por molestarme porque te vayas a dar la vuelta al mundo con vistas a poner en práctica todas tus recién adquiridas habilidades!

—¡Yo no he dicho eso! —Parecía totalmente estupefacta por la sugerencia, con los ojos como platos, visiblemente enfadada—. ¡Estúpido! Este viaje lo tenía planeado incluso antes de conocerte, y no tiene nada que ver con ir en busca de otros hombres y sí con conocer sitios que llevo toda mi vida queriendo conocer.

Se acercó un poco más a él, sacudiendo la cabeza.

—No lo entiendes, ¿verdad? ¡Mira a tu alrededor!

Cuando levantó el brazo para abarcar la habitación, él siguió el movimiento con la mirada. Le había tomado el pelo la primera vez que había entrado allí, de camino al dormitorio. En su salón reinaba cierto caos, pero a él le había gustado.

Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros de distintos tamaños, había sillones y butacas cómodas y sin duda más muebles de los que le hacían falta. Era un hogar, y eso era lo que a Rory le había atraído más. Por eso llevaba viviendo allí casi más de una semana.

Volvió a fijarse en el rostro sofocado de Cara.

—Éste ha sido mi universo desde que salí de casa de mis padres —dijo ella—. O al menos el centro de mi universo. Y nunca he ido a un sitio que estuviera a más de trescientos kilómetros de aquí. Parezco una ermitaña.

Rory frunció el ceño ante la revelación.

Cara se echó a reír, y Rory percibió el temblor en su voz.

—Tenías razón al decir que no solo me apunté al gimnasio para quitarme unos kilos. También fue para hacer algunos cambios en mi vida. Fue el primer paso, nada más —Cara sonrió—. Me gano la vida escribiendo libros, por amor de Dios. ¿Crees que es un trabajo sociable? Y lo gracioso es que, tras la apariencia de humor, son libros de autoayuda. Parece como si llevara todo este tiempo

queriendo decirme algo a mí misma.

Cara estudió su rostro impasible un buen rato, antes de suspirar.

—Cuando Niall se marchó, supuse que había llegado el momento de poner en práctica algo de lo que predicaba. Porque lo que hacía no era vivir, era existir, ocupar el tiempo. Y eso no podía seguir así si quería ser feliz algún día.

Rory se fijó en las distintas emociones que cruzaron su expresión, y se dio cuenta de que había cambiado de verdad.

Cuando la había conocido se escondía tras el sarcasmo, ocultaba sus sentimientos, como si fueran demasiado peligrosos para mostrarlos a la luz. Tal vez por eso se había resistido tanto a él.

A lo mejor él lo sabía desde un principio, y por eso había insistido tanto en ello.

Ella frunció el ceño, bajó la vista y se balanceó de un pie al otro. No quería mirarlo a los ojos.

Casi parecía la mujer del principio, pero sin el sarcasmo y los desprecios. Entonces respiró hondo, echó la cabeza para atrás y confesó.

—Cuando estaba planeando estos cambios drásticos en mi vida no pensé en ningún momento que fueras a aparecer tú.

Rory notó que tenía los ojos brillantes, como si quisiera llorar. Pero él no quería que llorara. Sobre todo cuando había mejorado tanto en tan poco tiempo, y sobre todo después de haberse portado como un verdadero estúpido.

No podía ser el responsable de sus lágrimas.

—Cara…

—No, espera —levantó la mano para detenerlo—. Necesito decirte esto. Porque me importas lo suficiente como para querer que lo sepas todo.

No era que no supiera que él le importaba; Rory lo sabía. Sin duda había sido la discusión con Connor lo que le había afectado tanto, porque todo lo que le había dicho su hermano estaba basado en la verdad. Y Rory sabía hacía días que ella lo quería. Después de todo él no era tan ingenuo como para no darse cuenta. Lo sabía porque él había sentido lo mismo. Y cuando uno sentía algo tan bueno, no tenía sentido ni analizarlo ni tratar de buscar confirmación.

A lo mejor Cara no había querido hablar de ello porque sabía lo

delicado del asunto.

Al mirarla, Rory supo que eso no era suficiente. Si él seguía con ella, ella sentiría algo más que cariño por él… porque sentiría algo tan profundo como él.

Al ver que no decía nada, Cara suspiró.

—Sabía dónde me metía contigo, Rory. A lo mejor al principio no, pero sí que sabía que no teníamos mucho tiempo, que había un límite. Los dos lo sabíamos. Y quiero que sepas que no quiero dar marcha atrás ni cambiar nada. Por esa razón tampoco quiero que te marches sintiéndote culpable de nada o pensando que yo espero que vuelvas a mí… o pensando que me voy de viaje para alejarme de ti.

Cara bajó la cabeza un buen rato. Rory estudió su perfil con detenimiento, memorizándolo, aunque en realidad tenía a Cara en el pensamiento y en el corazón desde hacía tiempo.

Y allí estaba, dejándolo libre cuando en realidad él no deseaba ser liberado. Porque Cara no sabía que aun haciéndolo, seguiría atado a ella para siempre.

—Tú apareciste en el momento adecuado y me ayudaste a dar esos primeros pasos para encontrarme a mí misma —lo miró de reojo y sonrió—. Aunque al principio fueras tan pesado.

Él respiró hondo y consiguió sonreír también.

—Creo que podría decir lo mismo de ti.

Cara se echó a reír con un sonido musical.

—Sí, supongo que sí.

Como si entendiera que habían hecho las paces de algún modo, ella se acercó a él, ladeó la cabeza y lo miró pensativamente.

—A veces se da el lugar perfecto y el momento perfecto para que ocurra algo, ¿no te parece?

—Sí, lo creo.

—Podríamos no habernos conocido nunca.

—Sí, es muy cierto. Tú vives a tres calles del gimnasio que mi familia y yo tenemos hace cinco años y nunca nos habíamos visto hasta ahora.

—Sin embargo, cuando he querido salir al mundo, ahí estabas tú.

Con el corazón queriendo salirse del pecho, Rory avanzó hacia ella con pasos controlados, mientras Cara seguía sonriéndole y mirándolo medio de reojo. Cuando lo tuvo delante, Cara echó la

cabeza un poco hacia atrás.

—Sé lo que significa para ti tu trabajo, aunque no me parezca real desde el aquí y el ahora. Cuando hablas de la gente con la que estás, veo la emoción en tu mirada, y que lo que te sale naturalmente es asumir el mando, la responsabilidad sobre los otros. No cambiaría nada de ti, porque tú eres también esa persona —negó con la cabeza—. Pero no te voy a dejar que te hagas responsable de las decisiones que yo tome. Son mis decisiones, Rory. Buenas o malas, soy yo la que he elegido hacerlo así; me ayudan a ser quien soy, y la persona que voy a ser después de esto. Estoy lista para salir a ver mundo. Es algo que debo hacer.

Cara hizo una pausa y esbozó una sonrisa melancólica.

—Esto no termina mal. Sencillamente cada uno va a seguir su camino, y son direcciones opuestas.

Rory tragó saliva con dificultad, y ella se fijó en el movimiento de la garganta.

Rory quería decirle lo que sentía, y que apartarse de ella sería lo más difícil que haría en su vida. Incluso más difícil que ver un coche volar por los aires delante de él, o más difícil que tener que arrastrar a su amigo de aquel coche y ver con sus propios ojos los daños causados, sabiendo que habría hecho cualquier cosa para impedir que ocurriera.

Esas eran cosas que no había podido controlar, aunque le hubiera gustado poder hacerlo. Todos sabían que en ese trabajo se arriesgaban a eso, y para eso los entrenaban lo mejor posible.

Sin embargo, nadie lo había preparado para el impacto que le había causado Cara Sheehan. ¿Cómo podía uno estar preparado cuando finalmente encontrara el verdadero amor?

Aunque en ese momento habría hecho cualquier cosa para adaptar su vida a la de ella, sabía que al final acabaría siendo lo que le había dicho Connor: un egoísta y un canalla.

Cara tenía que realizar ese viaje, para hacer todo lo que deseaba y dejar atrás las cosas que tanto le habían pesado. Y Rory sabía que tenía que dejarla marchar; después de llegar tan lejos, él no era quién para detener sus pasos.

Del mismo modo que tampoco podría vivir en paz si algo le ocurriera a alguno de sus hombres en su ausencia, si fuera lo suficientemente egoísta como para abandonarlos por intentar ser

feliz. Si lo hiciera, siempre se sentiría culpable, siempre le quedaría esa duda en la cabeza.

Cuando alguien amaba a otra persona tanto como él a Cara, quería lo mejor para ella. Y a veces eso significaba aceptar que no tenía otro remedio que dejarlo marchar.

Ella tenía razón. Tenían vidas distintas. Y él no veía ninguna solución en la que los dos salieran ganando.

De modo que miró al techo y maldijo entre dientes, con rabia. Cuando bajó la cabeza, ella lo observaba con un sinfín de preguntas en su mirada.

Así que le puso las manos sobre los hombros y las enredó en su cabello.

—¿Tienes idea de lo maravillosa que eres?

Su sonrisa fue trémula, desdibujada.

—Bueno, en eso me ayudaron.

—No —él negó con la cabeza—. Eso siempre estuvo ahí.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, y Rory no pudo apartar de su voz cierto tono ronco. Cara pestañeó con empeño y una lágrima furtiva le rodó por la mejilla. Rory se la enjugó mientras apoyaba la frente en la suya.

—No te atrevas a llorar.

Ella sollozó.

—No estoy llorando.

—Mientes tan mal…

—Y tú eres un pesado.

Él se echó a reír.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —Cara sollozó de nuevo y lo miró a los ojos.

—Que estoy pensando que debería proporcionamos algunos maravillosos recuerdos más…

—Parece un buen plan.

—No quiero que te olvides de lo maravilloso que soy mientras estás por ahí pateando el mundo.

—Sí, porque si no en cuanto te marches tardaré unos cinco minutos en olvidarte.

—Qué va —empezó a besarla despacio—. Cuando uno ha probado lo mejor, no hay vuelta atrás.

Le rodeó la cintura y ella lo abrazó con fuerza. Los dos

corazones latían al unísono.

Rory retiró las manos de su pelo y la abrazó también con fuerza, como si así pudiera absorber parte de ella, y quedarse con ello… al menos a cambio de la parte de sí mismo que acababa de darle al dejarla marchar. Aunque solo fuera durante un tiempo.

Si ella era de él, entonces volvería a él. Y Rory encontraría el modo de encontrarse a medio camino. Encontraría el modo, tenía que hacerlo.

Aunque en ese momento no tenía idea de cómo dar con una solución que satisficiera a todas las personas de quienes era responsable. Y, por primera vez en su vida, se incluía también él.

# Capítulo 16

Rory guardó el mejor recuerdo para el final. Pero, para Cara, nada conseguiría borrar el dolor que había sentido al tener que dejarlo ir.

Fue un dolor intenso, casi como un sufrimiento premeditado. Y no había modo de evitar eso, porque era algo que uno tenía que experimentar, superar y aceptar como lo que era: un sentimiento que no se podía controlar.

Empezó con un sobre por debajo de la puerta.

*Encuéntrate conmigo en la piscina. Éstas son las llaves de las puertas de entrada.*

Breve y explícito. Sin embargo, las palabras de sencilla escritura le causaron a Cara un estremecimiento. Ellos tenían un recuerdo en esa piscina, después de todo. Además, ella sabía que él se marcharía pronto; no sabía la fecha exacta, pero sabía que era inminente.

Dentro del gimnasio a oscuras vio una luz encendida en los vestuarios. Allí encontró un biquini y otra nota que decía:

*Se me ocurrió que estaría bien ver con mis propios ojos lo que el resto del mundo va a ver.*

Aunque lo del biquini ella se lo había dicho en broma, se lo puso. Se estaba vistiendo para Rory, el hombre que la había visto desnuda más veces en las últimas semanas que nadie en la vida. Con él ya no sentía ninguna vergüenza. Y cuando se miró en el espejo antes de salir a la piscina, Cara sonrió.

Seis semanas de actividad física variada le habían tonificado los

músculos.

Cara aguantó la respiración mientras abría la puerta de la piscina. Dentro todo estaba a oscuras, y la única luz era la de los focos en el fondo de la piscina y la de un montón de velas repartidas en distintos rincones.

La superficie del agua se abrió cuando Rory hizo unas brazadas a crawl. Al llegar al otro extremo dio una vuelta perfecta debajo del agua y entonces salió a mirarla. Cuando llegó a donde estaba ella, en el bordillo, apoyó los brazos sobre los azulejos y le echó esa sonrisa tan particular suya.

Para Cara, Rory era el hombre más sexy del planeta.

—Te lo has tomado con calma. Te llevo treinta largos de ventaja.

—Dime, ¿has robado en una tienda de velas? —Cara arqueó una ceja, con una media sonrisa en los labios.

Él miró a un lado y al otro y asintió.

—Casi, casi. ¿Tienes una ligera idea de lo que cuesta encender todas estas velas? Me he quemado los dedos unas veinte veces.

—Menos mal que tenías el agua cerca, ¿verdad?

—Me gusta planear las cosas —la miró de nuevo y la acarició con la mirada, estudiando su cuerpo abiertamente.

Y Cara sintió un cosquilleo donde él la miraba, como si estuviera tocándola con sus manos. Sus pechos se hincharon, pesados, y sus pezones se pusieron tan duros que desencadenaron un nudo de expectación en la parte baja del abdomen. Oleadas de calor intenso se propagaban por sus miembros y todo su cuerpo, alimentando las llamas de la sensualidad que ardían ya en su interior.

Le había costado un poco entenderlo, pero al final comprendió que todo eso lo provocaba la ilusión de estar con Rory. No el acto en sí, ni el maravilloso e inevitable final. Tantas cosas conformaban aquel glorioso final, que Cara no podía separarlas: la pasión de su mirada, su voz profunda y risueña al hablarle, el cálido retumbar de su risa.

Esperaba con verdadera ilusión todas esas cosas cuando no estaba con él y lo deseaba aún más por todo ello cuando lo tenía delante.

Por eso, a sus ojos, en el hombre más sexy del mundo.

Cara levantó la cabeza con la confianza de una mujer que se

sabía igualmente atractiva a los ojos del hombre que ella deseaba, separó los brazos y dio una vuelta muy despacio para que él la viera.

Y cuando lo miró, vio su mirada más intensa, más oscura.

—Eres preciosa, Cara Sheehan.

Cara volteó los ojos y sonrió.

—¡Ah, caramba!

Rory le tendió la mano, con la palma hacia arriba, para que ella se la diera. Así que Cara se acercó y dejó que él tirara de ella y que el agua la rodeara, acariciando sus pechos.

Rory la aplastó contra los azulejos y comenzó a besarla despacio, como si fuera a romperse, empezando por la frente, cerrándole cada ojo con sus besos, siguiendo por la punta de la nariz y las comisuras de los labios… para terminar por fin besándola en la boca ardientemente; besos mojados y calientes que arrancaron gemidos roncos de la garganta de Cara mientras ella le abrazaba la cintura con las piernas.

Rory la empujó un poco hacia arriba, medio sacándola del agua, para tener los pechos a la altura de su boca. Y permaneció allí largo rato, agasajándola con besos, tomándose su tiempo para desatarle los finísimos tirantes a la espalda, mientras con los dientes y los labios pasaba de un pecho al otro.

Se apartaron del bordillo y terminaron de quitarse todas las prendas de baño, riendo sin parar. Entonces empezaron a dar vueltas en el agua, bailando pausadamente, sin dejar de besarse: dos cuerpos flotantes, unidos, separados por el vaivén del agua.

Era lo más bello que había vivido Cara en su vida.

Pero los besos no bastaban.

Flotaron al lado, donde no cubría, hasta que ella tocó de nuevo la pared con la espalda, y Rory siguió besándola en el cuello y en los pechos, lamiéndole los pezones con deleite, hasta que ella enredó los dedos en su cabello para abrazarlo contra su pecho.

Rory levantó la cabeza y le acarició la clavícula con la punta de los dedos, sus hombros redondeados, y luego siguió por los pechos redondos y turgentes, que acarició y amasó suavemente, apretando entre sus dedos los pezones doloridos.

Cara también lo acarició, empezando por la curva de sus labios, la mandíbula y su fuerte y escultural cuello. Trazó la silueta de su

clavícula, acarició su pecho fuerte y enredó las puntas de los dedos en el vello que lo cubría.

Y todo el tiempo no dejó de mirarlo a los ojos, aleteando suavemente las pestañas.

—Eres verdaderamente bella, ¿lo sabes?

Cara sonrió al percibir sus palabras roncas. Se sentía bella con él. Cuando Rory la miraba así, cuando la tocaba así, se sentía la mujer más bella de la Tierra.

—Tú haces que me sienta bella.

Aún sentía sus manos sobre su piel, aún recordaba lo que le habían parecido horas tanto en el agua como fuera del agua, hasta que estuvo debajo de él, sobre los cojines de las hamacas de la piscina.

Aún sentía el movimiento de su espalda mientras él agasajaba sus pechos y su vientre. Aún recordaba sus gemidos cuando él le había separado las piernas y buscado el centro de su sexo con la lengua. Y cómo la había agarrado de las caderas mientras la conducía hasta la cima, deteniéndose, continuando, empujándola al vacío, para luego parar de nuevo.

Hasta que la tuvo gimiendo de agonía.

Entonces los músculos de su espalda se habían contraído cuando él se había deslizado dentro de ella muy despacio, dejándose envolver por su calor femenino, llenándola con su miembro viril, fuerte y erecto.

Cara recordaba haberlo mirado a la cara al levantar las piernas para abrazarle la cintura, las manos en su espalda, urgiéndolo para que aumentara el ritmo. La expresión de Rory había sido de tortura, como si luchara por dominarse, su respiración agitada, sus cejas oscuras fruncidas del esfuerzo.

Y ella estaba cerca, tan cerca… Muy pronto él la llevaría a la gloria, la empujaría a los abismos del placer con sus movimientos.

Cara había levantado y bajado las caderas con movimientos ondulados, al tiempo que él la penetraba una y otra vez.

—Podría estar eternamente dentro de ti —casi jadeó él—. Pero no creo que pueda aguantarlo mucho más.

Cara le había sonreído.

—Me gustaría que fueras más deprisa ahora mismo.

Y con un gemido ronco él había aceptado la invitación,

embistiéndola con todas sus fuerzas, tan profundamente que Cara no había podido saber dónde terminaba ella y dónde empezaba él.

Finalmente, le había clavado las uñas en la piel y había arqueado la espalda para seguir cada embestida de su vientre, que le acariciaba el clítoris. E incluso antes de verlo echar la cabeza hacia atrás, y de oír un gemido largo y grave que brotaba de su garganta anunciando su clímax, Cara ya estaba apretándolo mientras alcanzaba también el orgasmo.

Y después el silencio, y los besos. Besos suaves, y murmullos sensuales, mientras Cara trataba de decirle cuánto lo amaba sin pronunciar ni una sola palabra.

Pero no había sido solo el acto amoroso o la unión que habían sentido lo mejor de su recuerdo. Porque después habían cenado juntos en el suelo de la piscina: botellas de agua y barritas energéticas que Rory había sacado de las máquinas expendedoras del pasillo. Se habían tumbado, con el pelo aun húmedo, mientras bromeaban y se contaban historias de su infancia.

Cara se había enterado de más cosas sobre su familia, sobre el padre que había tratado de mantener a la numerosa prole con el salario de un guarda de seguridad de los muelles; historias de cómo Rory había estrenado siempre la ropa, por ser el mayor y el más alto, mientras que al restó solo le había llegado la ropa usada; o de cómo él y sus hermanos, los peleones Flanaghan, solían hacer honor a su apodo cada cinco minutos, o discutir con cualquiera de fuera que se metiera con alguno de ellos. Escuchó con mayor atención cuando él le contó cómo había entrado en el ejército; sobre los primeros pasos que había dado en una ocupación bien remunerada para poder dar seguridad a los demás chicos de la familia, todos más pequeños que él. Con orgullo le habló de aquéllos a los que les había ido bien, de aquéllos que precisamente por eso ya no necesitaban su ayuda.

Todos habían aportado su granito de arena para mantener la familia unida, sobre todo tras la muerte de su padre. Cara comprobó de nuevo lo mucho que se preocupaba por los demás. Con sus compañeros de trabajo solo hacía lo que había hecho toda la vida: cuidar de los demás.

No los abandonaría, al igual que no había abandonado a la familia que tanto amaba. Para él los riesgos merecían la pena.

Cara no pudo evitar desear que él la amara también así. ¿Qué haría falta para convencerlo de que si él se lo pidiera ella lo esperaría hasta que decidiera dejar atrás el peligro? ¿Hasta que quisiera formar una familia como la familia que había tenido él? ¿Una familia de niños de pelo negro y ojos oscuros que se pelearían entre ellos aunque no tolerarían que nadie de fuera se metiera con alguno?

Tuvo una imagen tan vivida de ello que fue como si le sacaran los huesos y la dejaran hecha una masa informe.

¡Cuánto lo amaba!

Si Cara hubiera sabido cuando él caminaba junto a ella por las calles al amanecer que sería la última vez que lo vería antes de marchar, seguramente le habría dicho lo mucho que lo amaba.

Debería haber intuido que ésa sería la última vez por su modo de abrazarla, y por el rato que se había quedado ante la puerta de su casa, susurrándole los recuerdos que habían tejido juntos y cómo esperaba que jamás los olvidara.

Se sintió mal cuando él se alejó, deseosa de dormir unas horas para disipar la creciente agonía y soñar con la magia, deseosa de que el tiempo pasara volando para volverlo a ver. Cuando finalmente se quedó dormida, se levantó tarde, engulló un buen desayuno y pensó en su encuentro siguiente.

Aún no sentía nada extraño.

Caminó hasta el gimnasio con paso rápido y ligero, para llegar y encontrarse de frente con el dolor que había estado esperando.

—¿Señorita Sheehan? ¿Esto…Cara?

AI oír que la llamaban se volvió con una sonrisa en los labios; pero en lugar de ver la cara de Rory, vio otra muy parecida, aunque también distinta.

—Tú debes de ser Connor.

Él asintió y estrechó la mano que ella le tendió. Cara estaba maravillada de lo mucho que se parecía a su hermano mayor: el mismo pelo, los mismos ojos, el mismo modo de evitar mirarla a los ojos cuando no sabía cómo decir algo…

—Rory me pidió que te diera esto. La verdad es que discutimos un poco por ello —respiró hondo—. Le costó, Cara. Creo que debes

saberlo. Si alguien hubiera podido hacerlo volver a casa para siempre, habrías sido tú.

Allí estaba el sobre. Lo abrió, esperando que fuera el relato de otro de sus recuerdos, aunque sabiendo que no lo era.

*Mi avión sale hoy.*

Cara salió corriendo para tomar el primer taxi que vio y leyó el resto en el coche, mientras trataba de recuperar el aliento y calmar los agonizantes latidos de su corazón.

> *No he encontrado el modo de decirte adiós. Lo he intentado, pero no he podido. Por eso me despedí de ti anoche. Tengo que hacer lo correcto, cariño; es mi trabajo. Así que eso significa que tengo que pensar en lo mejor para los dos en este momento, y para los hombres que confían en mí. Si no estuvieran ellos ahí, no me marcharía. Espero que eso lo tengas claro.*
>
> *Diviértete mucho en tu viaje, Cara, ¿de acuerdo? Bueno, pero no te pases. Porque no quiero que te olvides de mí. Yo no me olvidaré de nada tuyo. Lo prometo.*

—¿Señorita?

No reaccionó hasta que alguien le puso la mano en el brazo; la contempló sin ver, en una nebulosa. Entonces alzó la vista para contemplar la expresión atribulada del rostro del guarda de seguridad. El hombre le sonrió.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Miró alrededor a los grupos de gente, un mar de extraños que se encaminaban hacia sus destinos o regresaban a casa. Vio a una mujer lanzándose a abrazar a un hombre, y el corazón se le partió en mil pedazos.

Él se había ido.

—¿Está esperando a alguien, o se ha perdido, tal vez?

Alzó la vista hacia los paneles luminosos sobre sus cabezas y negó con la cabeza al tiempo que las lágrimas le rodaban por las mejillas. Qué estupidez todo aquello. Ni siquiera sabía el número de vuelo, ni el destino. Y si él hubiera querido que fuera a despedirlo, se lo habría pedido.

Negó con la cabeza de nuevo.

—No.

Tal vez fuera mejor así, tal vez él no se equivocara. Sabía que ella tampoco podría haberle dicho adiós. Y si acaso él sentía un ápice del ardiente amor que ella sentía por él, se lo habría dicho. ¿O no?

Con su marcha Cara no tendría que pasar el trago amargo de tener que ver en su mirada que no sentía lo mismo que ella. Habría sido un recuerdo que habría teñido los demás. Y no podía desdibujar los demás, porque era lo único que le quedaba de él.

—Tome.

Cara bajó la vista al pañuelo y consiguió esbozar una sonrisa llorosa.

—Gracias, es usted muy amable.

—Los aeropuertos son sitios horribles. Siempre hay alguien que dice adiós a un ser querido… —se retiró un poco la gorra que le cubría la cabeza, dejando al descubierto una mata de pelo canoso—, pero cuando se queda aquí mucho tiempo, todos vuelven.

—Debe de ver muchos corazones rotos.

Él sonrió.

—Mi madre siempre decía que si uno quiere a alguien hay que dejarlo ir, que si ese alguien es para uno, volverá. Recuérdelo, y la ayudará a soportar la espera.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de nuevo.

—¿Y le dijo lo mucho que cuesta dejarlo marchar?

Porque costaba. Costaba muchísimo.

# Capítulo 17

—¡Ahí estás! ¡Dios mío, estás fabulosa! —Joyce se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. Esto es una auténtica locura. ¿Has podido aparcar cerca?

Cara sonrió.

—Sí, a unos quinientos metros. Me ha parecido increíble.

Le daba gracias al cielo por ello. No quería mirar al otro lado de la calle y ver la casa que se había comprado. Ya le había resultado bastante difícil volver a su casa, con todos los recuerdos de ellos dos juntos allí.

El que hubiera dicho que el tiempo curaba las heridas se había equivocado. ¡Qué gran mentira!

—¿Dónde está…?

Pero Joyce ya iba por el pasillo, dándoles la bienvenida a otros que acababan de llegar. A Cara le sorprendió que sus padres pudieran tener tantos amigos. Aunque lo cierto era que Joyce no tenía inconveniente en charlar con todos.

Sonrió con afecto al mirar a su madrastra. Resultaba extraño cómo a veces, para apreciar bien a un ser querido, uno tenía que irse un tiempo a otro país.

Cara los había echado de menos de verdad.

Y aunque había disfrutado muchísimo viendo sitios nuevos con los que solo había soñado de niña, había sabido que ya era hora de volver a casa.

Sabía lo que tenía que hacer. No tenía sentido tratar de cambiar cosas sobre las que ella no tenía poder. Amaba a Rory, lo amaría toda la vida. Y a pesar del dolor que sentía, del vacío en su alma por no tenerlo, no querría cambiarlo aunque pudiera. Cara no quería olvidar jamás lo que había sentido con él, aunque solo

hubiera sido durante un tiempo. Muchas personas pasaban por la vida con mucho menos que eso.

De pronto se vio rodeada por un revuelo de mujeres que la besaban en las mejillas y la abrazaban una por una.

—¡Ah, Dios mío, mira cómo has venido! ¿La has visto, Laura? Está preciosa, tan morena y relajada…

Cara trató de centrarse un poco, fijándose en una de sus hermanastras, que le echó el brazo por los hombros y la giró un poco para mirarla.

—¡Qué envidia de bronceado! ¿Es natural?

Cara se echó a reír.

—No pienso decirlo.

—¡Sí que lo es! —La otra se echó a reír con su risa contagiosa, y Cara se dejó llevar y también se rio con ella—. Y tienes que dejarme ese vestido. ¡Es de lo más sexy!

Al momento era Laura la que la saludaba.

—Ya era hora de que volvieras. ¡Te hemos echado muchísimo de menos! Espero que hayas terminado de viajar.

—Sí, ahora ya no me pienso mover de casa.

Era allí donde tenía los mejores recuerdos de su vida.

La otra gemela apareció a su lado y le guiñó un ojo.

—Yo tampoco me movería de casa si estuviera en tu lugar —añadió mientras le daba un beso a Cara en la mejilla—. ¿No eras tú la reservada?

¿Eh? ¿De qué demonios estaba hablando? Parecía que ni las doce horas que había pasado durmiendo le habían quitado el desfase horario que quedaba tras el viaje en avión.

—Supongo que nos lo habría contado si no hubiera sido una sorpresa.

Se fijó en la cara sonriente de Laura y cayó en la cuenta.

—Ah, os referís al nuevo libro. Sí, están emocionados con él.

—¿Has sacado otro libro? ¿Otro como *Derecho a…*? ¿Cómo se llama el nuevo?

Cara frunció el ceño. Parecía que en su ausencia todo el mundo había empezado a drogarse.

—Aún no hemos confirmado un título.

—¿Has escrito otro libro de dietas? Son los que más me gustan, aunque también me encantó el de la rabia contenida. *Derecho a*

*gritar a viva voz.* Se lo regalé a Ryan cuando volvimos de nuestra luna de miel para que entendiera por qué una vez al mes me encierro en el cuarto de baño y me paso cinco minutos gritando. No quería asustarlo cuando por fin lo había conseguido.

—No —Cara seguía un poco aturdida—. No es un libro de dietas. Éste trata de permitirte ser feliz.

—¡Qué casualidad que escribieras eso ahora…! —La otra gemela se abrió camino entre el grupo hasta ella—. Yo en tu lugar me pondría a escribir inmediatamente un libro del derecho que tiene uno a quedarse en casa indefinidamente…

Todas se echaron a reír, salvo Cara.

—¿Un momento, qué pasa aquí? No me entero…

Joyce volvió en ese momento, y se acercó a ella con voz cantarina.

—¿No estáis contentas de que Cara haya vuelvo por fin a casa? ¿Verdad que la hemos echado mucho de menos, chicas?

Las demás respondieron de inmediato.

—Por cierto… —dijo Joyce agarrándola del brazo—. Quería decírtelo. Tu padre está en el invernadero con ese joven amigo tuyo. Bueno, lo estaban hace cinco minutos —hizo un gesto con la mano—. Discutiendo sobre las ventajas de la calefacción central la última vez que entré. Con tantos tecnicismos, no me entero de nada. ¿Estáis todas bebiendo algo? ¿Quieres algo, Laura?

—Un momento…

—¡Ay, no tienes vaso, cariño! ¿Quieres un tinto, como siempre, o ahora prefieres los combinados? Me encantan esas sombrillitas de papel de seda y esas pajitas de colorines que ponen en las bebidas, ¿a ti no?

—¿De qué joven amigo mío hablas?

¡Pero si ella no tenía ningún joven que fuera amigo suyo! Ya no, al menos. Y el único que había visto su familia estaba al otro lado del globo terráqueo.

Las demás se echaron a reír.

—¡No, en serio, de qué joven habláis!

—¡Pues de nuestro encantador vecino, de quién si no! Qué boba eres. Ahora todas lo conocemos. Lleva toda la noche nervioso, esperando a que llegues.

Cara se quedó clavada en el sitio; el corazón dejó de latirle unos

instantes y no podía hablar.

—¿Cara? —le dijo Laura con preocupación—. ¿Estás bien?

Por fin pudo pronunciar palabra.

—Perdonadme.

Le costó mucho abrirse camino entre la gente, ya que había muchos parientes que llevaban años sin verla y todos querían saludarla y expresarle lo encantador que era su joven amigo. Así que cuando por fin vio las paredes de cristal del invernadero, tenía la mente aturdida, estaba mareada y tenía tanto calor que pensó que podría perder el conocimiento.

A medida que se iba acercando, Cara sintió una pesadez en las piernas que le impedía avanzar normalmente. Le llegó la risa profunda de su padre, pero aparte de eso solo oía los latidos de su corazón, que le retumbaban en los oídos.

Inclinó la cabeza hacia delante y se asomó por la puerta tímidamente.

Un par de ojos tan oscuros como el cielo a media noche tachonado de brillantes estrellas quedaron fijos en los suyos. Cara emitió un gemido entrecortado cuando él esbozó esa sonrisa suya.

¿Rory estaba de vuelta?

No era posible. Debía de ser el efecto de tantas horas en un avión. No estaba allí de verdad, seguía durmiendo en casa, rodeada de recuerdos de Rory, y por eso se lo imaginaba tan vívidamente.

—¡Aquí está! —exclamó su padre mientras se volvía a darle la mano para que entrara en la habitación—. A ver que te veamos, cariño. ¡Dios mío, pero qué guapa estás!

Le dio la vuelta, como solía hacer cuando era niña y llevaba un uniforme nuevo al colegio el primer día de curso. Y Cara, hipnotizada como estaba en ese momento, dio la vuelta despacio, con los ojos fijos en los de Rory todo el tiempo. ¡Era imposible que estuviera allí!

—Bueno, ha merecido la pena esperarla, ¿verdad, Rory, hijo? No recuerdo la última vez que la he visto tan guapa. Es igual que su madre, ¿sabes? —sonrió a su hija con los ojos brillantes y la besó en la mejilla, antes de añadir con voz ronca—: Serás una novia preciosa, como lo fue ella.

—¿Qué?

Las palabras de su padre consiguieron arrancarla de la hipnótica

mirada de Rory en menos que canta un gallo. La cara de orgullo de su padre y la sonrisa de Rory la ayudaron a comprender lo que quería decir.

—Eh, tú —señaló a Rory—. Ven a la cocina. ¡Ahora mismo! —dijo Cara en tono pausado.

Maldito Rory, no se inmutó en absoluto.

—Muy bien —incluso le dio unas palmadas en la espalda a su padre antes de salir—. Te veo en cinco minutos, James.

James respondió con una sonrisa.

—Aquí te espero, hijo.

¿«Hijo»?

Se plantó a su lado en un segundo, con la sonrisa aún en los labios.

—Las damas primero, cariño.

Cara pensó en asesinarlo, aunque sintiera una emoción enorme de tenerlo allí.

Pero antes de demostrar lo contenta que estaba de verlo, tenía que averiguar qué estaba pasando.

Resultó aún más difícil cruzar el salón esa vez, sobre todo porque Rory la agarraba de la cintura con posesividad, y docenas de personas sonreían a la «feliz pareja». ¡Y a todos Rory los conocía por su nombre!

La cocina tampoco estaba vacía, y Cara tuvo ganas de ponerse a gritar de la frustración.

—Hola, tía Doris.

—¡Cara! Por fin estás aquí. Madre mía, qué guapa estás —su tía la besó—. ¡Pero qué delgada! ¿No has comido bien? Toma, come un poco de pollo.

La mujer le tendió un plato de papel y le sonrió.

—Rory. Tú vas a comer un poco más, ¿no? Sé que te encanta mi pollo.

—Me encantaría comer más, tía Doris —Rory se llevó la mano al estómago—, pero antes he repetido, y estoy lleno. Me alimentas demasiado bien.

—Tonterías —tía Doris hizo un gesto cok la mano mientras aleteaba las pestañas con coquetería—. Un joven robusto como tú necesita comida.

—Tía Doris, ¿puedes dejarnos solos un momento? —Casi le rogó

Cara.

—¡Pues claro, querida! Dos tortolitos como vosotros que aún no han estado a solas… Os guardaré la puerta para que no entre nadie, ¿eh?

Le guiñó el ojo a Rory al pasar, y éste seguía riéndose cuando Cara tiró su plato junto al fregadero y se volvió hacia él.

—¿Pero qué está pasando aquí? ¿Qué haces en la fiesta de aniversario de mis padres? ¿Y cómo es que toda mi familia te conoce? Se suponía que estabas en el desierto esquivando balas…

Rory la silenció con los labios mientras se pegaba a ella con todas sus fuerzas. Y Cara solo pudo responderle del mismo modo.

¡Dios, cuánto le había extrañado! Era como si le devolvieran la parte del alma que le había faltado esos tres meses. Aquello era lo que más recordaba: sentir su boca cálida y suave que le robaba el aliento y le atizaba la sangre.

Cara le echó los brazos al cuello y lo abrazó con tanta fuerza como le fue posible. Separó lo labios, y él le deslizó la lengua en la boca y empezó a acariciar la suya.

La tensión en sus entrañas fue tan intensa que Cara pensó que le fallarían las piernas. Pero… ¡un momento!

Rory no le había dicho nada aún, no había respondido a ninguna de sus preguntas. No podía aparecer allí tres meses después, ponerse a besarla como un loco, sin explicación alguna. Ella era una mujer segura de sí misma, una mujer de mundo, satisfecha y competente. ¡Por el amor de Dios!

Esa vez necesitaba algo más que una vida sexual sana y activa. Después de todo, había pasado tres largos y solitarios meses llorando porque se habían perdido el uno al otro…

Le plantó las manos en el pecho y lo empujó un poco.

—¡No, Rory, espera!

—Dios, cuánto te he echado de menos —gimió Rory en sus labios.

Cuando lo miró a los ojos, Rory la miraba con tal gesto de agonía que Cara estuvo a punto de ceder. Pero no lo hizo.

Lo empujó otra vez un poco más fuerte, pensando en patearle los pies si fuera necesario.

—¡Espera, Rory! Maldita sea. ¿Quieres parar?

Cara se puso a mover la cabeza a un lado y al otro con tanta

fuerza que Rory dejó de besarla; pero no la soltó ni se separó de ella. Tenía una erección cada vez más grande que la presionaba en el estómago.

Cara emitió un gemido de frustración pensando en la tentación que tenía delante.

—Tienes que dejarme un poco de espacio un momento. De verdad, Rory.

—Creo que te he dado espacio suficiente en estos tres malditos meses —dijo Rory en tono quejoso—. No pienso darte ni un poco más. Lo he pasado fatal esperando tu vuelta.

—¿Cómo? —Cara lo miró estupefacta—. ¿Cómo que me has dado tres meses? ¡Pero si te márchate tú!

—Solo porque no me quedaba otro remedio. Tú lo sabías. Pero yo tenía que dejarte hacer ese viaje, porque era una necesidad para ti. No quise detenerte, impedirte que encontraras tu camino y te dieras cuenta de lo que de verdad necesitabas.

Cara apretó los puños.

—¿Y qué era lo que necesitaba, si se puede saber?

—A mí. Solo te ha costado un tiempecito darte cuenta.

—¡Cretino! ¡Eso ya lo sabía antes de irme! ¡No me hacía falta un viaje por el mundo para saber eso!

—Sin embargo, querías hacerlo por encima de todo.

—¡Lo hice para no estar aquí cuando tú te marcharas! Sabía lo mucho que iba a sufrir estando en el mismo sitio donde habíamos estado juntos. ¡Y eso incluye mi casa, qué narices!

Rory la miró con intensidad.

—¡Cara! —exclamó algo escandalizado—. ¿Me mentiste?

—Bueno, no quería que te marcharas sintiéndote culpable cuando me habías dejado bien claro desde el principio que no eras un hombre a quien le gustara quedarse en un sitio.

—De todos modos no pensaste en arriesgarte y ser sincera conmigo.

—Sí, lo pensé, desde luego que sí —soltó una risita nerviosa—. Lo pensé tanto que incluso me fui al aeropuerto para decirte lo que sentía por ti. Pero tú estabas tan ocupado volando hacia el atardecer que ni siquiera te molestaste en decirme el número de vuelo y acabé llorando como una lunática en mitad del aeropuerto de Dublin.

Rory sonrió con afecto, maravillado.

—¿Eso hiciste?

—Pues sí. Aún tengo el pañuelo del guarda de seguridad…

—No lo sabía —susurró con emoción—. Cariño… —bajó la cabeza para besarla.

Esa vez la risa de Cara poseía un toque más sarcástico.

—Ah, no, no. Apártate de mí ahora mismo. ¡No hemos terminado! —Lo empujó con fuerza.

Él levantó la cabeza pero no se movió.

—Si no te apartas ahora mismo juro que voy a salir y le voy a decir a toda mi familia que eres un maniaco que lleva meses persiguiéndome. Les diré que te has escapado de un psiquiátrico.

—Toda tu familia me ha tomado muchísimo cariño ya. No te van a creer. Como no has estado aquí pensé que era lógico rodearme de personas que me recordaran a ti… de modo que ellos están de mi lado.

Cara señaló detrás de él con enfado.

—Retírate ahora mismo.

—Me encanta cuando te pones mandona. ¿Te he dicho alguna vez que me resulta muy sexy?

Cuando ella rugió, él se echó a reír, pero se retiró.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero no te voy a dar mucho tiempo antes de volver a pegarme a ti.

Cara aprovechó para estirarse la ropa, para atusarse el cabello y para respirar hondo antes de volver a mirarlo.

Él le sonreía de ese modo tan especial suyo.

—Quita esa expresión de tu cara y dime lo que haces aquí.

—Esperándote.

Ella frunció el ceño.

—¿Y cuánto tiempo llevas esperándome?

—Tres semanas.

—¿Y tu trabajo?

—Ah —desvió la mirada un momento, pero enseguida se volvió a mirarla para que no empezara a imaginar nada—. No me pasó nada, esta vez no.

—Pero pasó algo, ¿no?

—Sí. Nos atacaron de nuevo.

Rory se dominó para no abrazarla y le contó lo que había

pasado.

—No hubo ningún herido. Solo estuve cuatro días con un pitido en los oídos.

—Y por eso te volviste corriendo a casa para esperarme en el seno de mi familia, ¿no?

—No —respondió él.

Estaba acostumbrado a torear sus sarcasmos; lo había hecho muchas veces. Y sabía que ella solo lo hacía cuando tenía miedo, cuando quería ocultar algo. Era su escudo defensor.

—Lo que me hizo volver a casa fue que al pasar eso solo era capaz de pensar en ti. Eras tú en quien pensaba. No pensé en si había algún herido, ni en nadie de mi equipo. Solo en ti. Y en volver junto a ti. Me has fastidiado el trabajo, Cara; no podía seguir haciéndolo. Me he vuelto demasiado cauto, y eso en mi trabajo es tan malo como ser muy temerario. No podía arriesgar las vidas de esos chicos solo porque quisiera preservar mi salud y mi vida por ti.

Cara sintió ganas de llorar.

—Pero tu trabajo es tan importante para ti… No puedo permitir que lo dejes por mí. Jamás te perdonarías el no estar allí con ellos para ayudarlos.

—Los estoy ayudando, pero de otra manera; de este modo no estaré en zonas de peligro, y pasaré más tiempo en casa —se mordió el labio inferior y se encogió de hombros—. Y así no tengo que saltar a cada rato como estaba saltando para que mi adorable persona volviera hasta ti de una pieza.

Por primera vez que él recordara, Cara dejó pasar su arrogancia.

—¿Y qué clase de trabajo te permite hacer eso?

—Fíjate, ésa es la mejor parte —sonrió—. Recluto jóvenes inexpertos para entrenarlos después y después dos veces al año voy a los campos de entrenamiento en Turquía a compartir mi experiencia y mis conocimientos. Así puedo formar a otros para que protejan a los chicos.

En el silencio que siguió, Cara lo miró con asombro, mientras asimilaba todo lo que él le había dicho. Entonces sonrió, con un brillo de intenso sentimiento en la mirada.

—¿Y el resto del tiempo estarás en casa?

Rory asintió con firmeza.

—Pues claro, dándoles la lata a mis hermanos mientras

ampliamos el negocio del gimnasio.

Aquello era demasiado bonito para ser cierto.

Pero Cara solo tuvo que mirarlo a los ojos para confirmar que la solución que había buscado le satisfacía por completo.

Sin embargo, no quería ponerse a dar saltos de alegría sin que él le aclarara una duda más.

—¿Y me quieres decir por qué toda mi familia cree que nos vamos a casar?

—Porque nos vamos a casar. ¿No?

Fue la breve sombra de inseguridad en su mirada lo que pudo con ella. ¿Cómo no iba a querer estar toda la vida junto a él?

Cara sonrió.

—A uno le gusta que se lo pidan, ¿sabes?

—Ah, pero como sé lo cabezota que puedes ser a veces, supuse que así te resultaría más difícil rechazarme.

Cara ladeó la cabeza.

—¿Y si te digo que no?

—Entonces voy a tener que pasarme unas semanas convenciéndote para que digas que sí. Estoy dispuesto a hacer turnos de veinticuatro horas, los siete días de la semana, si hiciera falta. Ahora no puedes librarte de mí.

Sin duda eso era lo más romántico que él le había dicho jamás.

—Supongo que tienes la iglesia reservada, mi vestido escogido y mis damas de honor esperando.

—Esa parte puedes hacerla tú.

—De eso nada. Para hacer un matrimonio, hacen falta dos, Rory Flanaghan.

—Sí —Rory la miró de ese modo que solo le dejaba pensar en hacer el amor con él lo antes posible—. Eso ya lo he oído. El matrimonio son dos personas que no quieren volver a estar el uno sin el otro jamás. Entonces, ¿quieres casarte conmigo, Cara?

Cara sintió ganas de llorar mientras él borraba de su pensamiento de una pasada el dolor de los últimos dos meses. En el futuro recordaría tan solo el día en que su marido le había pedido en matrimonio, el día en que ella había aceptado.

—Sí, quiero casarme contigo. Lo sabes. Podrías habérmelo pedido hace tres meses y te habría dicho que sí. Y te habría esperado lo que hubiera hecho falta hasta que regresaras a casa.

Sí. Una chica no se olvidaba tan fácilmente de una cosa así: del brillo de sus ojos en ese momento en el que por fin se disipaba la sombra de alguna duda, esa mirada de intenso cariño…

Al final, eran los momentos felices los que conseguían hacer olvidar los malos momentos.

Rory se apartó del mostrador y esbozó una sonrisa aún más deslumbrante y encantadora de lo habitual; porque esa vez no había nada que ocultar.

—¿Entonces quién lo dice primero, tú o yo?

Cara se echó a reír de alegría.

—Te amo. Te amaba antes de que te marcharas y te amaré hasta que muera. ¿Te referías a eso?

Él asintió con ojos brillantes.

—Me refería a eso.

—¿Entonces qué haces tan lejos?

Él se plantó delante de ella en un segundo y le tomó delicadamente la cara con las dos manos, rozándole las comisuras de los labios mientras se acercaba cada vez más a Cara.

—No voy a decir que te amo, porque eso no expresa lo suficientemente bien todo lo que siento por ti. Eres lo primero que he necesitado para mí en toda mi vida, Cara. Algo para mí solo, no para mi familia o las personas con quienes he trabajado. Te necesito tanto, Cara… No quiero estar sin ti. Por eso te dejé ir hace tres meses, aunque me sentí muy mal. Tenía que estar seguro de que tú sentías lo mismo por mí.

Rory respiró hondo.

—Si se ama a una persona hay que dejarla marchar para que pueda volver a ti. De ese modo sabrás que esa persona es tuya. Para siempre.

Cara le sonrió con el corazón saliéndosele del pecho mientras se ponía de puntillas para besarlo.

—Soy tuya. Para siempre. Llevo media vida esperándote, Rory.

Sus labios se unieron de nuevo en un beso tierno comparado con el primero que se habían dado.

Momentos después se apartó de ella y la miró con detenimiento: su Cara, su amiga, su amante… Suya, para siempre.

Por fin. Por fin había llegado a buen puerto.

—¿Qué te parece si seguimos hablando después? —sugirió el—.

Muchísimo después. Primero tenemos que escapamos de una fiesta y después recuperar tres meses de ausencia.

—Ah, en eso estoy contigo. Pero desde aquí me van a oír, así que nos tenemos que mudar de casa. Quiero hacer todo el ruido del mundo contigo, y no querrás echar a perder la buena imagen de hijo político que tienen de ti, ¿verdad?

—De acuerdo, tú ganas —dijo él—. No es más que una casa. Y me da lo mismo dónde viva. Tengo todo lo que necesito aquí entre mis brazos.

¡Cuánto lo amaba!

—Eres el mejor.

—Sí, lo sé —dijo Rory—. Acabo de ganarte, ¿verdad?

De eso no había duda alguna.

—Mmmmm, pero sigues siendo muy pesado.

—Sí.

Rory la besó de nuevo, antes de abrir la puerta y asomarse.

—Tía Doris no está. Prepárate para echar a correr.

Cara se fijó en su mano grande y luego en sus ojos, su mirada llena de amor. Su plan de iniciar una vida nueva le había ido muy bien, ¿verdad?

—Estoy más que lista, cariño. Y ahora que lo hemos aclarado todo, no tengo que callarme nada, ¿eh? —Avanzó un paso y lo miró a los ojos—. Soy una mujer muy sexual, ya sabes.

Rory gimió y le dio un tirón fuerte de la mano.

—¿Corres deprisa?

***Fin***